

J. D. Salinger

LEVANTAD, CARPINTEROS, LA VIGA MAESTRA

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Título original: **RAISE HIGH THE ROOF
BEAM, CARPENTERS. SEYMOUR: AN
INTRODUCTION**

Traducción: *Aurora Bernárdez*

1.ª edición: octubre, 1977

© Editorial Bruguera, S. A. - 1977

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Edición original:

© J. D. Salinger - 1955, 1959

Primera edición en lengua castellana:

© Editorial Sudamericana, S. A. • 1973

Printed in Spain

ISBN 84-02-05310-6

Depósito legal: B. 35.236 -1977

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.

Carretera Nacional 152, Km 21,650

Parets del Valles (Barcelona) - 1977



INDICE

LEVANTAD CARPINTEROS LA VIGA MAESTRA.....	Pág. 2
SEYMOUR: UNA INTRODUCCION.....	Pág. 37

Si aún queda en el mundo un aficionado a la lectura —o cualquiera que lea y siga—, le pido, con afecto y gratitud indecibles, que divida en cuatro la dedicatoria de este libro: entre mi mujer y mis hijos.

LEVANTAD, CARPINTEROS, LA VIGA MAESTRA

Hace unos veinte años, una noche en que nuestra enorme familia estaba sitiada por las paperas, mi hermana menor, Franny, fue trasladada con cuna y todo a la habitación evidentemente libre de microbios que yo compartía con mi hermano mayor, Seymour. Yo tenía quince años, Seymour diecisiete. A eso de las dos de la mañana, el llanto de la nueva compañera de cuarto me despertó. Me quedé quieto, en posición neutral durante unos minutos, escuchando el berrinche hasta que oí o sentí que Seymour se movía en la cama próxima a la mía. En aquellos tiempos teníamos una linterna sobre la mesa de noche entre los dos, para casos imprevistos que, por lo que recuerdo, nunca se presentaban. Seymour la encendió y salió de la cama.

—El biberón está sobre la cocina, dijo mamá —le expliqué.

—Se lo he dado hace un rato —dijo Seymour—. No tiene hambre.

Avanzó en la oscuridad hasta los anaqueles y proyectó la luz balanceándola lentamente hacia atrás y hacia adelante. Me senté en la cama.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté.

—Creo que voy a leerle algo —contestó Seymour y tomó un libro.

—Pero, por favor, si tiene diez meses —dije.

—Ya lo sé —respondió Seymour—. Tienen orejas. Oyen.

La historia que Seymour leyó a Franny aquella noche era una de sus favoritas, un cuento taoísta. Franny jura hasta hoy que se acuerda de Seymour leyéndoselo:

«El duque Mu de Chin dijo a Po Lo: "Ya estás cargado de años. ¿Hay algún miembro de tu familia a quien pueda encomendarle que me busque caballos?" Po Lo respondió: "Un buen caballo puede ser elegido por su estructura general y su apariencia. Pero el mejor caballo, el que no levanta polvo ni deja huellas, es en cierto modo evanescente y fugaz, esquivo como el aire sutil. El talento de mis hijos es de nivel inferior; cuando ven caballos pueden señalar a uno bueno, pero no al mejor. No obstante, tengo un amigo, un tal Chiu-fang Kao, vendedor de vegetales y combustible, que en cosas de caballos no es en modo alguno inferior a mí. Te ruego que lo veas."

»El duque Mu así lo hizo y después lo envió en busca de un corcel. Tres meses más tarde volvió con la noticia de que había encontrado uno. "Ahora está en Sach'iu", añadió. "¿Qué clase de caballo es?", preguntó el duque. "Oh, es una yegua baya", fue la respuesta. ¡Pero alguien fue a buscarlo, y el animal resultó ser un padrillo renegrado! Muy disgustado, el duque mandó a buscar a Po Lo. "Ese amigo tuyo —dijo— a quien le encargué que me buscara un caballo, se ha hecho un buen lío. ¡Ni siquiera sabe distinguir el color o el sexo de un animal! ¿Qué diablos puede saber de caballos?" Po Lo lanzó un profundo suspiro de satisfacción. "¿Ha llegado realmente tan lejos? —exclamó—. Ah, entonces vale diez mil veces más que yo. No hay comparación entre nosotros. Lo que Kao tiene en cuenta es el mecanismo espiritual. Se asegura de lo esencial y olvida los detalles triviales; atento a las

cualidades interiores, pierde de vista las exteriores. Ve lo que quiere ver y no lo que no quiere ver. Mira las cosas que debe mirar y descuida las que no es necesario mirar. Kao es un juez tan perspicaz en materia de caballos, que puede juzgar de algo más que de caballos."

»Cuando el caballo llegó, resultó ser un animal superior.»

He reproducido el cuento no porque invariablemente me aparte de mi camino, para recomendar una buena prosa pacificadora a los padres o hermanos mayores de los niños de diez meses, sino por una razón por entero distinta. Lo que sigue en seguida es el relato de un día de bodas de 1942. Es, a mi juicio, un relato completo, con un principio y un fin, y personajes, todos propios. Pero como conozco los hechos, creo que debo mencionar que el novio ahora, en 1955, hace ya mucho que ha muerto. Se suicidó en 1948, mientras pasaba las vacaciones en Florida con su mujer... Pero lo que en realidad quiero decir es *esto*: desde que el novio se retiró definitivamente de la escena, no he conocido a nadie a quien pueda encomendarle que salga a buscar un caballo en su lugar.

A fines de mayo de 1942, la progenie —siete en total— de Les y Bessie (Gallagher) Glass, comediantes retirados del Circuito Pantages, estaba desparramada, por decirlo de un modo extravagante, por todos los Estados Unidos. Yo, para empezar, el segundo, estaba en el hospital de Fort Benning, Georgia, con pleuresía, un pequeño recuerdo de trece semanas de adiestramiento básico en infantería. Los mellizos, Walt y Waker, habían quedado separados hacía un año entero. Waker estaba en un campo de objetores de conciencia, en Maryland, y Walt en alguna parte del Pacífico, o en camino hacia allí, con una unidad de artillería de campaña. (Nunca supimos con seguridad dónde estaba Walt en aquel momento concreto. Nunca había sido muy aficionado a escribir cartas, y fueron muy pocos los datos personales —casi ninguno— que nos llegaron después de su muerte. Murió en un accidente militar, indeciblemente absurdo, a finales del otoño de 1945, en Japón.) Mi hermana mayor, Boo Boo, que se sitúa cronológicamente entre los mellizos y yo, era portaestandarte del Servicio Voluntario Femenino de Emergencia, apostado de vez en cuando en la base naval de Brooklyn. Toda aquella primavera y aquel verano, ocupó el pequeño apartamento de Nueva York que mi hermano Seymour y yo habíamos abandonado después de incorporarnos al ejército. Los dos pequeños de la familia, Zooey (varón) y Franny (mujer), estaban con nuestros progenitores en Los Ángeles, donde mi padre hacía acopio de talentos para un estudio de cine. Zooey tenía trece años y Franny ocho. Los dos aparecían todas las semanas en un programa de radio de preguntas y respuestas, llamado con típica ironía punzante *Los niños sabios*. En uno u otro momento, bien puedo decirlo aquí —o más bien, en uno u otro año—, todos los niños de nuestra familia han sido huéspedes semanales de *Los niños sabios*. Seymour y yo fuimos los primeros en aparecer, allá por 1927, a las edades respectivas de diez y de ocho años, en épocas en que el programa era emitido desde una de las salas de fiestas del viejo hotel Murray Hill. Los siete, desde Seymour hasta Franny, aparecíamos con seudónimo. Lo cual puede parecer sumamente extraño, si se considera que éramos hijos de comediantes, secta que no suele ser reacia a la publicidad, pero mi madre había leído una vez en una revista un artículo sobre los pequeños tormentos que los niños profesionales están obligados a soportar —su alejamiento de una sociedad normal, quizá deseable—, y adoptó una posición férrea al respecto, de la que nunca, nunca se apartó. (Este no es el momento de

averiguar si casi todos o todos los niños «profesionales» deben ser proscritos, compadecidos o ejecutados implacablemente por perturbar la paz. Por el momento, sólo diré que lo que nos pagaron a todos en el programa *Los niños sabios* sirvió para mandar a seis de nosotros a la Universidad y ahora al séptimo.)

Nuestro hermano mayor, Seymour —a quien me referiré aquí casi con exclusividad—, era cabo en lo que, en 1942, todavía llamábamos Cuerpo Aéreo. Estaba apostado en una base B-17 en California donde hacía, creo, trabajos de oficina. Podría añadir, no del todo entre paréntesis, que era con mucho el menos prolífico de la familia en materia de cartas. No creo haber recibido cinco cartas tuyas en toda mi vida.

La mañana del 22 ó 23 de mayo (nadie en mi familia ha fechado jamás una carta) me dejaron una carta de mi hermana Boo Boo a los pies de la cama en el hospital de Fort Benning, mientras me vendaban el diafragma con esparadrapo (una terapéutica aplicada de manera habitual a los enfermos de pleuresía, tal vez para impedirles que tosan hasta hacerse pedazos). Terminada la prueba, leí la carta de Boo Boo. Todavía la tengo y la reproduzco textualmente:

Buddy querido:

»Estoy empacando a toda velocidad, de modo que ésta será corta, pero *penetrante*. El almirante Pellizca-culos ha decidido que tiene que volar a lugares desconocidos para colaborar en los esfuerzos bélicos y ha decidido también llevarse a su secretaria si se porta bien. Simplemente me revienta. Dejando de lado a Seymour, esto significa construcciones prefabricadas en bases aéreas glaciales y chistes infantiles de nuestros combatientes y esas horribles cosas de papel para vomitar en el avión. El caso es que Seymour se casa, sí, *se casa*, de modo que atención, por favor. No podré ir. Estaré lejos de seis semanas a dos meses. He conocido a la chica. En mi opinión es nula, pero despampanante. En realidad no sé si es nula. Quiero decir que apenas pronunció dos palabras la noche en que la conocí. Se sentó, sonrió y fumó, de modo que no es justo decirlo. No sé nada del romance mismo, salvo que al parecer se conocieron durante el último invierno, cuando Seymour estaba apostado en Monmouth. La madre es perita en todas las artes, y se trata con un buen Junguiano dos veces por semana (me preguntó dos veces, la noche en que la conocí, si me había analizado alguna vez). Me dijo que le gustaría que Seymour fuera más sociable. Con el mismo impulso dijo que simplemente le encantaba, aunque etc., etc., y que lo escuchó con atención religiosa durante todos los años .en que actuó por radio. Esto es todo lo que sé, aparte de que *tienes* que ir a la boda. Nunca te perdonaré si no vas. Lo digo en serio. Mamá y papá no pueden venir desde la costa. Franny tiene la rubéola, por lo pronto. Dicho sea de paso, ¿la escuchaste la semana pasada? Se explayó largo y tendido acerca de cómo volaba por todo el apartamento. Cuando tenía cuatro años y no había nadie en casa. El nuevo locutor es peor que Grant, si es posible, incluso peor que el Sullivan de los viejos tiempos. Le dijo que seguramente *había soñado* que volaba. La nena se mantuvo en sus trece como un ángel. Dijo que *sabía* que volaba porque al bajar tenía siempre polvo en los dedos por haber tocado las bombillas. Me muero por verla. A ti también. De todos modos, tienes que ir a la boda. Aunque sea sin permiso, si no hay remedio, pero ve. Es a las tres, el 4 de junio. Lo que se dice no sectaria y Emancipada, en el domicilio de su abuela en la calle Sesenta y Tres. Los casa un juez. No sé el número exacto, pero queda justo a dos puertas de donde vivían lujosamente Carl y Amy. Voy a telegrafiarle a Walt, pero creo que ya se ha embarcado. *Por favor*, ve allá, Buddy. Está flaco como un gato y tiene esa mirada de éxtasis que te corta el habla. Quizá todo salga perfectamente bien, pero detesto al 1942.

Creo que odiaré el 1942 hasta mi muerte, por cuestión de principio. Te veré a mi vuelta. Un abrazo.

»Boo Boo.»

Un par de días después de haber recibido la carta, me dieron de alta en el hospital, bajo la custodia, por así decirlo, de dos metros y medio de esparadrapo alrededor de las costillas. Entonces empezó una campaña extenuante que duró una semana para conseguir permiso e ir a la boda. Por fin lo obtuve congraciándome laboriosamente con el comandante de mi compañía, un hombre aficionado a la lectura, según propia confesión, cuyo autor favorito quiso la suerte que fuese el mío: L. Manning Vines. O bien Hinds. A pesar de este lazo espiritual lo más que pude sacarle fue un permiso por tres días que, en el mejor de los casos, me daría justo el tiempo para ir en tren a Nueva York, asistir al casamiento, engullir la cena en alguna parte y volver desalentado a Georgia.

Recuerdo que en 1942 todos los vagones de ferrocarril tenían una ventilación sólo teórica, abundaban en policía militar y olían a zumo de naranja, leche y whisky de centeno. Me pasé la noche tosiendo y leyendo una revista de tiras cómicas que alguien tuvo la bondad de prestarme. Cuando el tren entró en Nueva York, a las dos y diez de la tarde de la boda, yo estaba deshecho por la tos, bastante exhausto, transpirando, arrugado, con una picazón infernal provocada por el esparadrapo. La misma Nueva York estaba indescriptiblemente calurosa. No tenía tiempo para ir primero a mi apartamento, de modo que dejé el equipaje, que consistía en una maletilla de tela con cremallera de aspecto más bien deprimente, en una de esas consignas metálicas que hay en Penn Station. Para que las cosas fueran todavía más irritantes, mientras vagaba por el barrio de las tiendas tratando de encontrar un taxi vacío, un segundo teniente del Cuerpo de Señales, a quien al parecer no saludé al cruzar la Séptima Avenida, sacó de pronto una estilográfica y anotó mi nombre, mi número de matrícula y mi dirección, mientras algunos civiles miraban con interés.

Cuando por fin me metí en un taxi, yo estaba desinflado. Le di al conductor instrucciones que me llevarían al fin a la vieja casa de Carl y Amy. Pero en cuanto llegué a la manzana fue muy sencillo. Bastaba seguir a la multitud. Había incluso un baldaquino de lona. Un momento después entré en una vieja y enorme casa de piedra donde me recibió una mujer muy elegante, de pelo color lavanda, que me preguntó si era amigo de la novia o del novio. Dije que del novio.

—Ah —dijo—, estamos poniéndolos a todos juntos.

Lanzó una carcajada un poco exagerada y me señaló la última silla plegable que aparecía vacía en una enorme habitación atestada. Con respecto a todos los detalles materiales de la habitación tengo en la mente un blanco de trece años. Fuera del hecho de que estaba repleta de gente y que hacía un calor sofocante, sólo recuerdo dos cosas: que había un órgano sonando casi directamente detrás de mí y que la mujer sentada justo a mi derecha se volvió hacia mí y me susurró con entusiasmo, como si estuviera en un escenario:

—¡Soy Helen Sitsburn!

Por la posición de nuestros asientos deduje que no era la madre de la novia, pero por si acaso sonreí, asentí con espíritu gregario y estuve a punto de decir quién era yo, pero ella se llevó un dedo decoroso a los labios y los dos miramos hacia adelante. Eran en ese momento más o menos las tres. Cerré los ojos y esperé, un poco a la defensiva, que el organista dejara la música de relleno y se zambullera en *Lohengrin*.

No tengo una idea muy clara de cómo pasó la siguiente hora y cuarto, fuera del hecho esencial de que no hubo zambullida en *Lohengrin*. Recuerdo una banda un poco mala

de caras desconocidas que de vez en cuando se volvían subrepticias, para ver quién tosía. Y recuerdo que la mujer sentada a mi derecha se dirigió de nuevo a mí, con el mismo susurro más bien festivo:

—Debe de haber algún retraso —dijo—. ¿Conoce al juez Ranker? Tiene cara de *santo*.

Y recuerdo que la música de órgano saltaba peculiarmente, casi con desesperación, en cierto momento, de Bach al Rodger y Hart del principio. En conjunto creo que me pasé el tiempo lanzándome breves advertencias médicas a mí mismo para obligarme a contener los ataques de tos. Todo el tiempo que pasé en la habitación tuve la idea constante, cobarde, de que estaba por sufrir una hemorragia o por lo menos una fractura de costilla, a pesar del corsé de esparadrapo.

A las cuatro y veinte —o, para decirlo de una manera más moderada, una hora y veinte minutos después de haber dejado atrás toda esperanza razonable— la novia sin casar, la cabeza gacha, con un progenitor a cada lado, fue ayudada a salir del edificio y conducida, frágilmente, por un largo tramo de escalones de piedra hasta la acera. Luego fue depositada, pasando casi de mano en mano, en el primero de los negros y esbeltos coches alquilados que esperaban, en doble fila, junto al bordillo de la acera. Fue un momento sumamente gráfico —un momento periodístico— y, como los momentos periodísticos, tuvo su complemento total de testigos oculares, porque los invitados a la boda (yo entre ellos) habían empezado a brotar del edificio, aunque con decoro, en bandadas alertas, por no decir desorbitadas. Si algún factor hubo que aliviara siquiera un poco el espectáculo, fue el tiempo mismo. El sol de junio, con la mediatez de una lámpara de muchas bujías, era tan caliente y deslumbrante que la imagen de la novia, cuando bajó casi como una inválida por los peldaños de piedra, tendió a borronearse cuando más importaba que fuera borrosa.

Una vez que el coche de la novia hubo salido por lo menos materialmente de la escena, la tensión en la acera, sobre todo alrededor de la entrada del baldaquino de lona, en el bordillo de la acera donde yo me había quedado, se deshizo en lo que, de haber sido el edificio de una iglesia y de ser domingo, se hubiera tomado por la confusión normal que se produce al dispersarse los fieles. Entonces, en forma muy repentina, llegó la palabra importante transmitida por el tío de la novia, Al, de que los invitados a la boda habían de *utilizar* los coches estacionados junto al bordillo, hubiera o no recepción, cambiaran o no los planes. Si la reacción a mi lado podía tomarse como criterio, el ofrecimiento fue en general recibido como una especie de *beau geste*. Pero no dejaré de decir que los coches fueron utilizados sólo después que un pelotón formidable —designado como los «parientes directos» de la novia— hubo ocupado los vehículos que necesitaba para abandonar la escena. Y después de un retraso un tanto misterioso, como si hubiera un embotellamiento (durante el cual me quedé especialmente clavado en el lugar), los «parientes directos» iniciaron su éxodo, a razón de seis o siete por coche como máximo, y de tres o cuatro como mínimo. Sospecho que el número dependía de la edad, el porte y el grosor de los muslos de los primeros ocupantes.

De pronto, por sugestión decididamente crispada de alguien, me encontré plantado en el bordillo de la acera, justo a la salida del baldaquino de lona, ayudando a la gente a meterse en los coches.

Vale la pena pensar un poco por qué fui elegido para llenar esa función. Por lo que sé, el hombre de mediana edad, no identificado, que me escogió para el trabajo, no tenía la menor idea de que yo era el hermano del novio. Por lo tanto, sería lógico que hubiese sido

elegido por otras razones, mucho menos poéticas. Era en 1942. Yo tenía veintitrés años y acababa de incorporarme al ejército. Me sorprende que fuera solamente mi edad, mi uniforme y el aura inconfundible y servicial de mi uniforme verde oliva lo que no dejara duda sobre mi capacidad para hacer de portero.

No sólo tenía veintitrés años, sino que eran evidentemente veintitrés años de retardado. Recuerdo que cargaba gente en los coches sin la menor competencia. En cambio aparentaba cierta fingida y alcahueta apariencia de subnormalidad, cierta fidelidad al cumplimiento del deber. En realidad, al cabo de unos minutos, vi demasiado bien que estaba satisfaciendo las necesidades de una generación predominantemente mayor, más baja, más entrada en carnes, y mi actitud al tomarla del brazo y cerrar la portezuela adquirió una potencia más falsa todavía. Empecé a comportarme como un joven gigante de destreza excepcional, absolutamente seductor.

Pero lo menos que puede decirse es que el calor de la tarde era opresivo y que las compensaciones de mi oficio deben de haberme parecido cada vez más insignificantes. De pronto, aunque la multitud de «parientes directos» apenas empezaba a ralearse, me metí en uno de los coches recién cargados en el momento mismo en que se apartaba del bordillo de la acera. Entonces di con la cabeza contra el techo de una manera muy audible (quizá justiciera). Uno de los ocupantes del auto era nada menos que mi susurrante conocida, Helen Silsburn, que empezó a ofrecerme su incompetente simpatía. Sin duda el golpe había resonado en todo el coche. Pero a los veintitrés años yo era esa clase de muchacho que responde a todo daño público de su persona, salvo en caso de fractura de cráneo, lanzando una carcajada que suena a hueca, anormal.

El auto se dirigió hacia el oeste, como si fuera directamente a meterse en el horno del cielo del final de la tarde. Siguió hacia el oeste dos manzanas hasta llegar a Madison Avenue, y luego dobló en brusco ángulo recto hacia el norte. Sentí como si nos salváramos todos de quedar encerrados en la terrible hornalla del sol sólo por la gran presteza y habilidad del conductor anónimo.

Durante las cuatro o cinco primeras manzanas por Madison, la conversación en el coche se limitó sobre todo a observaciones como «¿Le dejo bastante espacio?» y «Nunca en mi vida he tenido tanto calor». La única que no había tenido nunca tanto calor en toda su vida era, como supe por haber fisgoneado un tanto en el bordillo de la acera, la Madrina de Honor de la novia. Era una muchacha sólida de unos veinticuatro o veinticinco años, con un vestido de satén rosa y una banda de nomeolvides artificiales en el pelo. Su *ethos* era netamente atlético, como si hiciera uno o dos años que se hubiese graduado de profesora de educación física. Tenía en el regazo un ramo de gardenias como si fuese una pelota de volley desinflada. Estaba sentada en el asiento trasero, los muslos apretados entre su marido y un viejo minúsculo con sombrero de copa y chaqué, que sostenía un cigarro habano sin encender. La señora Silsburn y yo, tocándonos sin impudicia las rodillas, ocupábamos los estrapontines. Dos veces, sin excusa alguna, en busca de mera aprobación, me volví para mirar al viejo. Cuando yo mantenía la puerta abierta para que él entrara en el coche, tuve el fugaz impulso de levantarlo materialmente y de meterlo con delicadeza por la ventanilla abierta. Era la pequeñez misma; no medía más de un metro cuarenta o cincuenta, sin ser ni un pigmeo ni un enano. En el coche miraba fijo, con gran severidad, hacia adelante. La segunda vez que me volví a mirarlo, observé que había algo muy parecido a una vieja mancha de grasa en la solapa del chaqué. También noté que el sombrero de copa quedaba a unos diez o doce centímetros del techo... Pero en general durante esos primeros minutos en el coche, me preocupé sobre todo de mi propio estado de salud. Además de tener pleuresía y la cabeza magullada, mi idea hipocondríaca era que me

estaba pescando una infección en la garganta. Con disimulo doblaba la lengua hacia atrás y exploraba la parte presuntamente dolorosa. Recuerdo que miraba fijo hacia adelante, en línea recta hacia el pescuezo del conductor que era un mapa en relieve de cicatrices de granos, cuando de pronto mi compañera del estrapontín me dijo:

—No he tenido oportunidad de preguntárselo mientras estábamos adentro. ¿Cómo está el encanto de su madre? ¿No es usted Dickie Briganza?

En el momento de la pregunta, yo tenía la lengua curvada hacia atrás, explorando el velo del paladar. La desenrosqué, tragué y me volví hacia ella. Tendría unos cincuenta años, estaba vestida elegantemente y con gusto. Llevaba una gruesa capa de maquillaje. Le contesté que no, que no era.

Me miró con los ojos un poco entrecerrados y dijo que yo era exactamente igual al hijo de Celia Briganza. Algo en la boca. Traté de indicar con un gesto que era un error que cualquiera podía cometer. Seguí mirando la nuca del conductor. El coche estaba en silencio. Eché un vistazo por la ventanilla para cambiar de escena.

—¿Está contento en el ejército? —preguntó la señora Silsburn, con brusquedad, como conversando.

En ese preciso momento tuve un breve acceso de tos. Cuando terminó me volví hacia ella con toda la vivacidad disponible y dije que me había hecho de montón de compinches. Me resultaba un poco difícil girar en su dirección, debido al revestimiento de esparadrapo del diafragma.

Ella asintió:

---Creo que todos ustedes son simplemente maravillosos —dijo, con cierta ambigüedad—. ¿Es amigo de la novia o del novio? —preguntó entonces, yendo con delicadeza al grano.

---En realidad, no soy precisamente un amigo de...

Mejor que no diga que es amigo del *novio* —dijo la Madrina de Honor interrumpiéndome desde el fondo del coche—. Me gustaría ponerle la mano encima sólo unos *dos minutos*. Sólo *dos minutos*, nada más.

La señora Silsburn se volvió rápida, pero totalmente, para sonreír a la que había hablado. Después miró de nuevo hacia adelante. En realidad giramos los dos casi al unísono. Considerando que la señora Silsburn se había vuelto sólo un instante, la sonrisa que había dedicado a la Madrina de Honor era una especie de obra maestra del estrapontín. Fue lo bastante expresiva como para denotar una ilimitada camaradería con todos los jóvenes del mundo entero, pero sobre todo con su fogosa, franca representante local a quien quizá había sido presentada, en el mejor de los casos, de una manera poco más que superficial.

—Muchacha sedienta de sangre —dijo una regocijada voz masculina. Y la señora Silsburn y yo nos volvimos de nuevo. El que había hablado era el marido de la Madrina de Honor. Estaba sentado justo detrás de mí, a la izquierda de su mujer. El y yo cambiamos rápidamente esa mirada vacía, sin camaradería, que en el crapuloso año de 1942 tal vez sólo podían cambiar un oficial y un soldado. Primer teniente del Cuerpo de Señales, usaba una gorra de piloto de las Fuerzas Aéreas muy interesante, una gorra con visera despojada del armazón de alambre que suele conferir a quien la usa cierto aire intrépido, quizá buscado. Pero en su caso, la gorra no lograba cumplir su cometido. No tenía otro propósito que el de mostrar que mi gorra desmesurada reglamentaria, era un bonete de payaso que alguien había recogido, nervioso, del incinerador. Su cara era amarillenta y profundamente desalentada. Transpiraba con profusión casi increíble, en la frente, el labio superior e incluso la punta de la nariz, al extremo de que hubiera sido indicado administrarle un

comprimido de sal—. Estoy casado con la muchacha más sedienta de sangre de seis provincias —dijo, digiriéndose a la señora Silsburn, con otra risita suave, pública. En automática deferencia a su jerarquía, lancé a mi vez una risita casi al mismo tiempo que él, una risita breve, inane, de extrañamiento y de recluta significando que estaba a favor de él y de todos los demás, en contra de nadie.

—Lo digo *en serio* —dijo la Madrina de Honor—. Dos minutos nada más, hermano. Ah, si pudiera ponerle mis dos manitas...

—Está bien, vamos, calma, calma —dijo su marido, con recursos inagotables de buen humor conyugal—. Calma. Vivirás más tiempo.

La señora Silsburn se volvió de nuevo hacia el fondo del coche y dedicó a la Madrina de Honor una sonrisa celestial.

—¿Alguien vio a algún pariente de él en la boda? —preguntó, con suavidad, poniendo apenas un poco de énfasis, nada que no fuera perfecta amabilidad, al pronunciar el pronombre personal.

La Madrina de Honor contestó con un volumen tóxico:

—No. Están todos en la *Costa* del Oeste o en algún lugar por el estilo. Ojalá hubiesen estado.

La risita ahogada del marido sonó de nuevo.

—Qué hubieras hecho entonces, corazón? —pregunto y guiño, sin discriminación, un ojo hacia mí. —Bueno, no sé, pero *algo* hubiera hecho —dijo la Madrina de Honor. El volumen de la risita a su izquierda se amplió—. ¡Hubiera tenido que hacerlo! ---insistió. Les hubiera dicho *algo*. Palabra. Qué caray. —Hablaba con aplomo creciente como si percibiera que, estimulados por su marido, los demás que estábamos al alcance de su voz encontrábamos algo seductoramente directo, corajudo, en su sentido de la justicia, por juvenil o poco práctico que fuese---. No sé *qué* les hubiera dicho. Quizá hubiera soltado algo idiota. Pero, qué caray. ¡De veras! Simplemente no puedo soportar que alguien se mande mudar después de haber cometido un crimen. Me hierva la sangre. —Suspendió la vivacidad el tiempo suficiente para recibir el apoyo de una mirada de simulada empatía por parte de la señora Silsburn. La señora Silsburn y yo nos habíamos vuelto ahora del todo, supersociables, en nuestros estrapontines—. Lo digo de veras —dijo la Madrina de Honor—. No se puede andar a *empujones* en la vida hiriendo los sentimientos de la gente cuando a uno le da la gana.

—Confieso que sé muy poco del joven —dijo la señora Silsburn suavemente—. En realidad, no lo conozco. Lo primero que supe es que Muriel estaba comprometida...

—*Nadie* lo conoce —dijo la Madrina de Honor, bastante explosiva—. Ni siquiera yo.

Tuvimos dos ensayos, y las dos veces el pobre padre de Muriel tuvo que ocupar su lugar, porque su disparatado aeroplano no pudo despegar. Se suponía que daría un salto hasta aquí el último martes por la noche en algún disparatado avión militar, pero estaba *nevando* o algún disparate por el estilo en Colorado o Arizona o cualquiera de esos disparatados lugares, y no llegó hasta la una de la *mañana, anoche*. *Entonces* esa hora disparatada llama a Muriel por teléfono desde *Long Island* o algo por el estilo y le pide que se encuentre con él en el vestíbulo de algún horrible hotel para *hablar* —la Madrina de Honor se estremeció con elocuencia—. Y ustedes la conocen a Muriel. Como es un encanto, deja que el fulano y su hermano la arrastren. Eso es lo que me da calambres. Siempre esa clase de gente que queda maltrecha al final... En fin, que se viste y se mete en un taxi y va a sentarse a un vestíbulo horrible para hablar hasta las *cinco* menos cuarto de la mañana--- la Madrina de Honor soltó el ramo de gardenias para levantar dos puños cerrados sobre su regazo--- ¡Aaah, me pone frenética! —dijo.

—¿Qué hotel? —Pregunté a la Madrina de Honor—. ¿Sabe cuál? —Traté de que mi voz sonara natural, como si mi padre estuviera metido en negocios hoteleros y yo me tomara cierto comprensible interés filial por los lugares donde la gente para en Nueva York. En realidad mi pregunta no significaba casi nada. Tan sólo pensaba más o menos en voz alta. Me había interesado el hecho de que mi hermano le hubiese pedido a su novia que se encontraran en el vestíbulo de un hotel, y no en su departamento vacío y disponible. La moralidad de la invitación no tenía relación alguna con el personaje, pero me interesaba, aunque moderadamente.

—No sé qué hotel —dijo irritada la Madrina de Honor—. No era más que un *hotel* —me miró fijo—. ¿Por qué? —preguntó—. ¿Usted es amigo de él?

Había algo claramente intimidante en su mirada. Parecía venir de una mujer del populacho, separada sólo por el tiempo y la suerte de sus agujas de tejer y de una espléndida vista de la guillotina turbas de cualquier tipo me han aterrado toda la vida.

---Nos conocimos de chicos —contesté, de un modo casi ininteligible.

—¡Qué suerte!

—Vamos, vamos —dijo el marido.

---Lo *siento* —le respondió la Madrina de Honor aunque dirigiéndose a todos nosotros—. Pero tú no estuviste en la habitación viendo llorar a esa pobre chica hasta quedar sin lágrimas durante una buena hora. No es divertido, y una no se olvida. He oído hablar de novios que se mueren de miedo y todo eso. Pero no se hace eso a *último momento*. ¡Quiero decir que no se hace esto para mortificar a una cantidad de gente encantadora y hacerle perder casi la razón a una criatura! Si cambió de *idea*, ¿por qué no le escribió y por lo menos rompió como un caballero, por el amor de Dios, antes de hacer todo ese daño?

—Está bien, calma, ten calma —dijo su marido. La risita seguía allí, pero sonaba un poco forzada.

—¡ Lo digo en serio! ¿No podía escribirle y decírselo, como un *hombre*, e impedir toda esta tragedia? —me miró bruscamente—. ¿Tiene alguna idea de dónde está, por casualidad? —me preguntó, con una voz metálica—. Si fueron amigos de la *infancia*, usted ha de tener...

—Acabo de llegar a Nueva York hace unas dos horas —dije, nervioso. No sólo la Madrina de Honor, sino también su marido y la señora Silsburn me miraban fijo—. Hasta ahora no he tenido siquiera la posibilidad de acercarme a un teléfono.

Recuerdo que en ese momento tuve un acceso de tos. Era auténtico, pero debo decir que no hice mucho por contenerlo o abreviarlo.

—¿Se hace atender esa tos, soldado? —me preguntó el teniente cuando se me pasó.

En ese momento tuve otro acceso de tos, perfectamente verdadero, aunque parezca raro. Toda vía estaba a medias o a cuartos vuelto en mi estrapontín, con el cuerpo lo bastante desviado hacia el frente del coche como para poder toser con arreglo a las debidas normas higiénicas.

Aunque parezca muy desordenado, creo que debería insertar aquí un párrafo para responder a un par de preguntas embarazosas. En primer lugar ¿por qué seguía sentado en el coche? Dejando de lado toda consideración incidental, se supone que el coche debía llevar a sus ocupantes a la casa de apartamentos de los padres de la novia. Ninguna información, de primera o segunda mano, que hubiera obtenido de la postrada novia sin

casar, o de sus perturbados (y muy probablemente coléricos) padres podía explicar la extrañeza de mi aparición en el apartamento. ¿Por qué, entonces, seguía sentado en el coche? ¿Por qué no salía, por ejemplo, mientras estábamos detenidos por un semáforo? Y lo que es aún más evidente, ante todo, ¿por qué me había metido en el coche?... Hay para mí al menos una docena de respuestas a estas preguntas y todas ellas, aunque confusas, suficientemente válidas. Pero creo que puedo omitirlas y limitarme a reiterar que era 1942, que yo tenía veintitrés años, acababa de alistarme, acababa de darme cuenta de la eficacia de mantenerse junto al rebaño y, sobre todo, me sentía solo. Uno se mete, sin más, en los coches repletos y se queda allí sentado, así lo veo yo.

Volviendo a la historia, recuerdo que mientras los tres (la Madrina de Honor, su marido y la señora Silsburn) con los ojos clavados en mí me miraban toser yo eché un vistazo al viejo minúsculo que estaba en el fondo. Seguía mirando fijo hacia adelante. Observé, casi con gratitud, que los pies casi no le llegaban al piso. Parecían viejos y valiosos amigos míos.

—Pero qué piensa *hacer* ese hombre? —me dijo la Madrina de Honor cuando hube salido del segundo acceso de tos.

—¿Se refiere a Seymour? —pregunté. Parecía claro al principio, a juzgar por su tono, que maquinaba alguna singular ignominia. Entonces, de pronto me di cuenta (y era franca intuición) de que podía ser secreta concedora de una variada cantidad de datos biográficos sobre Seymour, es decir, de esos datos bajos, lamentablemente dramáticos y (en mi opinión) esencialmente equivocados acerca de él. Que había sido Billy Black, una celebridad nacional de la radio durante unos seis años de su infancia. O que, para dar otro ejemplo, había ingresado a la Universidad de Columbia cuando apenas tenía quince años.

—Sí, Seymour —dijo la Madrina de Honor—. ¿Qué hacía antes de incorporarse al ejército?

Una vez más intuí en un relámpago refulgente que sabía mucho más sobre él de lo que, por alguna razón, quería decir. Por una parte, parecía perfectamente enterada de que Seymour había estado enseñando inglés antes de engancharse; que había sido profesor. Un profesor. En realidad, por un instante, mientras la miraba, tuve la incomodísima sensación de que quizá supiera incluso que yo era el hermano de Seymour. No era una idea como para mascullarla. La miré soslayándole los ojos y dije:

—Era pedicuro.

Entonces, con un movimiento brusco, di una vuelta y me puse a mirar por la ventanilla. El coche había estado inmóvil durante unos minutos y justo acababa yo de percibir el redoble de tambores marciales a la distancia, desde la dirección general de Lexington o la Tercera Avenida.

—¡Es un desfile! —dijo la señora Silsburn. También ella se había vuelto.

Estábamos al final de la Ochenta. Un policía en medio de Madison Avenue detenía todo el tráfico que iba hacia el norte y el sur. Tan sólo lo detenía, es decir, no lo desviaba ni hacia el este ni hacia el oeste. Había tres o cuatro coches y un autobús esperando para seguir hacia el sur, pero nuestro coche resultó ser el único vehículo que iba para arriba. En la esquina inmediata y en lo que yo podía ver del lado de la calle que subía hacia la Quinta Avenida, había dos o tres filas de personas a lo largo del cordón y en la acera, a la espera, al parecer, de un desfile de tropas, o enfermeras, o boy-scouts, o lo que fuese, para abandonar el punto en que se habían juntado, Lexington o la Tercera Avenida, y seguir la

marcha.

—Oh, *Dios*. ¿Pero no lo sabía? —dijo la Madrina de Honor.

Me volví y estuve a punto de darme un cabezazo con ella. Se había inclinado hacia adelante, metiéndose casi en el espacio entre la señora Silsburn y yo. La señora Silsburn se volvió hacia ella, también, con una expresión conmovida, más bien de pena.

—Podemos pasarnos *semanas* aquí —dijo la Madrina de Honor, estirando el cuello para ver del otro lado del parabrisas—. Tendría que estar allí ya. Le dije a Muriel y a su madre que tomaría uno de los primeros coches y que llegaría en cosa de *cinco minutos*. ¡Oh, Dios! ¿No se *puede* hacer algo?

—Yo también tendría que estar allí —dijo la señora Silsburn, con bastante presteza.

—Sí, pero yo se lo *prometí* formalmente. El apartamento va a estar repleto de toda clase de tíos y tías disparatados y de perfectos extraños, y yo le dije que montaría *guardia* con unas diez bayonetas para que ella tuviera un poco de intimidad y... —se interrumpió—. Oh, Dios. Es horrible.

La señora Silsburn lanzó una risita afectada.

—Creo que yo soy una de las tías disparatadas —dijo.

Era evidente que estaba ofendida.

La Madrina de Honor la miró.

—Ah, lo siento. No me refería a usted —se reclinó en su asiento—. Quise decir que el apartamento es tan minúsculo, y si las gentes empiezan a caer como moscas... Ya sabe a qué me refiero.

La señora Silsburn no dijo nada, y no la miré para ver cuánto la había ofendido la observación de la Madrina de Honor. Pero recuerdo que me quedé impresionado, en un sentido especial, por el tono con que la Madrina de Honor se había disculpado por su pequeña plancha acerca de los «tíos y tías disparatados». Había sido una auténtica disculpa, pero no turbada y aún menos obsequiosa, y por un momento tuve la impresión de que, aparte de su indignación teatral y de su ostentoso coraje, había algo de bayoneta en ella, algo que no dejaba de ser admirable. (Estoy dispuesto a conceder rápidamente que mi opinión en este caso tiene un valor muy limitado. A veces me siento demasiado atraído tal vez por la gente que no exagera las disculpas.) Pero el caso es que justo entonces, por primera vez, una pequeña ola de prejuicios contra el novio desertor pasó sobre mí, con su borde espumoso de censura apenas perceptible debido al inexplicable ausentismo.

—Vamos a ver si se puede hacer algo —dijo el marido de la Madrina de Honor. Era más bien la voz de un hombre que guarda la calma en la línea de fuego. Sentí que se desplegaba detrás de mí y luego, de pronto, su cabeza se metió en el limitado espacio entre la señora Silsburn y yo—. Conductor —dijo perentoriamente, y esperó una respuesta. Llegó con prontitud y su voz se volvió un poco más dúctil, diplomática—: ¿Cuánto cree que vamos a estar aquí plantados?

El conductor se volvió.

—Allí me la dio, jefe —dijo. Volvió a mirar hacia adelante. Estaba absorto en lo que ocurría en el cruce. Un minuto antes, un chiquillo con un globo rojo medio desinflado hacía corrido a la calle despejada, prohibida. Su padre acababa de atraparlo y de arrastrarlo de vuelta al bordillo, donde le dio con la mano entrecerrada dos golpes en mitad de los omóplatos. El acto fue justicieramente abucheado por la multitud.

—¿Ustedes *han visto* lo que ese hombre le hizo al *chico*? —preguntó la señora Silsburn a todos en general. Nadie le contestó.

—¿Por qué no le preguntamos a aquel policía cuánto tiempo vamos a tener que estar plantados aquí? —dijo el marido de la Madrina de Honor al conductor. Seguía inclinado

hacia adelante. Sin duda no había quedado del todo satisfecho con la lacónica respuesta a su primera pregunta—. Estamos todos con un poco de prisa, ¿sabe? ¿No le parece que podría preguntarle cuánto vamos a tener que estar plantados aquí?

Sin volverse, el conductor se encogió groseramente de hombros. Pero desconectó el motor y salió del coche, golpeando la portezuela del pesado automóvil. Era un hombre de aspecto descuidado, brutal, con una librea de conductor incompleta: traje de sarga negra, pero sin gorra.

Caminó con lentitud y mucha independencia, por no decir insolencia, unos pocos pasos hasta el cruce donde el sargento de policía dirigía las cosas. Los dos se quedaron hablando durante un tiempo interminable. (Oí que la Madrina de Honor lanzaba un gruñido, detrás de mí.) De pronto los dos hombres lanzaron una estruendosa carcajada, como si en realidad no hubieran estado conversando, sino intercambiando cuentos obscenos. Entonces nuestro conductor, todavía con una risa no contagiosa, hizo un gesto fraternal de saludo al policía y volvió, lentamente, al coche. Entró, cerró de un golpe la portezuela, extrajo un cigarrillo de un paquete que había en la repisa sobre el tablero, se metió el cigarrillo detrás de la oreja y entonces, y sólo entonces, se volvió para informarnos.

—No sabe —dijo—. Tenemos que esperar a que el desfile pase por aquí. —Nos echó a todos una indiferente mirada de examen—. Después podremos seguir. —Volió la cabeza, se sacó el cigarrillo de detrás de la oreja y lo encendió.

En el fondo del coche, la Madrina de Honor lanzó un voluminoso quejido de frustración y rencor. Y entonces se hizo el silencio. Por primera vez en varios minutos eché una mirada al minúsculo viejecito que tema el cigarro sin encender. El retraso no parecía afectarlo. Su manera de estar sentado en el asiento trasero de un coche, coche en movimiento, coche estacionado e incluso, era inevitable imaginarlo, coche saltando de un puente al río, parecía una norma establecida. Era maravillosamente sencillo. Sólo había que sentarse muy derecho, manteniendo una distancia de diez o doce centímetros entre la copa del sombrero y el techo, y mirar con ferocidad hacia adelante, al parabrisas. Si la Muerte —que estaba allí afuera todo el tiempo, quizá sentada en el capó—, si la Muerte atravesaba de modo misterioso el espejo y entraba en busca de uno, bastaba con ponerse de pie e irse con ella, feroz, pero tranquilamente. Era posible llevarse el cigarro, si se trataba de un habano auténtico.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Nos vamos a quedar aquí *sentados!* —dijo la Madrina de Honor—. Tengo un calor que me muero —y la señora Silsburn y yo nos volvimos justo a tiempo para ver cómo miraba directamente a su marido por primera vez desde que habían entrado en el coche—. ¿No te puedes correr un poquito? —le dijo—. Estoy tan apretada que apenas puedo respirar.

El teniente, con su risita ahogada, abrió las manos con un gesto expresivo.

—Estoy prácticamente sentado en el guardabarros, Bunny —dijo.

La Madrina de Honor miró entonces, con una mezcla de curiosidad y desaprobación, a su otro compañero de asiento que, como si se dedicara sin saberlo a alegrarme la vida, ocupaba mucho más espacio del necesario. Había más de cinco centímetros entre su muslo derecho y la base del brazal externo. Seguramente la Madrina de Honor también lo había advertido, pero, a pesar de su temple, no tenía lo que había que tener para hablar con un pequeño personaje de aspecto tan formidable. Se volvió hacia su marido.

—¿Puedes llegar a tus cigarrillos? —dijo, irritada—. Nunca conseguiré sacar los míos, en la forma en que estoy apretada aquí. —Con la palabra «apretada» volvió la cabeza de nuevo para disparar una breve mirada, en la que todo estaba implícito, al minúsculo

culpable que había usurpado el espacio que a juicio de ella le correspondía con toda justicia. El viejo permaneció sublimemente fuera de alcance. Siguió mirando fijo hacia adelante, al parabrisas.

La Madrina de Honor miró a la señora Silsburn y levantó las cejas expresivamente. La señora Silsburn respondió con un gesto lleno de comprensión y simpatía. Entretanto el teniente había desplazado su peso sobre la nalga izquierda, del lado de la ventanilla, y del bolsillo derecho de su chaqueta de oficial sacó un paquete de cigarrillos y una cajita de cerillas. Su mujer tomó un cigarrillo y esperó el fuego, que llegó en seguida. La señora Silsburn y yo observamos el encendido del cigarrillo como si fuera una novedad bastante fascinante.

—Oh, discúlpeme —dijo de pronto el teniente, y tendió el paquete de cigarrillos a la señora Silsburn.

—No, gracias, no fumo —contestó rápidamente la señora Silsburn, casi con pesar.

—¿Soldado? —dijo el teniente, tendiéndome el paquete, después de la más imperceptible de las vacilaciones. A decir verdad, me gustó bastante el ofrecimiento del teniente, porque significaba una pequeña victoria de la cortesía común sobre la casta, pero rechacé el cigarrillo.

—¿Me deja ver las cerillas? —pidió la señora Silsburn, con una voz excesivamente tímida, casi de niña.

—¿Estas? —el teniente tendió rápidamente la cajita a la señora Silsburn.

Mientras yo miraba con expresión absorta, la señora Silsburn examinó la cajita. En la cubierta exterior, con letras de oro sobre fondo carmesí, estaban impresas las palabras: «Estas cerillas fueron robadas de la casa de Bob y Edie Burnick.

—Una delicia —dijo la señora Silsburn meneando la cabeza—, una verdadera delicia. —Traté de mostrar con mi expresión que quizá no podía leer la inscripción sin gafas; miré bizqueando, neutralmente. La señora Silsburn parecía reacia a devolver la cajita a su dueño. Cuando lo hubo hecho y el teniente la guardó en el bolsillo de su chaqueta, dijo—: Creo que nunca vi una así. —Ahora se había vuelto casi del todo, y contemplaba poco menos que con cariño el bolsillo del teniente.

—Mandamos hacer un montón el año pasado —dijo el teniente—. Le sorprendería de veras saber cómo le evita a uno tener que salir corriendo en busca de cerillas.

La Madrina de Honor se volvió hacia él, o más bien sobre él.

—No lo hicimos por eso —dijo. Echó a la señora Silsburn una mirada del tipo de «usted sabe cómo son los hombres» y le dijo—: No sé. Pensé que era original. Cursi, pero bastante original.

—Es encantador. Creo que nunca...

—No es que sea original ni nada de eso. Todo el mundo las tiene ahora —dijo la Madrina de Honor—. Les copié la idea al padre y la madre de Muriel. Siempre las tenían en la casa. —Inhaló profundamente y mientras seguía hablando soltaba el humo en pequeñas bocanadas silábicas—. Diablos, son gentes formidables. Por eso me enferma toda esta historia. Me pregunto por qué no les pasa algo a todos los sinvergüenzas de este mundo, en vez de pasarles a los buenos. Eso es lo que no entiendo. —Miró a la señora Silsburn en busca de una respuesta.

La señora Silsburn se sonrió con un gesto que era a la vez mundano, débil y enigmático, la sonrisa, por lo que recuerdo, de una especie de Monna Lisa sentada en un estrapontín.

---Muchas veces me lo he preguntado —murmuró con suavidad. Después mencionó con tono ambiguo: La madre de Muriel es la hermana menor de mi finado marido, ¿sabe?

¡Oh! —exclamó la Madrina de Honor, interesada— Bueno, entonces usted está enterada

—extendió su brazo izquierdo extraordinariamente largo y sacudió la ceniza del cigarrillo en el cenicero junto a la ventanilla de su marido—. De veras, creo que es una de las pocas personas realmente brillantes que he conocido en toda mi vida. Quiero decir que ha leído casi todo lo que se ha impreso. Dios mío, si yo hubiera leído sólo una décima parte de lo que esa mujer ha leído y olvidado, sería feliz. Quiero decir que es *culta*, ha trabajado en un *diario*, dibuja sus propios *vestidos*, hace todo en la *casa*. ¡Cocina que es de no *creerlo* ¡Dios mío! De veras, creo que es la más maravillosa...,

—¿Ella aprobaba el casamiento? —la interrumpió la señora Silsburn—. Se lo pregunto porque he estado varias semanas en Detroit. Mi cuñada falleció en forma repentina y tuve...

—Es demasiado buena para decirlo —dijo la Madrina de Honor, rotunda. Meneó la cabeza— Quiero decir que es demasiado *discreta* y esas cosas. —Reflexionó—. En realidad, esta mañana fue casi la primera vez que le oí decir una palabra sobre el asunto. Y fue sólo porque estaba tan trastornada por la pobre Muriel. —Estiró un brazo y sacudió de nuevo la ceniza del cigarrillo.

—¿Qué dijo esta mañana? —preguntó con avidez la señora Silsburn.

La Madrina de Honor pareció reflexionar un momento.

—Bueno, no mucho —dijo—. Quiero decir, nada mezquino o realmente *ofensivo* ni nada por el estilo. Todo lo que dijo fue que el tal Seymour, en su -opinión, era un homosexual latente y que en el fondo le tenía miedo al matrimonio. Dijo sólo eso, con inteligencia. Claro que se ha psicoanalizado años y años —la Madrina de Honor miró a la señora Silsburn—. No es un *secreto* ni nada por el estilo. La propia señora Fedder se lo diría, no estoy revelando ningún secreto.

—Lo sé —dijo la señora Silsburn rápidamente—, Es la última persona en el...

—Me refiero a que no es la clase de persona que viene y dice algo así a menos que sepa de qué habla. Y en primer lugar nunca, nunca lo hubiera dicho si la pobre Muriel no hubiese estado tan, tan postrada y todo —la Madrina de Honor meneó la cabeza con aire severo—. Dios mío, tendría que haber visto a esa pobre criatura.

Sin duda, debería interrumpirme para describir mi reacción general ante el significado esencial de lo que la Madrina de Honor decía. Me limito a dejar pasar, por el momento, para que el lector me aguante.

—¿Qué más dijo? —preguntó la señora Silsburn—» Quiero decir, Rhea. ¿Dijo algo más?

No la miré, no podía sacar los ojos de la cara de la Madrina de Honor, pero tuve la impresión fugaz, disparatada, de que la señora Silsburn estaba casi sentada en el regazo de la principal interlocutora.

—No. En realidad no. Casi nada —la Madrina de Honor, reflexionando meneó la cabeza—. Como digo, no habría dicho *nada*, con toda la gente allí alrededor y todo, si la pobre Muriel no hubiese estado tan espantosamente trastornada —sacudió de nuevo la ceniza del cigarrillo—. Casi la única otra cosa que dijo fue que Seymour era lo que se dice una personalidad esquizoide y que, mirándolo bien, era mejor para Muriel que las cosas hubieran resultado así. Cosa que a mí me parece sensata, pero no estoy segura de que se lo parezca a Muriel. El la ha *aterrorizado* tanto que ella se siente perdida. Eso es lo que me pone tan...

En ese momento fue interrumpida. Por mí. Recuerdo que mi voz era insegura, como lo es siempre que estoy muy perturbado.

—¿Qué le hizo concluir a la señora Fedder que Seymour es un homosexual latente y una personalidad esquizoide?

Todos los ojos —todos los proyectores—, los de la Madrina de Honor, los de la señora Silsburn, incluso los del teniente, se deslizaron bruscamente hacia mí.

—¿Qué? —me dijo la Madrina de Honor, con una leve hostilidad. Y de nuevo tuve la impresión fugaz, áspera, de que sabía que yo era el hermano de Seymour.

—¿Qué le hace pensar a la señora Fedder que Seymour es un homosexual latente y una personalidad esquizoide?

La Madrina de Honor me miró fijo y después lanzó un gruñido elocuente. Se volvió y apeló a la señora Silsburn con el máximo de ironía.

—¿Usted diría que alguien que arma una como la de hoy es *normal*? —alzó las cejas y esperó—. ¿Usted lo diría? —preguntó con calma, con mucha calma—. Diga la verdad. No hago más que preguntar. Para que este caballero sepa.

La respuesta de la señora Silsburn fue la gentileza, la ecuanimidad misma.

—No, yo no lo diría —dijo.

Tuve un súbito, violento impulso de saltar del coche y de largarme a correr en cualquier dirección. Pero por lo que recuerdo, seguía en mi estrapontín cuando la Madrina de Honor se dirigió de nuevo a mí.

—Mire —dijo en el tono de falsa paciencia del maestro con un niño que no sólo es retardado sino que se le caen todo el tiempo los mocos de un modo poco atrayente—. No sé si usted conoce a la gente. ¿Pero qué hombre en su recto juicio, la víspera de la boda tiene a su novia toda la noche dándole la lata acerca de *cómo* es demasiado *feliz* para casarse y que ella tendría que *aplazar* la boda hasta que él se sienta *más estable* o no podrá ir? *Entonces*, cuando la novia le explica como a un *chico* que todo *está* arreglado y planeado desde hace meses y que su padre ha hecho gastos increíbles y se ha molestado y todo para hacer una fiesta y cosas por el estilo, y que sus parientes y amigos van a llegar de todo el *país*, entonces, después que ella le explica todo esto, él le dice que lo siente mucho, pero que no se puede casar hasta que no se sienta menos *feliz* o algún disparate por el estilo. Piénselo ahora, si no le es molesto. ¿Le parece una persona *normal*? ¿Le parece que está en su juicio? —la voz era ahora estridente—. ¿O le parece una persona que debería estar metida en un manicomio? —Me miró con gran severidad, y como no me pronuncié en seguida en su defensa ni me rendí, se apoyó con pesadez en el respaldo y le dijo a su marido—: Dame otro cigarrillo, por favor. Me voy a quemar con éste. —Le tendió la colilla encendida y él la apagó por ella. Después sacó la caja de cigarrillos de nuevo—. Enciéndemelo —dijo ella—. No tengo fuerzas para hacerlo.

La señora Silsburn se aclaró la garganta.

—A mí me parece una bendición que todo haya terminado...

—Yo le pregunto —le dijo la Madrina de Honor con renovado ímpetu, aceptando al mismo tiempo un cigarrillo recién encendido de su marido—. ¿Le parece cosa de persona normal, de hombre *normal*, a usted? ¿O le parece cosa de alguien que o nunca ha crecido o es un perfecto loco de atar, un chalado?.

—Dios santo. No sé qué decir, de veras. A mí en el fondo me parece una bendición que todo...

La Madrina de Honor se inclinó de pronto hacia adelante, alerta, exhalando humo por la nariz.

—Muy bien, eso no importa, dejémoslo por el momento... no lo necesito —dijo. Le hablaba a la señora Silsburn, pero en realidad se dirigía a mí a través de la cara de la señora Silsburn, por así decirlo—. ¿Ha visto alguna vez a... en el cine? —preguntó.

El que mencionó era el nombre profesional de una actriz y cantante entonces bastante conocida y ahora, en 1955, muy famosa.

—Sí —contestó la señora Silsburn rápidamente y con interés, y se quedó esperando. La Madrina de Honor asintió.

—Muy bien. ¿Ha observado usted, por casualidad, esa especie de sonrisa torcida que tiene? ¿Con un solo lado de la cara, o algo así? Es muy visible si usted...

—¡Sí... sí, lo he observado! —exclamó la señora Silsburn.

La Madrina de Honor aspiró el humo del cigarrillo y echó una mirada imperceptible hacia mí.

—Bueno, resulta que es una especie de *parálisis* parcial —dijo, exhalando una pequeña bocanada de humo con cada palabra—. ¿Y sabe de dónde la sacó? Al parecer Seymour, esa persona *normal*, la hirió y tuvieron que darle nueve puntadas en la cara. —Se estiró (a falta, tal vez, de mejor dirección escénica) y sacudió de nuevo la ceniza.

—¿Le puedo preguntar dónde oyó eso? —dije. Los labios me temblaban ligeramente, como dos tontos.

—Puede —contestó, mirando a la señora Silsburn y no a mí—. La madre de Muriel lo contó hace unas dos horas, mientras Muriel se deshacía en lágrimas —me miró—. ¿Le satisface la respuesta? —De pronto pasó el ramo de gardenias de la mano derecha a la izquierda. Era la cosa más parecida a un gesto nervioso corriente que yo le hubiese visto hacer—. Para que lo sepa, dicho sea de paso —dijo, mirándome—, ¿sabe quién creo que es usted? Creo que usted es el hermano de ese Seymour. —Esperó un breve instante, y como yo no dije nada continuó—: Se *parece* a él, a ese disparatado retrato de él, y he sabido que vendría a la boda. Su hermana o alguien se lo dijo a Muriel. —Tenía la mirada inmutable, fija en mi cara—. ¿Es así? —preguntó brutalmente.

Mi voz debe de haber sonado una pizca quebrada cuando contesté:

—Sí. —Me ardía la cara. Pero en cierto modo tenía una sensación menos incómoda al autoidentificarme que cuando me apeé del tren al comienzo de la tarde.

—Yo lo sabía —dijo la Madrina de Honor—. No soy una *estúpida*. Sabía quién era usted desde el instante en que se metió en este coche —se volvió hacia su marido—. ¿No dije que era el hermano en el minuto mismo en que subió al coche? ¿No lo dije?

El teniente se movió en su asiento.

—Bueno, dijiste que probablemente... sí, lo dijiste. Lo has dicho. Sí.

No hacía falta mirar a la señora Silsburn para darse cuenta de la atención con que había seguido este último incidente. Deslicé la mirada por ella y eché un vistazo furtivo al quinto pasajero —el minúsculo viejecito— para ver si su insularidad seguía intacta. Así era. Nunca me ha sido de tanto consuelo la indiferencia de alguien.

La Madrina de Honor se volvió a mí.

---Para que lo sepa, también sé que su hermano no es pedicuro. De modo que no se haga el gracioso. Resulta que estoy enterada de que era Billy Black en *Los niños sabios*, durante cincuenta *años*, o algo por el estilo.

De pronto, la señora Silsburn participó en forma más activa en la conversación.

—¿El programa de radio? —preguntó, y sentí que me miraba con un interés nuevo, más intenso.

La Madrina de Honor no le contestó.

—¿Cuál era *usted!* —me preguntó—. ¿*Georgie* Black? —La mezcla de rudeza y curiosidad en su voz era interesante, aunque no lograba desarmar del todo.

—*Georgie* Black era mi hermano Walt —dije, respondiendo sólo a la segunda pregunta.

Se volvió hacia la señora Silsburn.

—Se supone que es un *secreto* o algo por el estilo, pero este hombre y su hermano

Seymour aparecían en ese programa de radio con nombres falsos o algo así. Los chicos *Black*.

—Calma, corazón, calma —sugirió el teniente, más bien nervioso.

Su mujer se volvió hacia él.

—Nada de calma —dijo, y de nuevo, contrariando mi inclinación consciente, sentí una pizca de algo próximo a la admiración por su temple, fuese o no de sólido bronce—. Se supone que su hermano es tan *inteligente*, por el amor de Dios —dijo—. En la Universidad a los catorce años o qué sé yo y todo así. ¡Si lo que hizo hoy a esa criatura es inteligente, yo soy Mahatma Gandhi! ¡No me importa! ¡Me da náuseas!

En ese mismo momento sentí una pequeña incomodidad más. Alguien estaba muy cerca examinando el lado izquierdo, o el más débil, de mi cara. Era la señora Silsburn. Se sobresaltó un poco cuando me volví bruscamente hacia ella.

—¿Puedo preguntarle si usted era Buddy Black? —dijo, y cierta nota de deferencia en su voz me hizo pensar, por una fracción de minuto, que estaba a punto de presentarme una estilográfica y un pequeño álbum de autógrafos encuadernado en cuero. La idea fugaz me hizo experimentar una clara incomodidad, considerando, si no por otra cosa, que estábamos en 1942 y a nueve o diez años de mi florecimiento comercial—. Se lo pregunto —dijo— porque mi marido solía escuchar ese programa sin perderse ni uno...

—Si le interesa —la interrumpió la Madrina de Honor, mirándome—, es el único programa radial que siempre detesté. Detesto a los niños precoces. Si alguna vez tengo un hijo que...

El final de la frase se perdió para nosotros. Fue interrumpida, de pronto de modo inequívoco, por el estallido más agudo, más ensordecedor, en el más impuro mi bemol que jamás haya oído. Todos en el coche, estoy seguro, saltamos, literalmente. En ese momento pasó una compañía de trompetas y tambores, compuesta de más de cien boy-scouts de la marina desafinados. Los muchachos, con un casi criminal abandono, estaban maltratando a voz en cuello el himno nacional. La señora Silsburn, muy sensible, se oprimió las orejas con las manos.

Durante una eternidad de segundos, el estruendo fue poco menos que increíble. Sólo la voz de la Madrina de Honor podía haberse elevado por encima del ruido y, a decir verdad, lo intentó. Se hubiera dicho que se dirigía a nosotros, evidentemente con el máximo de su voz, desde una gran distancia, desde algún lugar, quizá vecino a las gradas del Estadio Yanqui.

—¡No puedo aguantar! —dijo—. ¡Salgamos de aquí y busquemos algún lugar desde donde *telefonear*! ¡Estará enloquecida!

Con el advenimiento del Armagedón local, la señora Silsburn y yo nos habíamos vuelto para presenciarlo. Ahora giramos de nuevo en nuestros estrapontines para enfrentar a la Dirigente. Y libertadora posible.

—¡Hay un bar Schrafft en la calle Setenta y Nueve! —le vociferó a la señora Silsburn—. ¡Vayamos a tomarnos una *gaseosa* y yo podré *telefonear* desde allí! ¡Por lo menos habrá aire acondicionado!

La señora Silsburn asintió con entusiasmo y ejecutó la pantomima de un «¡Sí!» con la boca.

—¡Venga usted también! —me gritó la Madrina de Honor.

Con una espontaneidad muy peculiar, recuerdo, le respondí gritando la extravagante palabra.

—¡Macanudo! —(No es fácil, hasta el día de hoy, explicar por qué la Madrina de Honor me incluyó en su invitación a abandonar el barco. Quizá la inspirara un sentido del

orden natural en una dirigente nata. Quizá haya tenido una especie de impulso remoto, pero compulsivo de hacer que el grupo de desembarco fuera completo... Mi aceptación singular e inmediata del convite me parece mucho más fácil de explicar. Prefiero pensar que fue un impulso en esencia religioso. En ciertos monasterios Zen existe la norma fundamental, si no la única disciplina sería vigente, de que cuando un monje llama a otro con un «¡Eh!», éste debe responderle con un «¡Eh!», sin pensar.)

La Madrina de Honor se volvió después y por primera vez se dirigió directamente al minúsculo viejecito que estaba a su lado. Para mi inmortal gratitud, el viejo seguía mirando derecho hacia adelante, como si su propio escenario privado no hubiese cambiado una jota. Seguía sujetando el habano auténtico entre dos dedos. Tanto por su aparente desatención al terrible estruendo que hacía el cuerpo de trompetas y tambores como, quizá, por un firme principio de que todos los viejos de más de ochenta años deben ser sordos como tapias o muy duros de oído, la Madrina de Honor acercó sus labios hasta cuatro o cinco centímetros del oído izquierdo del viejo.

—¡Vamos a bajarnos del coche! —le gritó al oído, casi dentro del oído—. ¡Vamos a buscar un lugar desde donde telefonar y tal vez tomar alguna bebida! ¿Quiere venir con nosotros?

La reacción inmediata del viejo fue ni más ni menos que gloriosa. Miró primero a la Madrina de Honor, después a los demás y luego sonrió. Fue una sonrisa que no por carecer de sentido resultó menos resplandeciente. Ni porque sus dientes fueran evidente, hermosa, trascendentalmente postizos. Miró inquisitivo a la Madrina de Honor justo un instante, con su maravillosa sonrisa intacta. O más bien, la miró como si creyera que la Madrina de Honor, o uno de nosotros, tuviese la deliciosa intención de pasarle una cesta de picnic.

—¡Me parece que no te oye, corazón! —gritó el teniente.

La Madrina de Honor asintió y una vez más acercó el megáfono de su boca a la oreja del viejo. Con un volumen digno de verdadera alabanza, repitió su invitación de que dejara el coche y viniera con nosotros. De nuevo, a juzgar por su aspecto, el viejo dio la impresión de estar más que dispuesto a aceptar cualquier sugerencia que se le hiciera en el mundo salvo posiblemente la de salir al trote y pegarse una zambullida en el East River. Pero de nuevo, también, uno tenía la incómoda convicción de que no había oído una palabra de lo que se le había dicho. En forma brusca demostró que así era. Con una enorme sonrisa dirigida a todos nosotros en conjunto, alzó la mano del cigarro y con un dedo se golpeó primero, significativamente, la boca y luego la oreja. El gesto que hizo parecía responder a una broma de primera que él quería compartir por entero con todos nosotros.

En ese momento la señora Silsburn, a mi lado, dio una pequeña señal visible —casi un salto— de comprensión. Tocó la manga de satén rosa de la Madrina de Honor y gritó:

—¡Ya sé quién es! ¡Es sordo y mudo... es un sordomudo! ¡ Es el tío del padre de Muriel!

Los labios de la Madrina de Honor formaron la palabra:

—¡Oh! —Giró en su asiento hacia su marido—, ¿Tienes papel y lápiz? —bramó.

Le toqué el brazo y le grité que yo sí. De prisa, casi como si por alguna razón el tiempo de todos nosotros estuviera por agotarse, saqué del bolsillo interior de mi chaqueta una libretita y un cabo de lápiz que al salir había tomado del cajón de un escritorio de la sala de ordenanzas, en Fort Benning.

De un modo demasiado legible, escribí en una hoja de papel: «Estamos indefinidamente detenidos por el desfile. Vamos a buscar un lugar donde telefonar y tomar alguna bebida fresca. ¿Quiere venir con nosotros?» Doblé el papel una vez y se lo tendí a la Madrina de Honor que lo abrió, lo leyó y luego se lo pasó al viejecito minúsculo. El viejo lo

leyó sonriendo, y después me miró y sacudió la cabeza varias veces de arriba abajo con vehemencia. Pensé por un instante que éste era el alcance pleno y elocuente de su respuesta, pero de pronto me hizo un gesto con la mano y deduje que quería que yo le pasara la libreta y el lápiz. Así lo hice, sin mirar a la Madrina de Honor, que irradiaba grandes olas de impaciencia. El viejo acomodó la libreta y el lápiz sobre su regazo con el mayor cuidado, después se quedó un momento con el lápiz en el aire, en evidente concentración, mientras su sonrisa disminuía apenas una pizca. Entonces el lápiz empezó a moverse, muy inseguro. Una «t» quedó cruzada por la tilde. Y luego tanto la libreta como el lápiz me fueron devueltos, con un meneo más maravilloso y cordial de la cabeza. Había escrito, con letras que todavía no estaban del todo formadas, una sola palabra: «Encantado.» La Madrina de Honor, que leía por encima de mi hombro, produjo un murmullo similar apenas a un bufido, pero en seguida miré al gran escritor y traté de mostrar con mi expresión que todos los que estábamos en el coche distinguíamos un poema cuando lo veíamos, y lo agradecíamos.

Uno por uno, por ambas puertas salimos, pues, del coche —barco abandonado en medio de Madison Avenue, en un mar de asfalto caliente, pegajoso—. El teniente se quedó atrás un momento para informar al conductor sobre nuestro motín. Según recuerdo muy bien, el cuerpo de trompetas y tambores seguía pasando, interminable, y el estrépito no había disminuido en un ápice.

La Madrina de Honor y la señora Silsburn abrieron la marcha hacia el bar Schrafft. Caminaban acompasadamente, casi como una vanguardia de scouts, hacia el sur por la acera este de Madison Avenue. Después de informar brevemente al conductor, el teniente las alcanzó. O casi. Se quedó un poco más atrás, para sacar en privado su billetera y ver cuánto dinero llevaba. El tío del padre de la novia y yo formábamos la retaguardia. Fuera por que hubiese intuido que yo era su amigo o sólo porque poseía una libreta y un lápiz, se había precipitado a una posición de marcha junto a mí. La copa de su hermoso sombrero no me llegaba siquiera al hombro. Establecí un paso comparativamente lento, en consideración al largo de sus piernas. Al cabo de una manzana más o menos, estábamos a buena distancia de los otros. No creo que esto nos perturbara a ninguno de los dos. Recuerdo que de vez en cuando, mientras caminábamos, mi amigo y yo mirábamos hacia arriba y hacia abajo, respectivamente, y cambiábamos expresiones idiotas de placer por compartir cada uno la compañía del otro.

Cuando mi compañero y yo hubimos llegado a la puerta giratoria del Schrafft de la calle Setenta y Nueve, hacía varios minutos que aguardaban de pie la Madrina de Honor, su marido y la señora Silsburn. Esperaban, pensé, como un amenazador trío compacto. Habían estado hablando, pero se detuvieron cuando se acercó nuestra disparatada pareja. En el coche, un par de minutos antes, mientras pasaba atronando el cuerpo de trompetas y tambores, una incomodidad común, casi una angustia común, había conducido a nuestro pequeño grupo a una especie de alianza, de esas que puede provocar por un momento en un grupo de turistas el desencadenamiento de una lluvia violenta en Pompeya. Ahora que el minúsculo viejo y yo llegábamos a la puerta giratoria del Schrafft, era evidente que la tormenta había terminado. La Madrina de Honor y yo cambiamos expresiones de reconocimiento, no de saludo.

—Está cerrado por reparaciones —dijo fríamente, mirándome. De un modo extraoficial, pero inequívoco, me declaraba de nuevo paria, y en ese momento, por razones indignas de ser explicadas, tuve una impresión de aislamiento y soledad más abrumadora que la que había sentido todo el día. Casi en forma simultánea, vale la pena señalarlo, se me reactivó la tos. Saqué el pañuelo del bolsillo del pantalón. La Madrina de Honor se volvió hacia su marido y hacia la señora Silsburn—. Hay un Longchamps por aquí cerca —dijo—,

pero no sé dónde.

—Yo tampoco —dijo la señora Silsburn. Parecía a punto de llorar. La transpiración le rezumaba tanto en la frente como en el labio superior, atravesando incluso la pesada capa de maquillaje. Llevaba debajo del brazo izquierdo un bolso negro de cuero auténtico. Lo sostenía como si fuese una muñeca favorita, y ella misma una niña pintarrajeada y empolvada con torpeza, muy infeliz, que se hubiese escapado de su casa.

—No conseguiremos un taxi ni por dinero ni por amor —dijo el teniente con pesimismo. Parecía deslucido también. Su gorra de «as de los pilotos» parecía casi cruelmente incompatible con su cara pálida, chorreante, desprovista por entero de intrepidez, y recuerdo que tuve el impulso de bajarle la gorra de la cabeza, o por lo menos enderezársela un poco, de acomodársela en una posición menos requintada, el mismo impulso, en cuanto al motivo general, que se puede sentir en una fiesta infantil, donde siempre hay un niño pequeño, muy feo, con un sombrero de papel que le pliega una oreja o las dos.

—¡Dios mío, qué día! —dijo por todos nosotros la Madrina de Honor. La guirnalda de flores artificiales se le había ladeado un poco y estaba por completo empapada, pero pensé que la única cosa de verdad destructible en ella era su apéndice más remoto, por así decirlo, su ramo de gardenias. Aún lo llevaba, aunque distraída, en la mano. Era visible que el ramo no había salido indemne—. ¿Qué vamos a *hacer*? —se preguntó bastante frenética—No podemos ir *caminando*. Viven casi en Riverdale. ¿Alguien tiene una idea brillante? —Miró primero a la señora Silsburn, luego a su marido y después, tal vez ya desesperada, a mí.

—Tengo un apartamento aquí cerca —dije de pronto, nervioso—. Está aquí mismo, a la vuelta. Tuve la impresión de que daba este dato con voz demasiado fuerte. Quizá hasta grité, por lo que recuerdo—. Es de mi hermano y mío. Mi hermana lo usa mientras estamos en el ejército, pero ahora ella no está aquí. Es de la Reserva Naval Femenina y ahora está de viaje —miré a la Madrina de Honor o algún punto justo encima de su cabeza—. Por lo menos puede telefonar desde allí, si quiere —dije—. Y el apartamento tiene aire acondicionado. Podríamos refrescarnos un minuto y recobrar el aliento.

Una vez pasado el primer choque de la invitación, la Madrina de Honor, la señora Silsburn y el teniente celebraron una especie de consulta, sólo con los ojos, pero no hubo señal visible de que estuvieran por pronunciar algún veredicto. La Madrina de Honor fue la primera en hacer algo. Había estado mirando en vano a los otros dos para que opinaran sobre el tema. Se volvió hacia mí y preguntó:

—¿Dijo que tenía teléfono?

—Sí. A menos que mi hermana lo haya hecho desconectar por algún motivo, y no veo cuál.

—¿Cómo sabe que su *hermano* no estará allá? —dijo la Madrina de Honor.

Era una pequeña consideración que no había pasado por mi recalentada cabeza.

—No creo que esté. Puede ser, es su apartamento también, pero no creo. De veras, no.

Para variar, la Madrina de Honor me miró por un momento con franqueza y sin verdadera grosería, a menos que la mirada de un niño sea grosera. Después se volvió a su marido y hacia la señora Silsburn y dijo:

—Podríamos ir. Por lo menos podemos telefonar. —Los otros asintieron con un gesto. La señora Silsburn llegó incluso a recordar la parte de su código de cortesía referente a invitaciones formuladas frente a un bar Schrafft. A través de su maquillaje tostado de sal, algo parecido a una sonrisa de manual de urbanidad asomó en mi dirección. Recuerdo que fue muy bien recibida—. Vamos, salgamos de este *sol* —dijo nuestra dirigente—. ¿Qué haré

con *esto*? —No esperó una respuesta. Avanzó hacia el bordillo y sin sentimentalismo se deshizo del ramo de gardenias marchitas—. Macanudo, guíenos, Macduff —me dijo—. Lo seguimos. Y lo único que digo es que es mejor que *no* esté allí cuando lleguemos, porque a ese hijo de puta lo mato —miró a la señora Silsburn—. Disculpe la palabra, pero es lo que pienso.

Tal como me habían dicho, encabecé el grupo casi con felicidad. Un instante después, un sombrero de copa se había materializado en el aire junto a mí, muy abajo y a la izquierda, y mi compañero especial, aunque no me hubiese sido técnicamente asignado, me sonrió un momento, y pensé que estaba por deslizar su mano en la mía.

Mis tres huéspedes y mi único amigo se quedaron afuera en el vestíbulo mientras yo inspeccionaba brevemente el apartamento.

Las ventanas estaban todas cerradas, los dos acondicionadores de aire cerrados, y respirar allí por primera vez era como inhalar hondo en el bolsillo de un viejo abrigo de rata de América. El único sonido en todo el apartamento era el ronroneo algo tembloroso del viejo refrigerador que Seymour y yo habíamos comprado de segunda mano. Mi hermana Boo Boo, con su estilo marinero, de chiquilina, lo había dejado funcionando. En realidad había en todo el apartamento variadas muestras de desaliño indicadoras de que una dama navegante había tomado posesión del lugar. En el diván colgaba una chaqueta azul marino de alférez, elegante, de pequeño tamaño, vuelta del revés. En la mesa ratona, frente al diván, había una caja medio vacía de bombones, y los que quedaban habían sido mordisqueados para probarlos. Sobre el escritorio, enmarcada, la foto de un joven de aire muy resuelto a quien yo no conocía. Y todos los ceniceros a la vista florecían de pañuelos de papel arrugados y colillas manchadas de lápiz labial. Apenas me asomé a la cocina, el dormitorio o el cuarto de baño para abrir las puertas y echar un rápido vistazo por ver si Seymour estaba plantado en alguna parte. Por un lado me sentía flojo y perezoso. Por otro, seguía muy activo levantando celosías, haciendo funcionar acondicionadores de aire, vaciando ceniceros llenos. Además los otros miembros del grupo se precipitaron sobre mí casi en seguida.

—Hace más calor aquí que en la calle —dijo la Madrina de Honor, a manera de saludo, mientras entraba.

—Estaré con ustedes en cinco minutos —dije—. Voy a ver si hago funcionar este acondicionador de aire. —El botón de arranque parecía trabado y yo trataba de arreglarlo.

Mientras me ocupaba del botón del acondicionador —con la gorra todavía puesta, recuerdo—, los otros circulaban casi con suspicacia por la habitación. Yo los miraba con el rabillo del ojo. El teniente se acercó al escritorio y estuvo mirando los dos o tres metros cuadrados de pared que había justo encima, donde mi hermano y yo, por insolentes razones sentimentales, habíamos clavado muchas lustrosas fotos de tamaño postal. La señora Silsburn se sentó —era fatal, pensé— en la única silla de la habitación que mi finado bullterrier solía aprovechar para dormir; los brazos, tapizados de terciopelo sucio, habían sido baboseados y masticados en el curso de más de una pesadilla. El tío del padre de la novia —mi gran amigo— había desaparecido del todo. La Madrina de Honor también parecía de pronto estar en otra parte.

—Les conseguiré algo de beber en cinco minutos —dije incómodo, siempre tratando de forzar el botón del acondicionador.

—Me gustaría algo fresco para beber —dijo una voz muy familiar. Me volví del todo y vi que se había tendido en el diván, lo cual explicaba su notable desaparición de la

vertical—. Usaré su teléfono dentro de un instante —me advirtió—. No puedo abrir la boca para telefonar en este estado, estoy realmente asada. Tengo la boca tan seca.

El acondicionador empezó bruscamente a funcionar con un zumbido y fui hasta el centro de la habitación, hasta el espacio que había entre el diván y la silla donde estaba sentada la señora Silsburn.

—No sé qué habrá para beber —dije—. No he mirado en el refrigerador, pero me imagino...

—Traiga *cualquier* cosa —interrumpió desde el diván la eterna portavoz—. Con tal de que sea líquido. Y frío. —Los tacones de sus zapatos descansaban en la manga de la chaqueta de mi hermana. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho. Había hecho un bollo con la almohada debajo de su cabeza—. Póngale hielo, si tiene —dijo, y cerró los ojos.

La miré, durante un breve, pero asesino instante, después me incliné y con el mayor tacto posible retiré la chaqueta de Boo Boo de debajo de sus pies. Estaba por salir del cuarto y dedicarme a mis actividades de anfitrión, cuando justo al dar un paso el teniente habló desde el escritorio.

—¿De dónde sacó todas estas fotos? —preguntó.

Me le acerqué directamente. Todavía tenía puesta mi gorra de visera demasiado grande. No se me había ocurrido quitármela. Me quedé a su lado junto al escritorio, una pizca más atrás, y miré las fotos de la pared. Dije que eran casi todos viejos retratos de los niños que habían participado en *Los niños sabios* en los tiempos en que Seymour y yo estábamos en el programa.

El teniente se volvió hacia mí.

—¿Qué era? —preguntó—. Nunca la escuché. ¿Una de esas audiciones de chicos? ¿De preguntas y respuestas y esas cosas?

Sin ruido, pero con insidia, leve e inequívoco, se había deslizado un tono de jerarquía militar en su voz. Además me miraba la gorra.

Me la quité y contesté:

—No, no era eso precisamente —de pronto resurgió en cierta medida un bajo orgullo familiar—. Lo era antes de que interviniera mi hermano Seymour. Y siguió más o menos así después que él salió del programa. Pero Seymour cambió todo el estilo. Convirtió el programa en una especie de debate infantil de mesa redonda.

El teniente me miró con un interés que me pareció excesivo.

—¿Usted estuvo también?

—Sí.

La Madrina de Honor habló desde el otro lado de la habitación, desde el fondo invisible, polvoriento, del diván.

—Me gustaría ver a un chico *mío* mirando uno de esos inverosímiles programas —dijo—. O *actuando*. Cualquiera de esas cosas. Preferiría morirme antes de dejar que un chico mío se convirtiera en un pequeño exhibicionista con público. Les arruina toda la vida. La *publicidad* y todo eso, aunque más no sea... Pregúntenle a cualquier psiquiatra. Me pregunto cómo se puede tener una infancia *normal* o lo que sea. —Su cabeza, coronada por la guirnalda de flores ahora muy ladeada, se asomó de pronto. Parecía como sin cuerpo, encaramada en la repisa que había en el respaldo del diván, enfrentándonos al teniente y a mí—. Probablemente es lo que ocurre con ese hermano suyo —dijo la Cabeza—. Uno lleva una vida absolutamente extravagante cuando es chico y después, como es natural, nunca aprende a crecer. Nunca aprende a tener relaciones con gente normal ni nada por el estilo. Es exactamente lo que dijo la señora Fedder en aquel dormitorio disparatado hace un par de horas. Exactamente eso. Su hermano nunca ha aprendido a tener relaciones con nadie.

Parece que sólo es capaz de repartir tajos de varias puntadas en las caras de las gentes. Es lo que se dice incapaz de casarse o de *nada* medianamente normal, por el amor de Dios. Es lo que dijo la señora Fedder, tal cual. —La Cabeza se volvió entonces lo suficiente como para mirar fijo al teniente—. ¿Tengo razón, Bob? ¿Lo dijo o no lo dijo? Di la verdad.

La siguiente voz que habló no fue la del teniente sino la mía. Yo tenía la boca seca y la ingle húmeda. Dije que no me importaba un bledo lo que dijera la señora Fedder sobre Seymour. O en todo caso, lo que tuviera que decir cualquier *diletante* profesional o aficionado de mierda. Dije que desde la época en que Seymour tenía diez años todo pensador *summa cum laude*, todo intelectual cuidador de mingitorios del país habían tenido que ver con él. Dije que quizá hubiese sido distinto si Seymour hubiera sido simplemente un pequeño charlatán asqueroso con un alto coeficiente intelectual. Dije que nunca había sido un exhibicionista. Iba a la radio todos los miércoles por la noche como si fuera a su propio entierro. Ni siquiera hablaba con uno, por el amor de Dios, durante todo el viaje en autobús o en metro. Dije que ni un maldito tipo, ni uno solo entre todos los patrocinadores, críticos de cuarta categoría y autores de columnas periodísticas habían visto en él lo que realmente era. Un poeta, por el amor de Dios. Lo que se dice un *poeta*. Aunque nunca hubiera escrito un verso, lo que Seymour podía sacar por debajo de la pata, sí quería, era luz para todos.

Allí me detuve, gracias a Dios. El bombeo de mi corazón era terrible y, como casi todos los hipocondríacos, tuve la fugaz, intimidante impresión de que esos discursos eran la materia con que se hacen los ataques cardíacos. Hasta el día de hoy no tengo idea de cómo reaccionaron mis huéspedes ante mi explosión, ante la pequeña y corrupta andanada de invectivas que les solté. El primer detalle exterior que noté fue el sonido universalmente familiar de las cañerías. Llegaba de otra parte del departamento. Eché un brusco vistazo a la habitación, a las caras cercanas de mis huéspedes y más allá de ellas.

—¿Dónde está el viejo? —pregunté—. ¿Dónde está el viejito? —Puse cara de mosca muerta.

Lo raro es que la respuesta estuvo a cargo del teniente, no de la Madrina de Honor.

—Creo que está en el baño —dijo. La declaración fue pronunciada con una especie de franqueza especial proclamando que quien hablaba era uno de esos que no tienen pelos en la lengua cuando se trata de cuestiones cotidianas de higiene.

—Ah —dije. Miré de nuevo con aire más bien ausente la habitación. Si deliberadamente o no evité la terrible mirada de la Madrina de Honor, no lo recuerdo o no me interesa recordarlo. Descubrí el sombrero de copa del tío del padre de la novia en el asiento de una silla, en medio de la habitación. Tuve el impulso de decirle hola, en voz alta— Voy a buscar algunas bebidas frescas —dije—. Será cosa de un minuto.

—¿ Puedo hablar por teléfono? —me preguntó de pronto la Madrina de Honor al pasar yo junto al diván. Dejó caer los pies al suelo.

—Sí, sí, claro —respondí. Miré a la señora Silsburn y al teniente—. Creo que voy a hacer algunos Tom Collins, si hay limones o limas. ¿Está bien?

La respuesta del teniente me sobresaltó por su súbita jovialidad.

—Tráígalos —dijo, y se frotó las manos como un bebedor consuetudinario.

La señora Silsburn abandonó el estudio de la_¿ fotografías que había sobre el escritorio para decirme:

—Si va a preparar Tom Collins, hágame el favor, apenas una pizca, una pizquita de ginebra en el mío. Casi nada, si no es mucha molestia. —Parecía que empezaba a recobrar un poco, aun en el breve tiempo transcurrido desde que habíamos abandonado la calle. Quizá, entre otras cosas, porque estaba a pocos centímetros del acondicionador que yo

había hecho funcionar y el aire iba en su dirección. Le dije que iba a buscar las bebidas y luego la dejé entre las «celebridades» menores de la radio de comienzos del treinta y fines del veinte, las numerosas caritas pasadas de moda de Seymour y mi infancia. También el teniente parecía muy capaz de arreglárselas solo en mi ausencia; se iba acercando, las manos juntas a la espalda, como un solitario entendido, hacia los anaqueles de libros. La Madrina de Honor me siguió, soltando al salir de la habitación un bostezo cavernoso, audible, que no trató de contener ni de ocultar a la vista.

Mientras la Madrina de Honor me seguía hacia el dormitorio, donde estaba el teléfono, el tío del padre de la novia se acercaba a nosotros desde el otro extremo del vestíbulo. Tenía en la cara el feroz reposo que me había hecho caer en el lazo durante casi todo el recorrido en coche, pero cuando se nos acercó, la máscara se modificó; mimó para los dos nuevos distinguidos saludos y congratulaciones y me descubrí sonriendo y asintiendo exageradamente para responderle. Su pelo ralo y blanco parecía recién peinado, casi recién lavado, como si hubiera descubierto una pequeña peluquería oculta en el otro extremo del apartamento. Cuando pasó por nuestro lado, me sentí impulsado a mirar por encima del hombre y vi que me hacía un gesto de despedida con la mano, vigoroso, un gran gesto de *bon voyage*, de vuelve pronto. Me confortó infinitamente.

—¿Qué es? ¿Un loco? —preguntó la Madrina de Honor. Dije que así lo esperaba y abrí la puerta del dormitorio.

Ella se sentó pesadamente en una de las camas gemelas, la de Seymour, a decir verdad. El teléfono estaba en la mesa de noche, al alcance de la mano. Le dije que le llevaría allí un trago.

—No se moleste... termino en seguida —respondió—. Pero cierre la puerta, si no tiene inconveniente... No es que me importe, pero no puedo hablar por teléfono si la puerta no está cerrada. —Le dije que a mí me pasaba exactamente lo mismo y me dispuse a salir. Pero justo al volverme para salir del espacio entre las dos camas, advertí una pequeña maleta plegable de tela debajo del asiento de la ventana. A primera vista pensé que era la mía, milagrosamente llegada al departamento desde Penn Station, por sus propios medios. Mi segunda idea fue que sería de Boo Boo. Tenía el cierre de cremallera abierto y una sola mirada a la capa superior de su contenido me indicó quién era el verdadero dueño. Con otra mirada más completa, descubrí algo en lo alto de dos camisas militares color marrón y pensé que no debía quedar a solas en la habitación con la Madrina de Honor. Lo tomé de la maleta, me lo deslicé debajo de un brazo, hice un gesto fraternal a la Madrina de Honor que, habiendo metido un dedo en el primer agujero del número que pensaba marcar, esperaba que yo me fuese, y cerré la puerta al salir.

Me quedé un instante fuera del dormitorio, en la piadosa soledad del vestíbulo, pensando qué hacer con el diario de Seymour que, me apresuro a decir, era el objeto que estaba en lo alto de la maleta de tela y que yo había recogido. Mi primer pensamiento constructivo fue esconderlo hasta que mis huéspedes se hubiesen marchado. Me pareció una buena idea llevarlo al cuarto de baño y dejarlo caer en el cesto de la ropa sucia. Pero en la segunda y mucho más compleja serie de ideas, decidí llevarlo al cuarto de baño, leer algunas partes y sólo entonces dejarlo en el cesto de la ropa sucia.

Era un día, Dios lo sabe, de señales y signos desencadenados, además de amplia comunicación desenfadada por vía de la palabra escrita. Si uno se metía en un coche atestado, el Destino tomaba caminos indirectos, antes de que uno se metiera, para que tuviese una libreta y un lápiz encima, por si uno de los pasajeros era sordomudo. Si uno se deslizaba en un cuarto de baño, hacía bien en fijarse si no había algún pequeño mensaje, ligeramente apocalíptico o por el estilo, pegado encima del lavabo.

Durante años entre los siete hijos de nuestra familia con un solo cuarto de baño, tuvimos la quizá hartante, pero útil costumbre de dejarnos mensajes en el espejo del botiquín, usando para escribir un pedazo de jabón húmedo. En general nuestros mensajes solían consistir en amonestaciones sumamente enérgicas y, no pocas veces, en amenazas no disimuladas. «Boo Boo, recoge la esponja después de usarla. No la dejes tirada. Cariños, Seymour.» «Walt, te toca a ti llevar a Z. y a F. al parque. Yo lo hice ayer. Adivina quién.» «El martes es el aniversario. No vayas al cine ni te quedes vagabundeando por el estudio después de la emisión o pagas prenda. Esto también va para ti, Buddy.» «Mamá dijo que Zoey casi se come el Feenolax. No dejar en el lavabo ningún objeto algo venenoso que pueda alcanzar y comerse.» Desde luego, éstos son ejemplos tomados de nuestra infancia, pero años después, cuando en nombre de la independencia o de lo que sea, Seymour y yo hicimos rancho aparte y tomamos un departamento para nosotros, él y yo sólo nominalmente nos habíamos apartado de la vieja costumbre familiar. Es decir, que no tirábamos los restos de jabón.

Cuando hube registrado el cuarto de baño con el diario de Seymour debajo del brazo y cerrado cuidadosamente la puerta detrás de mí, descubrí casi de inmediato un mensaje. Pero no era la letra de Seymour sino, sin lugar a dudas, la de mi hermana Boo Boo. Con o sin jabón, su letra era siempre casi indescifrable por lo minúscula, y se las había arreglado para plantar en el espejo el siguiente mensaje: «Levantad, carpinteros, la viga maestra. Como Ares llega el novio, mucho más alto que un hombre alto. Amor, Irving Sappho, contratado el otro tiempo por Elysium Studios Ltd. Que seas muy, muy muy feliz con tu preciosa Muriel. Es una orden. Mi rango es superior al de todos los habitantes de esta manzana.» El escritor contratado que se mencionaba en el texto, debo decirlo, siempre había sido un gran favorito —con los lógicos intervalos de tiempo— entre todos los niños de nuestra familia, debido en general a la inconmensurable influencia sobre todos nosotros del gusto de Seymour en poesía. Leí y releí la cita, y después me senté en el borde de la bañera y abrí el diario de Seymour.

Lo que sigue es una reproducción exacta de las páginas del diario de Seymour que leí mientras estaba sentado en el borde de la bañera. Me parece absolutamente correcto suprimir todas las fechas. Baste decir, pienso, que las notas fueron escritas mientras estaba apostado en Forth Monmouth, a fines de 1941 y comienzos de 1942, unos meses antes de que se fijara la fecha de la boda.

«Hacía un frío de helarse esta tarde en la retreta, y unos seis hombres de nuestro pelotón se desmayaron durante la interminable ejecución del himno nacional. Supongo que si uno tiene circulación normal, no puede adoptar la posición antinatural de firmes. Sobre todo si presenta armas con un rifle cargado. Yo no tengo circulación, ni pulso. La inmovilidad es mi morada. El tiempo del himno nacional y el mío se armonizan perfectamente. Para mí, su ritmo es el de un vals romántico.

«Conseguimos permiso hasta medianoche, después del desfile. Me encontré con Muriel en el Biltmore a las siete. Dos tragos, dos sándwiches de atún, después una película que ella quería ver, algo con Greer Garson. La miré varias veces en la oscuridad cuando el avión del hijo de Greer Garson cae en el combate. Tenía la

boca abierta. Absorta, preocupada. Identificación completa con la tragedia Metro-Goldwyn-Mayer. Sentí reverencia y felicidad. Cómo amo y necesito su corazón que no discrimina. Cuando los niños en la película llevan al gatito para mostrarlo a la madre, me miró. M. ama los gatitos y quiere que yo los ame. Aun en la oscuridad, percibí que ella se sentía extraña a mí, como le ocurre cuando yo no amo automáticamente lo que ella ama. Después, mientras tomábamos un trago en la estación, me preguntó si no creía que aquel gatito era "bastante hermoso". No usa más la palabra "amoroso". ¿Cuándo la hice apartarse aterrada de su vocabulario normal? Como soy un pesado, le mencioné la definición que da R. H. Blyth del sentimentalismo: somos sentimentales cuando concedemos a una cosa más ternura de la que Dios le otorga. Dije (¿sentenciosamente?) que sin duda Dios ama a los gatitos, pero sin duda no calzados con botitas en tecnicolor. Les deja ese toque creador a los autores de guiones cinematográficos. M. lo pensó, pareció estar de acuerdo conmigo, pero el "conocimiento" no fue muy bien recibido. Estuvo agitando la bebida y sintiéndose lejos de mí. Le preocupa la manera en que su amor por mí viene y se va, aparece y desaparece. Duda de su realidad sólo porque no es siempre agradable como un gatito. Dios sabe que es triste. La voz humana hace lo que puede por profanarlo todo en la tierra.

«Esta noche cena en casa de los Fedder. Muy bien. Ternera, puré de patatas, judías, una hermosa ensalada con aceite y vinagre. De postre había algo hecho por Muriel misma: una cosa con queso cremoso helado y fresas dentro. Me hizo asomar lágrimas a los ojos. (Saigyo dice; "Qué es no lo sé / pero de gratitud / se me caen las lágrimas.") Había una botella de Ketchup en una mesa cerca de mí. Al parecer, Muriel dijo a la señora Fedder que yo le ponía Ketchup a todo. Daría cualquier cosa por haber visto a M. diciéndole precavidamente a su madre que yo le ponía Ketchup incluso a las judías. Mi preciosa.

«Después de comer la señora Fedder sugirió que escucháramos el programa. Su entusiasmo, su nostalgia por el programa, en especial por los viejos tiempos en que aparecíamos Buddy y yo, me pone incómodo. Esta noche se transmitía desde una base aérea, nada menos, cerca de San Diego. Demasiadas preguntas y respuestas pedantes. Franny sonaba como si tuviera catarro. Zooey estaba en gran forma, soñador. El anunciador les sacó el tema de los planes de viviendas, y la nenita Burke dijo que detestaba las casas que parecen todas iguales, refiriéndose a la larga serie de construcciones idénticas de las "viviendas de planes". Zooey dijo que eran "simpáticas". Dijo que sería encantador ir a casa y equivocarse. Comer con gente equivocada, dormir en cama equivocada y despedirse de todo el mundo por la mañana con un beso pensando que es la familia de uno. Dijo que le gustaría incluso que todo el mundo fuera idéntico. Dijo que así uno pensaría que todas las personas con que uno se encuentra son la mujer, el padre o la madre de uno, y la gente se pasaría el tiempo arrojándose los unos en brazos de los otros dondequiera que fuesen y que sería "muy hermoso".

»Me sentí intolerablemente feliz durante toda la noche. La familiaridad entre Muriel y su madre me sorprendió por lo hermosa cuando estábamos todos sentados en la sala. Conocen cada una las debilidades de la otra, sobre todo en la conversación, y las pescan con la mirada. Los ojos de la señora Fedder vigilan en la conversación el gusto de Muriel en "literatura" y los ojos de Muriel vigilan la tendencia de su madre a ser inflada, verborreica. Cuando discuten, no hay peligro de una pelea permanente, porque son Madre e Hija. Un fenómeno terrible y

hermoso de ver. Pero a veces cuando estoy allí encantado desearía que el señor Fedder interviniera más en la conversación. A veces siento que lo necesito. A veces, cuando llego a la puerta de entrada, es como si me metiera en una especie de convento desaliñado, secular, de dos mujeres. A veces, al irme, tengo la impresión especial de que tanto M. como su madre me han llenado los bolsillos de botellitas y tubos de lápiz labial, colorete, redes para el pelo, desodorantes y cosas así. Les estoy abrumadoramente agradecido, pero no sé qué hacer con sus regalos invisibles.»

«Esta tarde no conseguimos el permiso inmediatamente después de la retreta, porque alguien dejó caer el rifle mientras el general británico de visita hacía inspección. Perdí el de las 5 y 52 y llegué una hora tarde al encuentro con Muriel. Comida en el Lun Far, en la Cincuenta y Ocho. M. irritable y llorosa durante la comida, auténticamente perturbada y dolida. Su madre cree que soy una personalidad esquizoide. Parece que le habló de mí a su psicoanalista y él está de acuerdo con ella. La señora Fedder le pidió a Muriel que averiguara con discreción si en la familia no ha habido locos. Sospecho que Muriel tuvo el candor suficiente para contarle de dónde salen las cicatrices que tengo en las muñecas pobre tesoro. Pero por lo que dice M., a su madre esto no le molesta tanto como otro par de cosas. Otras tres cosas. Una, me aparto y no consigo establecer contacto con la gente. Dos, parece que algo no anda bien en mí porque no he seducido a Muriel. Tres, evidentemente la señora Fedder se ha pasado días enteros obsesionada por la observación que hice una noche acerca de que me gustaría ser un gato muerto. La semana pasada me preguntó en la cena qué pensaba hacer cuando saliera del ejército. ¿Pensaba volver a la enseñanza en la misma facultad? ¿Volvería simplemente a enseñar? ¿Estudiaría la posibilidad de volver a la radio, quizá como "comentarista" de alguna especie? Le contesté que tenía la impresión de que la guerra podía seguir siempre, y que sólo estaba seguro de que si alguna vez volvía la paz me gustaría ser un gato muerto. La señora Fedder pensó que estaba haciendo alguna broma disparatada. Una broma sofisticada. Según Muriel, cree que soy muy sofisticado. Pensó que mi comentario, mortalmente serio, era el tipo de broma que hay que acoger con una carcajada ligera, musical. Supongo que al reírse ella yo me distraje un poco y me olvidé de explicárselo. Anoche le conté a Muriel que en el budismo Zen le preguntaron una vez a un maestro cuál era la cosa más valiosa del mundo, y el maestro contestó que un gato muerto, porque nadie podía ponerle precio. M. quedó aliviada, pero vi que apenas podía esperar a llegar a su casa para garantizar a su madre la inocuidad de mi observación. Vino conmigo a la estación en el taxi. Qué rica estaba, y de tanto mejor humor. Trataba de enseñarme a sonreír, estirándome los músculos de alrededor de la boca con los dedos. Qué bello es verla reír. Ah, Dios, soy tan feliz con ella. Si por lo menos ella pudiera ser más feliz conmigo. A veces la divierto, y me parece que le gustan mi cara y mis manos y mi nuca, y le da una gran satisfacción decir a sus amigos que está comprometida con Billy Black que estuvo años en *Los niños sabios*. Y creo que siente una inclinación mezclada, maternal y sexual, hacia mí en general. Pero en conjunto no la hago feliz. Oh, Dios, ayúdame. Mi único consuelo terrible es que mi querida siente un amor inmortal, sin vueltas, por la institución del matrimonio en sí mismo. Tiene un verdadero apremio en jugar a la mamá permanentemente. Sus objetivos matrimoniales son tan absurdos y conmovedores. Quiere adquirir un tostado bien oscuro y acercarse al mostrador de la recepción de

un hotel muy elegante y preguntar si su marido no ha recogido aún la correspondencia. Quiere salir a comprar cortinas. Quiere salir a comprar vestidos de maternidad. Quiere irse de la casa de su madre, lo sepa o no, y a pesar de su afecto por ella. Quiere tener hijos, hijos bellos, con sus rasgos, no los míos. Tengo también la impresión de que quiere tener sus propios adornos del árbol de Navidad, no los de su madre, para sacarlos todos los años de las cajas.

»Hoy llegó una carta muy divertida de Buddy, escrita justo después de salir de las cocinas del ejército. Pienso en él mientras escribo sobre Muriel. La despreciaría por los motivos por los que quiere casarse que he explicado. ¿Pero son desdeñables? En cierto modo deben de serlo, pero a mi me parecen tan humanos y hermosos que no puedo pensar en ellos aun ahora cuando escribo esto, sin sentirme profunda, hondamente conmovido. Buddy desaprobaría también a la madre de Muriel. Es una mujer irritante, empecinada en sus opiniones, un tipo que Buddy no soporta. No creo que la viera como es. Una persona desprovista, de por vida, de toda comprensión o gusto por la principal corriente de poesía que fluye en las cosas, en todas las cosas. Podría estar muerta, y sin embargo sigue viviendo, deteniéndose en los almacenes finos, viendo a su analista, consumiendo una novela por noche, poniéndose la faja, conspirando contra la salud y la prosperidad de Muriel. La quiero. La encuentro increíblemente valerosa.»

«Toda la compañía está encerrada en la guarnición esta noche. Hice cola una hora entera para poder usar el teléfono de la Sala de Recreo. Muriel parecía más bien aliviada de que yo no pudiera ir esta noche. Lo cual me divierte y me encanta. Otra chica, si quisiera de veras estar libre una noche de la presencia de su novio, daría por teléfono todas las muestras de pesar. M. exclamó sólo ¡ah! cuando se lo dije. Cómo adoro su simplicidad, su terrible honestidad. Cómo confío en ella.»

«3.30 de la madrugada. Estoy en la Sala de Ordenanzas. No podía dormir. Me puse la chaqueta sobre el pijama y me vine aquí. Al Aspesi está encargado del teléfono. Se durmió en el suelo. Me puedo quedar aquí si contesto el teléfono por él. Qué noche. El analista de la señora Fedder estuvo a comer y me acribilló todo el tiempo, hasta las once y media. De vez en cuando, con gran destreza, con inteligencia. Una o dos veces me descubrí cinchando por él. Parece que es un viejo admirador de Buddy y mío. Está interesado personal y profesionalmente en saber por qué salté del espectáculo a los dieciséis años. En realidad escuchó la audición sobre Lincoln, pero tenía la impresión de que yo había dicho que el discurso de Gettysburg era "malo para los chicos". No es cierto. Le dije que había dicho que era un discurso malo para que los niños lo memorizaran en el colegio. Tenía también la impresión de que había dicho que era un discurso deshonesto. Le dije que había habido 51.112 bajas en Gettysburg y que si alguien tenía que hablar en el aniversario, simplemente hubiera debido adelantarse y sacudir el puño al público y luego irse, es decir, siempre que el orador fuese un hombre absolutamente honesto. No disintió conmigo, pero parecía creer que tengo una especie de complejo perfeccionista. Mucha charla de su parte, y muy inteligente, sobre las virtudes de vivir la vida imperfecta, de aceptar las debilidades propias y ajenas. Estoy de acuerdo con él, pero sólo en teoría. Defenderé, hasta el día del fin del mundo, la simplicidad de juicio, porque conduce a la salud y a una especie de felicidad muy real, envidiable. Seguida con pureza, es la vía del Tao, y sin duda la

más alta. Pero para que un hombre con discernimiento logre esto, tendría que despojarse de la poesía, ir *más allá* de la poesía. Es decir, posiblemente no podría aprender a gustar de la mala poesía en abstracto, y mucho menos equipararla con la buena poesía. Tendría que abandonar por completo la poesía. Dije que no sería una cosa fácil. El doctor Sims dijo que yo lo planteaba con demasiado rigor, que lo planteaba, dijo, como sólo lo haría un perfeccionista. ¿Puedo negarlo?

»Era evidente que la señora Fedder le había contado nerviosamente lo de las nueve puntadas de Charlotte. Fue una imprudencia, supongo, haber mencionado a Muriel ese viejo asunto terminado. Se lo cuenta siempre todo a su madre antes de que la cosa se enfríe. Debería oponerme, sin duda, pero no puedo. M. sólo me oye cuando su madre también me escucha. Pobrecita, Pero no tenía intención de discutir con Sims sobre las puntadas de Charlotte. Con un solo trago, no.

»Más o menos le prometí a M. esta noche en la estación que iré a un psicoanalista uno de estos días. Sims me dijo que el tipo que está aquí en la guarnición es muy bueno. Es evidente que él y la señora Fedder han tenido un *tête-à-tête* o dos sobre el tema. ¿Por qué no me envenena esto? No me envenena. Es divertido. Me reconforta, no sé por qué. Hasta las vulgares suegras de las tiras cómicas siempre me han atraído vagamente. De todos modos, no creo que tenga nada que perder viendo a un analista. Si es el del ejército, será gratis. M. me quiere, pero nunca se sentirá cerca de mí, *familiar* conmigo, *frívola* conmigo, mientras no me haya reajustado un poco.

»Si empiezo a ir a un analista o cuando empiece, quiera Dios que tenga la previsión de llamar en consulta a un dermatólogo. Un especialista en manos. Tengo cicatrices en las manos por tocar a cierta gente. Una vez, en el parque, cuando Franny todavía estaba en el cochecito, apoyé la mano en la pelusa de su coronilla y la dejé un largo rato. Otra vez, en el Loew de la calle Setenta y Dos, mientras veíamos con Zooey una película de fantasmas. Tenía seis o siete años y se metió debajo del asiento para no ver una escena de terror. Puse mi mano sobre su cabeza. Ciertas cabezas, ciertos colores y texturas de pelo humano dejan marcas permanentes en mí. Otras cosas también. Una vez Charlotte se me escapó del estudio y yo la atrapé del vestido para detenerla, para que se quedara junto a mí. Un vestido de algodón amarillo que me gustaba porque era demasiado largo para ella. Todavía tengo una marca amarillo limón en la palma de la mano derecha. Ah, Dios, si se me puede aplicar un nombre clínico, soy una especie de paranoico al revés. Sospecho que la gente conspira para hacerme feliz.»

Recuerdo que cerré el diario —en realidad, lo cerré de golpe— después de la palabra «feliz». Entonces me quedé sentado unos minutos con el diario bajo un brazo hasta que sentí cierta incomodidad derivada de haber estado tanto tiempo sentado en el borde de la bañera. Cuando me puse de pie, descubrí que transpiraba más profusamente que durante el resto del día, como si acabara de salir de un baño caliente en vez de haber estado sentado en el borde de una bañera. Me acerqué al cesto de ropa sucia, levanté la tapa y con un movimiento de muñeca casi vicioso arrojé literalmente el diario de Seymour entre algunas sábanas y fundas de almohadas que había en el fondo del cesto. Entonces, a falta de una idea mejor, más constructiva, volví a sentarme de nuevo en el borde de la bañera. Me quedé mirando un minuto o dos el mensaje de Boo Boo en el espejo del botiquín y después salí del baño, cerrando la puerta con excesiva energía, como si la pura fuerza pudiera dejar el lugar

clausurado para siempre.

Mi próxima parada fue la cocina. Por fortuna daba al vestíbulo y pude llegar sin tener que atravesar la sala y enfrentar a mis huéspedes. Al pasar la puerta basculante, me quité la chaqueta —la camisa— y la dejé caer sobre la mesa esmaltada. Necesitaba de toda mi energía para quitarme simplemente la chaqueta y me quedé un rato en camiseta, descansando, antes de asumir la tarea hercúlea de mezclar las bebidas. Entonces, de pronto, como si me vigilaran a través de agujeritos en la pared, empecé a abrir las puertas del armario y del refrigerador, buscando los ingredientes de los Tom Collins. Estaban todos, salvo que había limones en lugar de limas, y en pocos minutos tenía una jarra entera de azucarados Collins. Tomé cinco vasos y después busqué una bandeja. Era asaz difícil encontrarla y me llevó bastante tiempo, de modo que cuando la encontré abría y cerraba las puertas del armario lanzando pequeños gemidos apenas audibles.

Justo en el momento en que salía de la cocina con la jarra y los vasos en la bandeja y la chaqueta puesta, se me encendió en la cabeza una bombilla imaginaria, como ocurre en las tiras cómicas para mostrar que un personaje tiene de pronto una idea muy brillante. Dejé la bandeja en el suelo. Volví al estante de las bebidas y tomé una botella medio llena de Scotch. Llevé el vaso y me serví —de un modo un tanto accidental— por lo menos cuatro dedos. Miré el vaso con gesto crítico durante una fracción de segundo y como un héroe invicto de película del Oeste, me lo bebí con un movimiento brusco y un gesto impasible. Pequeño detalle, debo mencionar, que registro con un estremecimiento bastante claro. Concedo que yo tenía veintitrés años y que estaba haciendo lo que cualquier robusto papanatas de veintitrés años en circunstancias similares. No quiero decir algo tan sencillo como eso. Quiero decir que no soy un bebedor, como dice la gente. Con un cuarto de whisky, por lo general me descompongo violentamente o empiezo a escudriñar la habitación en busca de incrédulos. Con dos cuartos es sabido que me caigo redondo.

Pero éste —por usar un eufemismo incomparable— no era un día común, y recuerdo que mientras levantaba de nuevo la bandeja y salía de la cocina, no sentí ninguno de los habituales cambios metamórficos casi inmediatos. Parecía que en el estómago del sujeto se estaba engendrando un grado de calor sin precedentes, pero eso era todo.

En la sala, cuando entré con la bandeja cargada, no había cambios auspiciosos en el porte de mis huéspedes, fuera del hecho revitalizante de que el tío del padre de la novia se había unido al grupo. Estaba apelonado en la vieja silla de mi finado perro. Tenía cruzadas las minúsculas piernas, el pelo peinado, las manchas de grasa tan impresionantes como siempre y he aquí que *su cigarro estaba encendido*. Nos saludamos de una manera aún más extravagante que de costumbre, como si esas separaciones intermitentes fueran de pronto demasiado largas e innecesarias para nosotros.

El teniente seguía junto a los anaqueles. Volvía las páginas de un libro que había tomado, al parecer absorto. (Nunca descubrí qué libro era.) La señora Silsburn, con aire considerablemente repuesto y aun descansado, un retoque del maquillaje, pensó, estaba sentada ahora en el diván, en el extremo más apartado del tío del padre de la novia. Hojeaba una revista.

—¡Oh, qué delicia! —dijo, con su voz social ver la bandeja que yo acababa de depositar en la mesa ratona. Me sonrió cordialmente.

—Le puse muy poco gin —mentí mientras empezaba a revolver la jarra.

—Ahora se está tan delicioso y fresco aquí —dijo la señora Silsburn—. De paso, ¿puedo hacerle una pregunta? —Al decirlo, dejó a un lado la revista, se puso de pie, rodeó el diván y se acercó al escritorio. Se estiró y apoyó un dedo en una de las fotografías, de la pared—. ¿Quién es esta preciosa niña? —me preguntó. Ahora que el acondicionador

funcionaba suave y constantemente y que ella había tenido tiempo de maquillarse de nuevo, ya no era la niña marchita, asustada, que había estado bajo el sol ardiente a la puerta del Schrafft de la calle Setenta y Nueve. Ahora se dirigía a mí con todo el frágil equilibrio de que disponía al principio cuando se metió en el coche, delante de la casa de la abuela de la novia, cuando me preguntó si yo era alguien llamado Dickie Briganza.

Dejé de revolver la jarra de Collins y me acerqué a ella. Tenía clavada una uña pintada en la fotografía del equipo de *Los niños sabios* de 1929, y en una niña en particular. Éramos siete sentados alrededor de una mesa circular, un micrófono delante de cada niño.

—Es la niña más preciosa que he visto en la vida —dijo la señora Silsburn—. ¿Sabe a quién se parece un poquitito? ¿En los ojos y en la boca?

Más o menos en ese momento, algo del Scotch —aproximadamente un dedo, diría— empezó a afectarme y estuve a punto de contestarle: «A Dickie Briganza», pero todavía prevaleció cierta tendencia a la cautela. Asentí y dije el nombre de la actriz de cine que la Madrina de Honor, al comienzo de la tarde» había mencionado en relación con nueve puntadas quirúrgicas.

La señora Silsburn me miró fijo.

—¿Estaba también en *Los niños sabios*? —preguntó.

—Unos dos años. Diablos, sí. Con su propio nombre, claro. Charlotte Mayhew.

El teniente estaba ahora detrás de mí, a mi derecha, mirando la fotografía. Al oír el nombre profesional de Charlotte, se había alejado de los anaqueles para echar un vistazo.

—¡No sabía que hubiera estado en la radio de niña ¡ —dijo la señora Silsburn—. ¡No sabía eso! ¿Era una niña tan brillante?

—No, era sobre todo muy bochinchera. Pero cantaba entonces tan bien como ahora. Y era un maravilloso apoyo moral. Por lo general solía arreglárselas para sentarse junto a mi hermano Seymour a la mesa de la radio, y cuando él decía en el programa algo que le gustaba, le pisaba un pie. Era como un apretón de manos, sólo que con el pie. —Mientras pronunciaba esta breve homilía, tenía las manos apoyadas en la barra superior de la silla junto al escritorio. De pronto se me deslizaron, más bien a la manera en que el codo pierde bruscamente «pie» en la superficie de una mesa o en el mostrador de un bar. Perdí y recobré el equilibrio casi al mismo tiempo, y ni la señora Silsburn ni el teniente parecieron notarlos. Me crucé de brazos—. Ciertas noches, cuando había estado especialmente en buena forma, Seymour solía volver a casa con una ligera renquera. Es cierto. Charlotte no se limitaba a pisarle el pie, se lo pisoteaba. A él no le importaba. Le gustaba la gente que le pisaba los pies. Le gustaban las chicas bochincheras.

—¡Pero qué interesante! —dijo la señora Silsburn—. Yo no sabía que hubiese estado alguna vez en la radio ni nada.

—En realidad, la llevó Seymour. Era la hija de un osteópata que vivía en el mismo edificio que nosotros, en Riverside Drive. —Volví a apoyar las manos en el barrote de la silla y me incliné hacia adelante, en parte para apoyarme, en parte a la manera de un viejo entregado a sus recuerdos. El sonido de mi voz me resultaba ahora singularmente agradable—. Estábamos jugando a la pelota... ¿A alguno de ustedes le interesa esto?

—¡Sí! —dijo la señora Silsburn.

—Estábamos jugando a la pelota junto a la casa, una tarde, después de la escuela, Seymour y yo, y alguien que resultó ser Charlotte empezó a tirarnos bolitas desde el piso doce. Así fue como nos conocimos. La llevamos al programa esa misma semana. No estábamos enterados siquiera de que sabía cantar. Queríamos que fuera porque tenía un acento neoyorquino tan bonito. Acento de barrio elegante.

La señora Silsburn lanzó ese tipo de carcajada tintineante que es, desde luego, la

muerte para el narrador de anécdotas sensible, esté sobrio o no. Estaba claro que esperaba que yo terminara para hacerle una pregunta franca al teniente:

—¿A quién la encuentra parecida? —le dijo con insistencia—. En los ojos y la boca sobre todo. ¿A quién le recuerda?

El teniente la miró y luego levantó los ojos a la fotografía.

—¿Se refiere al aspecto que tiene en esta foto? ¿De chica? —dijo—. ¿O ahora? ¿Al aspecto que tiene en el cine? ¿Qué quiere decir?

—A los dos, creo. Pero especialmente en esta foto.

El teniente examinó la foto con bastante severidad, pensé, como si no aprobara para nada la forma en que la señora Silsburn, que después de todo era una civil al mismo tiempo que una mujer, le había pedido que la mirara.

—Muriel —dijo—. Se parece a Muriel en esta foto. El pelo y todo.

—¡Pero *tal cual* —dijo la señora Silsburn. Se volvió hacia mí—. Pero tal cual —repitió—. ¿Conoce a Muriel? Quiero decir, ¿la ha visto cuando lleva el pelo sujeto en un precioso...?

—Nunca he visto a Muriel —dije.

—Bueno, muy bien, le doy mi palabra —la señora Silsburn golpeó solemnemente la foto con el dedo índice—. Esta niña podría *doblar* a Muriel a la misma edad. Como dos gotas de agua.

El whisky se me iba subiendo despacio a la cabeza y me era imposible recibir esta información, mucho menos aún examinar sus variadas ramificaciones posibles. Caminé de vuelta —apenas un poco demasiado rígido— hasta la mesa y volví a revolver la jarra de Collins. El tío del padre de la novia trató de atraer mi atención cuando me acerqué a él, pero yo estaba lo bastante abstraído por el parecido entre Muriel y Charlotte como para no responderle. Además me iba sintiendo una pizca mareado. Tuve el fuerte impulso, al que no accedí, de sentarme en el suelo para revolver la jarra.

Un minuto o dos después, cuando empezaba a servir las bebidas, la señora Silsburn me hizo una pregunta. Cruzó la habitación hacia mí cantando, tan melodiosa era su entonación.

—¿Estaría muy mal que yo le preguntara acerca del accidente que la señora Burwick mencionó antes? Me refiero a las nueve puntadas de que habló. ¿Su hermano la empujó por accidente o algo por el estilo?

Dejé la jarra, que parecía tan pesada que resultaba difícil de sostener, y la miré. Curiosamente, a pesar del ligero mareo que sentía, las imágenes distantes no habían empezado a borronarse para nada. Al contrario, la señora Silsburn, como un punto focal del otro lado de la habitación, parecía de una claridad bastante inoportuna.

—¿Quién es la señora Burwick? —pregunté.

—Mi mujer —contestó el teniente, con cierta sequedad. Me estaba mirando, también, por lo menos como si perteneciera a un comité que investigaba por qué tardaba tanto con las bebidas.

—Ah, claro —dije.

—¿Fue un accidente? —Insistió la señora Silsburn—. No tuvo intención de hacerlo, ¿verdad?

—*Por el amor de Dios*, señora Silsburn.

—¿Cómo dice? —me preguntó con frialdad.

—Discúlpeme. No me haga caso. Estoy un poco achispado. Me serví un gran trago en la cocina hace unos cinco minutos... —Me interrumpí y de pronto me volví. Acababa de escuchar un paso pesado y familiar en el vestíbulo sin alfombra. Se acercaba a nosotros,

contra nosotros, a gran velocidad y un instante después la Madrina de Honor entraba como una tromba.

No tuvo ojos para nadie.

—Por fin lo conseguí —dijo. Su voz sonaba extrañamente pareja, despojada incluso de toda sombra de subrayados—. Después de casi una hora. —Tenía la cara tensa y parecía acalorada como a punto de estallar—. ¿Está frío? —dijo, y se acercó a la mesilla sin detenerse y sin que nadie le contestara. Levantó el vaso que yo había llenado a medias más o menos un minuto antes y se lo bebió de un solo trago ávido—. Es la habitación más calurosa que he conocido en toda mi vida —dijo, de un modo bastante impersonal, y dejó el vaso vacío. Tomó la jarra y volvió a llenar a medias el vaso, con gran tintineo y chasquidos de cubos de hielo.

La señora Silsburn estaba ya muy cerca de la mesilla.

—¿Qué dijeron? —preguntó impaciente—. ¿Habló con Rhea?

La Madrina de Honor bebió primero.

—Hablé con todo el mundo —dijo, depositando el vaso y subrayando la expresión «todo el mundo» de una manera torva, pero, tratándose de ella, especialmente poco dramática. Miró primero a la señora Silsburn, luego a mí, luego al teniente—. Pueden quedarse tranquilos —dijo—. Todo ha terminado bien.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué ha pasado? —preguntó bruscamente la señora Silsburn.

—Lo que acabo de decir. El *novio* ya no se siente *afectado* por la *felicidad*. —De vuelta había una inflexión familiar en la voz de la Madrina de Honor.

—¿Cómo fue? ¿Con quién hablaste? —le preguntó el teniente—. ¿Hablaste con la señora Fedder?

—Dije que hablé con todo el mundo. Con todo el mundo salvo la ruborosa novia. Ella y el novio se fugaron —se volvió hacia mí—. ¿Pero cuánto azúcar puso usted en esto? Tiene un gusto exactamente...

—¿*Fugado*? —dijo la señora Silsburn, y se llevó una mano a la garganta.

La Madrina de Honor la miró.

—Está bien, tranquilícese —aconsejó—, Vivirá más tiempo.

La señora Silsburn se sentó inerte en el diván, justo a mi lado. Yo contemplaba a la Madrina de Honor y estaba seguro de que la señora Silsburn hacía lo mismo.

—Parece que él estaba *en* el apartamento cuando volvieron. Entonces Muriel hizo su maleta y los dos se fueron, así, sin más. —La Madrina de Honor se encogió de hombros estudiadamente. Tomó de nuevo el vaso y terminó de beber—. De cualquier modo, estamos todos invitados a la recepción, o como quieran llamarle, ahora que la novia y el novio se han *ido*. Por lo que deduzco, ya hay allí un montón de gente. Todos parecían tan *contentos* por teléfono.

—Dijiste que habías hablado con la señora Fedder. ¿Qué dice? —preguntó el teniente.

La Madrina de Honor sacudió la cabeza, de un modo más bien críptico.

—Estuvo maravillosa. Mi Dios, qué mujer. Parecía absolutamente normal. Por lo que sé, quiero decir, por lo que ella dijo, el tal Seymour prometió que empezaría a ir a un analista para que lo enderezara —se encogió de hombros otra vez—. ¿Quién sabe? Quizá todo va a terminar bien. Estoy demasiado desinflada para seguir pensando —miró a su marido—. Vamos. ¿Dónde está tu gorrita?

A continuación vi que la Madrina de Honor, el teniente y la señora Silsburn se encaminaban en fila hacia la puerta, y yo como anfitrión detrás. Les hice gestos evidentes de saludo, pero como nadie se volvió, creo que mi actitud fue ignorada.

Oí que la señora Silsburn le preguntaba a la Madrina de Honor:

—¿Van a ir allá o qué?

—No sé —fue la respuesta—. Si lo hacemos, será por un minuto.

El teniente apretó el botón del ascensor, y los tres se quedaron rígidos mirando el tablero indicador. Parecían haber perdido el uso de la palabra. Me quedé en la puerta del apartamento, a unos centímetros de distancia, mirando vagamente hacia adelante. Cuando se abrió la puerta del ascensor, dije adiós, en voz alta, y las tres cabezas se volvieron al unísono hacia mí.

—Oh, adiós —dijeron.

Y oí que la Madrina de Honor gritaba:

—¡Gracias por el trago! —mientras la puerta del ascensor se cerraba tras de ellos.

Volví al apartamento, muy inseguro, tratando de desabotonarme la camisa en el camino, o de abrirla a tirones.

Mi regreso a la sala fue acogido sin reservas por el único huésped que quedaba y a quien yo había olvidado. Alzó un vaso bien lleno hacia mí cuando entré en la habitación. En realidad lo balanceó literalmente delante de mí, sacudiendo la cabeza de arriba abajo, y sonriendo como si al fin hubiera llegado el supremo, jubiloso momento que los dos habíamos estado esperando tanto tiempo. Descubrí que era incapaz de retribuirle con una sonrisa en esa reunión particular. Recuerdo que le palmeé el hombro, sin embargo. Entonces fui y me senté con pesadez en el diván, justo frente a él, y terminé de abrirme a tirones la camisa.

—¿No tienes dónde ir? —le pregunté—. ¿Quién se ocupa de ti? ¿Las palomas del parque?

En respuesta a estas provocativas preguntas, mi huésped alzó hacia mí un brindis con creciente regocijo, enarbolando su Tom Collins como si fuera un bock de cerveza. Cerré los ojos y me tendí en el diván, levantando los pies y extendiéndolos. Pero la habitación empezó a girar. Me senté y balanceé los pies volviéndolos al piso, pero lo hice con tanta brusquedad y tan pobre coordinación que tuve que apoyar la mano en la mesita para mantener el equilibrio. Estuve sentado, desmoronado durante un minuto o dos, con los ojos cerrados. Entonces, sin tener que levantarme, alcancé la jarra de Tom Collins y me serví un vaso, salpicando una buena cantidad de líquido y de cubos de hielo en la mesa y en el piso. Me senté con el vaso lleno en las manos durante unos minutos más, sin beber, y luego lo dejé en el charco que se había formado en la mesita.

—¿Te gustaría saber cómo consiguió Charlotte esas nueve puntadas? —pregunté de pronto, en un tono de voz que a mí me sonaba perfectamente normal—. Estábamos en el Lake. Seymour había escrito a Charlotte invitándola y por fin su madre la dejó. Lo que ocurrió fue que ella estaba sentada en mitad de la acera una mañana acariciando al gato de Boo Boo y Seymour le tiró una piedra. Tenía doce años. Es todo lo que hubo. Se la tiró porque estaba tan preciosa allí sentada, en medio de la acera, con el gato de Boo Boo. Todo el mundo lo supo, por el amor de Dios, yo, Charlotte, Boo Boo, Waker, Walt, toda la familia. —Miré fijo el cenicero de estaño en la mesilla—. Charlotte nunca le dijo una palabra. Ni una palabra. —Miré a mi huésped más bien esperando que me discutiera, que me tratara de mentiroso. Soy un mentiroso, desde luego. Charlotte nunca entendió por qué Seymour le tiró aquella piedra. Pero mi huésped no me discutió. Todo lo contrario. Me sonrió alentándome, como si todo lo que pudiera decirle sobre el tema fuese para él la

verdad absoluta. Sin embargo, me levanté para salir pensando, en mitad de la habitación, que volvería para recoger los cubos de hielo que quedaban en el piso, pero parecía una empresa demasiado difícil y seguí hasta el vestíbulo. Al pasar por delante de la puerta de la cocina, me quité la camisa como si fuera una cascara y la dejé caer al suelo. En ese momento era como si fuese el lugar donde siempre dejaba mi chaqueta.

En el cuarto de baño estuve varios minutos junto al cesto de la ropa sucia, discutiendo si recogería o no el diario de Seymour para mirarlo de nuevo. Ya no recuerdo qué argumentos aduje al respecto, fuera en pro o en contra, pero al fin abrí el cesto y saqué el diario. Me senté con él de nuevo en el costado de la bañera, y pasé rápidamente las páginas hasta que llegué a la última anotación que Seymour había hecho:

«Uno de los hombres acaba de llamar de nuevo a la compañía aérea. Si las nubes siguen levantándose, podremos salir antes de la mañana. Oppenheim dice que contengamos la respiración. Telefoneé a Muriel para decírselo. Fue muy extraño. Contestó al teléfono y estuvo diciendo hola. No me salía la voz. Estuvo a punto de colgar. Si por lo menos pudiera calmarme un poco. Oppenheim se va a meter en la cama hasta que la compañía aérea nos llame de vuelta. Yo también debería, pero estoy demasiado nervioso. La llamé para pedirle, para rogarle por última vez que se viniera conmigo y nos casáramos solos. Estoy demasiado nervioso para tratar con la gente. Me siento como si estuviera por nacer. Maldito, maldito día. La comunicación fue tan mala, y no pude hablar ni una palabra en casi todo el tiempo. Qué terrible es cuando uno dice te quiero y en la otra punta la persona grita: "¿Qué?" Estuve leyendo todo el día una selección del Vedanta. Los cónyuges están para servirse el uno al otro. Para elevar, ayudar, enseñar, fortalecerse el uno al otro, pero sobre todo para servir.

Criar a los hijos con honor, con amor y con desapego. Un niño es en la casa un huésped que ha de ser amado y respetado, nunca poseído, porque pertenece a Dios. Qué maravilloso, qué sano qué bellamente difícil y por lo tanto verdadero! La alegría de la responsabilidad por primera vez en mi vida. Oppenheim ya está en la cama. Yo también debería, pero no puedo. Alguien debe quedarse levantado con el hombre feliz.»

Leí la anotación sólo una vez, después cerré el diario y lo llevé al dormitorio. Lo dejé caer en la maleta de tela de Seymour, sobre el asiento de la ventana. Después me dejé caer, más o menos deliberadamente, en la más cercana de las dos camas. Me quedé dormido —o posiblemente desmayado— antes de aterrizar, o por lo menos así me pareció.

Cuando me desperté, alrededor de una hora y media más tarde, tenía una jaqueca que me partía la cabeza, la boca reseca. La habitación estaba a oscuras. Recuerdo que estuve sentado un rato bastante largo en el borde de la cama. Después, movido por una gran sed, me puse de pie y avancé lentamente hacia la sala confiando en que quedaría algo fresco en la jarra sobre la mesita.

Evidentemente mi último huésped se había ido del apartamento. Sólo su vaso vacío y la colilla de su cigarro en el cenicero de peltre indicaban que había existido. Sigo pensando que la colilla de su cigarro debería haber sido enviada a Seymour, siguiendo el procedimiento habitual con los regalos de bodas. Sólo el cigarro, en una hermosa cajita. Posiblemente con una hoja de papel en blanco, a manera de explicación. ■

SEYMOUR: UNA INTRODUCCIÓN

«Los actores con su presencia siempre me convencen, para mi horror, de que casi todo lo que hasta ahora he escrito sobre ellos es falso. Es falso porque lo hago con amor constante (ahora mismo, mientras lo escribo, también resulta falso) pero con capacidad variable, y esta capacidad variable no da la imagen expresiva y correcta de los actores tal como son sino que se pierde tristemente en ese amor que nunca quedará satisfecho con la capacidad, y por lo tanto piensa que no ejercitar esa capacidad es una manera de proteger a los actores.»

«Es (por decirlo de una manera figurada) como si un autor cometiera un error al escribir y como si ese lapsus cobrara conciencia de sí mismo. Quizá no fuera un lapsus, sino, en un sentido mucho más elevado, una parte esencial de la exposición entera. Es, pues, como si ese lapsus se rebelara contra el autor, de puro odio contra él, le impidiera corregirlo y dijera: "No, no quiero ser borrado, quedaré como testigo contra ti, como testigo de que eres un escritor muy mediocre."»

A veces, para ser sincero, me parece poco satisfactorio, pero a los cuarenta años considero a mi viejo amigo, el lector común, como mi último confidente hondamente contemporáneo, y, mucho antes de que yo llegara a la mayoría de edad, uno de los artesanos públicos más estimulantes y menos fatuos que he conocido me insistió en que debía tratar de conservar un respeto constante y sobrio por la amenidad de esa relación, por curiosa o terrible que fuera; en mi caso, él lo vio venir desde el principio. La cuestión es la siguiente: ¿cómo puede un escritor tener en cuenta esa amenidad si no tiene idea de cómo es el lector común? Seguro que la inversa es bastante corriente, pero ¿cuándo se le pregunta al autor de un cuento cómo se imagina a su lector? Con mucha suerte, para seguir y llegar a la cuestión —y no creo que sea de las que sobreviven a una construcción interminable—, descubrí hace una buena cantidad de años prácticamente todo lo que necesitaba saber acerca de mi lector común, quiero decir, tú. Lo negarás rotundamente, me temo, pero no estoy en condiciones de dar por segura tu palabra. Eres un gran aficionado a los pájaros. Como el hombre de un cuento titulado *Skule Skerry*, de John Buchan, que Arnold L. Sugarman, hijo, me instó una vez a leer durante un período de clases mal vigilado, eres alguien que se interesa en los pájaros en primer lugar porque estimulan tu imaginación; te fascinan porque «de todos los seres de la creación, parecen los más cercanos al espíritu puro, criaturitas con una temperatura normal de 51°». Probablemente, como el hombre de John Buchan, tuviste muchos pensamientos estremeedores al respecto; te acordaste, no me cabe duda, de que: «¡El abadejo, con m estómago no más grande que un guisante, cruza volando el Mar del Norte! ¡El zarapito, que se cría tan al norte que, sólo unas tres personas han visto alguna vez su nido, se va a Tasmania a pasar las vacaciones!» Claro, sería demasiado pedir que mi propio lector común resultara ser una de las tres personas que han visto el nido del zarapito, pero por lo menos creo que lo conozco —te conozco— lo bastante bien como para sospechar qué clase de gesto bien intencionado de mi parte será bien recibido en este momento. Con este espíritu de *entre-nous*, viejo confidente, antes de que nos juntemos con los otros, los que están en todas partes, incluso, estoy seguro, los locos del volante, de mediana edad que insisten en llevarnos zumbando a la luna, los Vagabundos del Dharma, los fabricantes de filtros de cigarrillos para los hombres que piensan, los Beats, los Andrajosos y los Iracundos, los creyentes elegidos, todos los expertos soberbios que saben tan bien lo que

deberíamos o no deberíamos hacer con nuestros pobres y pequeños órganos sexuales, todos los muchachos barbudos, orgullosos e ignorantes, todos los guitarristas aficionados y los asesinos del Zen, y los estetizantes gamberros unidos que contemplan por encima de sus ignaras narices este espléndido planeta donde (por favor, no me digas que me calle) Kilroy, Cristo y Shakespeare se detuvieron, antes de juntarnos con esos otros, te lo digo en privado, viejo amigo (y desde muy cerca), por favor acéptame este modesto ramillete de paréntesis tempranamente florecidos: (((()))). Quiero decir, de un modo nada florido, que han de ser tomados ante todo como augurios patituertos, torcidos, de mi estado anímico y corporal al escribir esto. Profesionalmente hablando, que es la única manera de explicarme que me divierte (y para congraciarme aún menos, hablo nueve idiomas sin parar, cuatro de ellos definitivamente muertos), profesionalmente hablando, repito, soy un hombre en éxtasis de felicidad. Nunca lo había sido hasta ahora. Oh, quizá una vez, cuando tenía catorce años y escribí un cuento en el que todos los personajes tenían cicatrices de duelos al estilo de Heidelberg: el héroe, el villano, la heroína, su vieja nodriza, todos los perros y los caballos. Se puede decir que yo era entonces razonablemente feliz, pero no en éxtasis, no de este modo. Sin rodeos: he llegado a saber, quizá mejor que nadie, que una persona que escribe en éxtasis de felicidad suele ser un tipo demasiado agotador para tenerlo cerca. Desde luego, los poetas en este estado son con mucho los más «difíciles», pero aun el prosista en trance análogo no tiene ninguna posibilidad de elegir su manera de comportarse cuando está en compañía decente; divino o no, un trance es un trance. Y si bien pienso que un prosista en éxtasis de felicidad puede hacer muchas cosas buenas en la página impresa —las mejores, así lo espero—, también es cierto, y mucho más evidente, sospecho, que le es imposible ser moderado o sobrio o breve; deja caer casi todos los párrafos cortos. En pos de algo tan vasto y devorador como la felicidad, pierde necesariamente el placer mucho menor, pero para un escritor siempre bastante exquisito, de aparecer en la página navegando serenamente entre dos aguas. Lo que es peor, ya no está en condiciones de atender el deseo más inmediato del lector, a saber, que siga de una buena vez, caray, con su historia. De ahí, en parte, el ominoso ofrecimiento de paréntesis unas pocas frases atrás. Me consta que no pocas personas sumamente inteligentes no soportan los comentarios entre paréntesis cuando se supone que les están contando un cuento (nos enteramos de estas cosas por las cartas, sobre todo las escritas por los que preparan tesis, ansiosos, como es natural, por escribirnos a escondidas en los momentos libres. Pero los leemos y habitualmente les creemos; buena, mala o indiferente, toda sarta de palabras en inglés retiene nuestra atención como si viniera del mismo Próspero.) Quiero advertir que en adelante mis apartes no sólo serán desenfrenados (no estoy nada seguro de que no vaya a haber una o dos notas al pie de página), sino que, de vez en cuando, tengo intención de forzar la atención del lector cuando vea fuera de la manida línea de la trama algo excitante o interesante o que valga la pena. La rapidez, Dios salve mi pellejo norteamericano, no me importa absolutamente nada. Pero hay lectores cuya atención sólo se puede obtener aplicando los métodos más moderados, más clásicos y quizá más eficaces, y sugiero —con toda la honestidad de que un escritor es capaz en estos casos— que se retiren ahora, mientras, me imagino, la retirada es aún fácil y buena. Probablemente seguiré señalando las salidas que se presenten en el camino, pero no estoy seguro de hacerlo otra vez de todo corazón.

Me gustaría empezar con algunas palabras sobre las dos citas iniciales. «Los actores con su presencia...» es de Kafka. La segunda: «Es (por decirlo de una manera figurada) como si un autor cometiera un error...» es de Kierkegaard (y tengo que hacer un esfuerzo para no frotarme sin elegancia las manos ante la idea de que este pasaje especial de Kierkegaard puede hacer caer a algunos existencialistas y mandarines franceses que han

gozado quizá de excesiva publicidad, en sus... bueno, por sorpresa) (1).

La verdad es que, en el fondo, no estoy convencido de que nadie necesite una razón firme para citar las obras de los escritores que ama, pero convengo en que siempre está bien tenerla. En este caso me parece que esos dos pasajes, sobre todo juntos, representan maravillosamente lo mejor, no sólo de Kafka y de Kierkegaard, sino de los cuatro hombres muertos, los cuatro Hombres Enfermos famosos por diversas razones, los solteros inadaptados (probablemente sólo Van Gogh, de los cuatro, tratará de no aparecer en estas páginas) a quienes más a menudo recorro —a veces realmente afligido— cuando quiero alguna información absolutamente fidedigna acerca de los procesos del arte moderno. En líneas generales he reproducido los dos pasajes en un intento de mostrar con toda franqueza mi posición con respecto al conjunto de datos que espero reunir aquí, acerca del cual, me importa un bledo decirlo, un autor no puede ser demasiado explícito ni anticiparse demasiado. Pero en parte podría recompensarme el hecho de pensar, de soñar, que esas dos breves citas pueden ser de alguna utilidad para la raza de críticos literarios relativamente nueva, los numerosos obreros (supongo que *podría* llamárseles soldados) que dedican largas horas, a menudo con decrecientes esperanzas de destacarse, a nuestras activas clínicas de artes y letras neofreudianas. Sobre todo, quizá, para esos estudiantes aún muy jóvenes y esos clínicos inexpertos, rebosantes de salud mental, libres (sin duda) de toda *atracción* morbosa por la belleza, que un día trataron de especializarse en patología de la estética. (Admito que es un tema al que soy insensible desde que tenía once años y vi cómo el artista y el Hombre Enfermo a quien más he querido en este mundo, todavía de pantalones cortos, era examinado por un famoso grupo de profesionales freudianos durante seis horas cuarenta y cinco minutos. En mi opinión, no del todo fidedigna, estuvieron a punto de sacarle una muestra de cerebro, y durante años me quedó la idea de que sólo la hora avanzada —las dos de la madrugada— los disuadió de hacerlo. Insensible es, pues, lo que me propongo ser. Grosero, no. Comprendo que es una línea o una tabla muy fina, pero me gustaría caminar por ella un minuto más; estén listos o no, he esperado unos buenos años para juntar estos sentimientos y sacármelos de encima.) Desde luego circularon gran variedad de rumores acerca del extraordinario, del sensacional artista creador —y aludo aquí exclusivamente a los pintores y poetas y *Dichter* en pleno—. Uno de esos rumores —y para mí, con mucho, el más regocijante de todos— es el de que nunca, ni siquiera en las oscuras edades prepsicoanalíticas, veneró -a sus críticos profesionales y que en realidad en sus visiones de la sociedad, generalmente infundadas, solía amontonarlos junto con los *echt* editores y traficantes de arte y los otros prósperos parásitos de las artes, quizá de una prosperidad envidiable que, apenas podría concedérseles, preferirían un trabajo diferente, quizá más limpio si pudieran conseguirlo. Pero lo que, por lo menos en los tiempos modernos, suele oírse más a menudo con respecto al poeta o al pintor curiosamente creador aunque enfermizo, es que siempre resulta ser un tipo de neurótico extraordinario, pero sin lugar a dudas «clásico», un ser aberrante que sólo en ocasiones, y nunca profundamente, desea librarse de su aberración, o un Hombre Enfermo que no pocas veces aunque cabe suponer que lo negará como un niño lanza terribles gritos de dolor como si quisiera dé todo corazón abandonar su arte y su alma para experimentar lo que en otras gentes pasa por ser bienestar, y sin embargo (el rumor continúa), cuando en su cuartito de aspecto insalubre alguien

Esta modesta calumnia es *totalmente* reprensible, pero el hecho de que el gran Kierkegaard nunca fuera kierkegaardiano y mucho menos existencialista, alegra infinitamente el corazón del intelectual de segunda categoría y no deja de reafirmar su fe en una justicia poética del cosmos, o aun en un cósmico Santa Claus.

irrumpe —con no poca frecuencia alguien que lo quiere de veras— y le pregunta apasionadamente dónde le duele, él o bien renuncia o bien es incapaz de un análisis clínico amplio y constructivo, y por la mañana, cuando se supone que incluso los grandes poetas y pintores se sienten un poco más animados que de costumbre, parece más perversamente resuelto que nunca a ver cómo la enfermedad sigue su curso, aunque a la luz de un nuevo día de trabajo se acuerde de que todos los hombres, incluidos los sanos, a veces se mueren y en general de mala gana, pero que a él, hombre afortunado, lo está asesinando el compañero más estimulante que jamás haya conocido, exista o no la enfermedad. En conjunto, por alevoso que pueda sonar viniendo de mí, con un artista muerto como el que he mencionado en toda esta semi-polémica entre los parientes cercanos, no veo cómo se puede deducir razonablemente que este último rumor general (correcto) no se funda en una cantidad pasable de hechos esenciales. Mientras mi distinguido pariente vivía, yo lo vigilaba —casi literalmente, pienso a veces— como un halcón. Con arreglo a cualquier definición lógica, era un ejemplar enfermizo: en sus peores noches y tardes no sólo profería gritos de dolor sino que pedía socorro, y cuando llegaba una ayuda módica se negaba a decir en lengua inteligible dónde le dolía. Aun así, estoy en abierto desacuerdo con los expertos en estas cuestiones —los eruditos, los biógrafos y sobre todo la aristocracia intelectual ahora vigente, educada en una u otra de las grandes escuelas psicoanalíticas—, y les reprocho con la mayor acrimonia lo siguiente: ellos no escuchan como es debido los gritos de dolor, fío pueden, claro. Son una casta de orejas de lata. Con tan defectuoso equipo, con esas orejas, ¿cómo es posible rastrear el dolor, por el sonido y la calidad tan sólo, hasta su fuente? Con tan lamentable equipo para escuchar, lo que se puede detectar y quizá verificar son unos pocos armónicos aislados y débiles —ni siquiera un contrapunto— que salen de una infancia perturbada o de una libido desordenada. ¿Pero de dónde procede en general el bulto, toda la carga del dolor? ¿De dónde *debe* proceder? ¿No es el verdadero poeta, el verdadero pintor un vidente? ¿No es en realidad el único vidente que tenemos sobre la tierra? Según todas las apariencias, el científico no lo es, y seguro que no lo es el psiquiatra. El único gran poeta entre los psicoanalistas fue, con toda seguridad, el propio Freud también tenía su pequeño trastorno del oído, sin duda, pero ¿quién en su recto juicio puede negar que había en él un poeta épico en acción?) Perdón; casi he terminado con esto. En el vidente, ¿qué parte de la anatomía humana se halla necesariamente expuesta al mayor abuso? Los ojos, desde luego. Te ruego, querido lector común, como último favor (si todavía estás ahí), que vuelvas a leer los dos breves pasajes de Kafka y Kierkegaard con los que he empezado. ¿No está claro? Esos gritos, ¿no vienen directamente de los ojos? Por contradictorio que sea el informe del inspector, y tanto si atribuye la causa de la muerte a la Tisis, la Soledad o el Suicidio, ¿no está claro cómo muere el verdadero artista vidente? Digo (y todo lo que sigue permanecerá o se anulará según esté yo más o menos en lo justo), digo que el verdadero artista vidente, el tonto celestial que puede producir y produce belleza, está enceguecido hasta la muerte por sus propios escrúpulos, por los colores y formas enceguecedores de su propia y sagrada conciencia humana.

He expuesto mi credo. Me apoyo en el respaldo. Suspiro feliz, me temo. Enciendo un Murad y sigo, confiando en Dios, con otras cosas.

Ahora —con agilidad, sí puedo— algo sobre el subtítulo: «Una introducción», arriba, en lo más alto de la marquesina. Aquí mi personaje principal, por lo menos en los intervalos de lucidez en que me puedo obligar a sentarme y permanecer bastante tranquilo, será mi difunto

hermano mayor, Seymour Glass, que (prefiero decirlo con una sola frase de obituario) en 1948, a la edad de treinta y un años, mientras estaba de vacaciones en Florida con su mujer, se suicidó. En vida fue muchas cosas para muchas personas, y, virtualmente, lo fue todo para sus hermanos y hermanas en una familia bastante numerosa. Para nosotros fue, claro, todas las cosas reales; nuestro unicornio a rayas azules, nuestra lupa de doble lente, nuestro genio asesor o conciencia portátil, nuestro sobrecargo y nuestro único poeta total e inevitablemente, creo, puesto que no sólo la reticencia nunca fue su fuerte, sino que se pasó casi siete años de su infancia como estrella de un programa-concurso infantil radiado de costa a costa, de modo que no había mucho que, llegado el momento, no se ventilara de una u otra manera; inevitablemente, digo, fue también para nosotros un «místico» y un «tipo desequilibrado» bastante notorio. Y como es evidente que voy a echar el resto aquí mismo desde el comienzo, anunciaré además —si es que se puede anunciar y gritar al mismo tiempo— que, con o sin planes de suicidio en la cabeza, era la única persona con quien yo solía asociarme siempre, con quien salía de juerga, que casi siempre respondía a la idea clásica, como yo la entiendo, del *mukta*, del hombre iluminado, del que conoce a Dios. De todos modos, que yo sepa este personaje no se presta a ningún tipo de narración compacta y no puedo imaginar a nadie, y menos a mí mismo, tratando de escribir sobre él de un tirón o en una serie bastante simple de asentadas, ya sean mensuales o anuales. Para ir a lo que me interesa. Mis planes originales eran escribir un cuento sobre Seymour y llamarlo «Seymour Uno», en el que el gran «Uno» tendría para mí, Buddy Glass, más que para el lector, una ventaja intrínseca: la de ser una útil, brillante advertencia de que lógicamente seguirían otros (Seymour Dos, Tres y posiblemente Cuatro). Esos planes ya no existen. O si existen —y es más que probable que así sea— se han ocultado bajo tierra, en el entendimiento, quizá, de que golpearé tres veces cuando esté preparado. Pero en esta oportunidad soy cualquier cosa salvo un cuentista en lo que a mi hermano se refiere. Lo que soy es una recopilación de observaciones preliminares e interesadas acerca de él. Creo que en esencia sigo siendo lo que siempre he sido: un narrador, pero con necesidades personales muy apremiantes. Quiero presentar, quiero describir, quiero distribuir recuerdos, amuletos, quiero abrir mi billetera y mostrar fotos, quiero seguir lo que el olfato me indica. Con este ánimo, no me atrevo a acercarme a la forma del cuento corto. A los pequeños escritores gordos y subjetivos como yo, se los come vivos.

Pero hay muchas, muchas cosas que suenan desacertadas. Por ejemplo, que yo vaya diciendo, catalogando tantas cosas sobre mi hermano, tan por adelantado. Siento que lo habrás notado. Quizá *hayas* notado también —a mí no se me ha escapado del todo— que lo que hasta ahora llevo dicho sobre Seymour (y sobre su tipo sanguíneo en general, por así decir) ha sido gráficamente laudatorio. Me hace pensar, de acuerdo. Concedo que no he venido a enterrar sino a exhumar, y, con gran probabilidad, a alabar, pero sospecho que el honor de los narradores serenos y desapasionados está en remoto peligro. ¿No *tenía* Seymour defectos lamentables, vicios, mezquindades que se puedan enumerar, por lo menos de prisa? ¿Qué era, por fin? ¿Un *santo*?

Por suerte, no es tarea mía contestarlo. (¡Ah, día afortunado!) Cambiemos de tema y digamos, sin vacilaciones, que la diversidad de sus características personales, como los productos Heinz, amenazó, en diferentes intervalos cronológicos de sensibilidad y finura de piel, con arrastrar a los más jóvenes de la familia a la bebida. En primer lugar, existe sin duda una marca bastante terrible, común a todas las personas que buscan a Dios, y al parecer con enorme éxito, en los lugares más estafalarios que sea dado imaginar, por ejemplo, en los locutores de radio, en los diarios, en los taxis con el taxímetro trucado, literalmente en todas partes. (Mi hermano, dicho sea de paso, tuvo la perturbadora costumbre, durante casi

toda su vida adulta, de investigar en los ceniceros llenos con el dedo índice, apartando todas las colillas hacia los costados —sonriendo entretanto de oreja a oreja— como si esperara ver a Cristo mismo enroscado como un querubín en el medio, y nunca parecía desanimado.) La marca, pues, del religioso evolucionado, no sectario o de otro tipo (y amablemente incluyo en la definición de «religioso evolucionado», por odiosa que sea la frase, a todos los cristianos como los entiende el gran Vivekananda, esto es: «Ves a Cristo: por lo tanto eres cristiano; todo lo demás son palabras»), la marca que con mayor frecuencia identifica a esta persona es que suele comportarse como un tonto, incluso como un imbécil. Para la familia en la que hay uno de estos personajes, es una desgracia no poder confiar en que se comportará como tal. Estoy a punto de terminar con la catalogación, pero no puedo hacerlo sin citar lo que considero su característica personal más exasperante. Tenía que ver con uno de sus hábitos verbales, o más bien con la gama anómala de sus hábitos verbales. En ese plano era tan breve como el portero de un monasterio trapense —a veces durante días, semanas seguidas— o hablaba sin parar. Cuando tenía cuerda (y para decir las cosas tal como son, casi todos estaban siempre dándole cuerda y entonces, claro, se sentaban rápido a su alrededor para sacarle mejor el jugo), cuando tenía cuerda, no era nada para él hablar horas seguidas, a veces sin que tuviera la conciencia compensadora de que había una, dos o diez personas más en la habitación. Sugiero sin vacilar que era un orador inspirado e ininterrumpido, pero lo menos que se puede decir es que ni siquiera el más sublime de los oradores ininterrumpidos puede agradar todo el tiempo. Y lo digo, quisiera agregar, no tanto guiado por un espléndido y repugnante impulso de jugar limpio a mi invisible lector, sino porque —cosa mucho peor— creo que este tipo especial de orador ininterrumpido es capaz de soportar casi cualquier cantidad de golpes. Por lo menos, los que provienen de mí. Estoy en la posición única de poder calificar a mi hermano, directamente, de orador ininterrumpido —que es una manera, me parece, bastante fea de calificar a alguien— y al mismo tiempo de arrellanarme como un tipo con varios ases en las dos mangas para recordar sin esfuerzo toda una legión de hechos atenuantes (y atenuante no es precisamente la palabra que corresponde). Puedo condensarlos todos en uno: cuando Seymour llegó a la mitad de la adolescencia —a los dieciséis, diecisiete años— no sólo había aprendido a usar su lengua materna, sus locuciones neoyorquinas natales no precisamente distinguidas, sino que por entonces había alcanzado su propio, verdadero y acertado vocabulario de poeta. Sus charlas sin fin, sus monólogos, sus casi arengas tenían entonces tantas posibilidades de gustar del principio al fin —por lo menos a muchos de nosotros— como, digamos, la mayor parte de las obras de Beethoven después que dejó de estorbarle el sentido del oído, y pienso sobre todo, aunque parezca un tanto rebuscado, en los cuartetos en si bemol mayor y en do sostenido menor. Pero éramos en principio una familia de siete hijos. Y en realidad, ninguno de nosotros era corto de lengua. Es muy importante que en una casa con seis oradores y expositores profusos por naturaleza haya un campeón invencible de la palabra. Es cierto que nunca aspiró al título. Y deseó apasionadamente que uno u otro de nosotros lo apabullara o simplemente lo dejara atrás en una conversación o en una discusión. Una pequeña cuestión que desde luego, aunque él nunca lo notó —tenía sus puntos ciegos, como todo el mundo—, nos molestaba muchísimo a algunos de nosotros. Sigue en pie el hecho de que el título fue siempre suyo, y aunque creo que lo hubiera dado casi todo en la tierra por perderlo —ésta es sin duda la cuestión más importante y tardaré todavía algunos años en poder explorarla a fondo--, nunca encontró una manera verdaderamente elegante de hacerlo.

Llegado a este punto, mencionar que ya he escrito acerca de mi hermano no me parece sólo mi gesto de camaradería. Para el caso, con un poco de zalamería bien intencionada podría admitir probablemente que rara vez ha habido un momento en que no

haya escrito sobre él, y si bajo amenaza de muerte tuviera que sentarme mañana a escribir un cuento sobre un dinosaurio, no me cabe duda de que sin quererlo daría a la gran bestia una o dos características que recordaran a Seymour: una manera especialmente entrañable de comerse de un mordisco la punta de un abeto, por ejemplo, o de menear el rabo de ocho metros. Algunas personas —no muy íntimas— me preguntaron si no había mucho de Seymour en el joven personaje principal de la única novela que he publicado. En realidad, la mayoría de esa gente no me lo ha *preguntado*: me lo ha *afirmado*. El solo hecho de protestar contra eso me produce urticaria, pero debo decir que nadie que haya conocido a mi hermano me ha preguntado o dicho nada por el estilo, cosa que agradezco y que en cierto modo me impresiona bastante, porque una buena cantidad de mis personajes principales hablan con la soltura y los modismos de Manhattan, tienen un olfato bastante común para meterse allí donde los tontos más redomados no se atreverían, y son en general perseguidos por una Entidad que prefiero designar, en forma muy general, el Viejo de la Montaña. Pero lo que puedo y debo explicar es que he escrito y publicado dos cuentos que se refieren directamente a Seymour. El más reciente de los dos, aparecido en 1955, es un relato sumamente amplio del día de su boda, en 1942. Los detalles están presentados de la manera más completa posible, al punto casi de que lo único que falta es regalarle al lector el molde de la huella del pie de todos y cada uno de los invitados a la boda, para que se lo lleve a su casa como recuerdo, pero el propio Seymour —el tema principal— en realidad no hace su aparición física en ningún momento. Por el contrario, en el primer cuento, mucho más corto, que escribí a fines del cuarenta, no sólo aparecía en carne y hueso, sino que caminaba, hablaba, se zambullía en el océano y se disparaba una bala en la cabeza en el último párrafo. Sin embargo, varios de mis parientes cercanos, bastante numerosos, que regularmente andan a la caza de errores técnicos en las obras que he publicado, me han señalado con amabilidad (demasiada, aunque por lo general me caen encima como gramáticos) que el joven, el «Seymour» que caminaba y hablaba en aquel primer cuento y se disparaba un tiro, no era para nada Seymour, sino, cosa rara, alguien que se me parecía asombrosamente. Lo cual es cierto, creo, o lo bastante cierto como para hacerme sentir el zumbido de reproche del artesano. Y si bien no hay excusa que valga para esa clase de *faux pas*, no puedo dejar de mencionar que ese cuento en especial fue escrito un par de meses después de la muerte de Seymour, y no mucho después de que yo mismo, como el «Seymour» del cuento y el Seymour de la vida real, hubiera vuelto de Europa, del Teatro de Operaciones. Usaba en aquel momento una máquina de escribir alemana apenas rehabilitada, por no decir desequilibrada.

Ah, *esta felicidad es un trago fuerte*. Maravillosamente liberadora. Me siento en libertad de decir lo que estarás deseando oír. Esto es, si, como sé que ocurre, amas más que nada en el mundo a esas criaturitas puro espíritu cuya temperatura normal es de 51°. Es natural entonces deducir que la criatura que ocupa el segundo lugar en tu afecto es aquella persona —ame u odie a Dios (al parecer casi nunca existe un término medio), santo o calavera, moralista o inmoral absoluto— capaz de escribir un poema que sea de veras un poema. Entre los seres humanos él es el zarapito, y me apresuro a decirte lo poco que creo saber de sus vuelos, su temperatura, su increíble corazón.

Desde principios de 1948 estoy instalado —así, literalmente, lo considera mi familia— sobre un cuaderno de hojas sueltas poblado por ciento ochenta y cuatro poemas

cortos escritos por mi hermano fuera del ejército o dentro de él, pero sobre todo dentro, durante los tres últimos años de su vida. Mi intención, en un plazo corto —y me digo a mí mismo que es sólo cuestión de días o de semanas—, es separarme de unos ciento cincuenta de esos poemas y dejar que el primer editor interesado, poseedor de un traje de calle bien planchado, de un par de guantes grises suficientemente limpios, se los lleve en seguida a su sospechosa imprenta donde quedarán, con toda probabilidad, comprimidos en una cubierta de dos colores completada al dorso por unos endiablados comentarios de garantía, pedidos a aquellos «renombrados» poetas y escritores que no tienen escrúpulos en hacer comentarios en público sobre sus colegas (reservándose en general los elogios más profundos, de casi todo corazón, para los amigos, los presuntos inferiores, los extranjeros, los noctámbulos extravagantes y los que operan en otros terrenos), y de ahí a los suplementos literarios dominicales donde, si hay lugar y si la crítica acerca de la grande, la nueva, la definitiva biografía de Grover Cleveland no es demasiado larga, serán sucintamente presentados al público amante de la poesía por un miembro de la pequeña banda de habituales pedantes moderadamente pagados que complementan así sus ingresos, a quienes se les puede encomendar una reseña que no tiene por qué ser sabia o apasionada, pero sí breve, de los nuevos libros de poesía. (No creo que vuelva a hacer sonar esta nota agria. Pero si lo hago, intentaré ser igualmente límpido.) Ahora, considerando que he estado instalado en esos poemas durante más de diez años, sería conveniente —normal y refrescante, o por lo menos falto de perversidad— explicar lo que considero las dos razones principales por las que he decidido ponerme de pie y dejar los poemas. Y prefiero incluir ambas razones en el mismo párrafo, como si las metiera en una mochila, en parte porque quiero que estén cerca la una de la otra, en parte porque tengo la impresión quizá impulsiva de que no volveré a necesitarlas en el viaje. Primero está el problema de la presión familiar. Es sin duda muy común, si no mucho más de lo que me parece, pero tengo cuatro hermanas y hermanos menores vivos, letrados, de una facundia bastante desenfrenada, de extracción en parte judía, en parte irlandesa y es posible que en parte minotáurica: dos varones, uno, Waker, un ex errante monje cartujo-periodista, ahora en clausura, y el otro Zooey, actor no sectario, llamado y elegido por una vocación no menos perentoria, de treinta y seis y veintinueve años de edad, respectivamente; y dos mujeres, una, Franny, actriz en ciernes, y la otra, Boo Boo, una robusta y próspera partera de Westchester, de veinticinco y treinta y ocho años de edad, respectivamente. De vez en cuando, a partir de 1949, desde el seminario y el internado, desde la sección de obstetricia del Hospital de Mujeres y la sala de estar para estudiantes extranjeros del *Queen Elizabeth*, situada debajo de la línea de flotación, entre exámenes y ensayos generales, maitines y biberones de las 14 horas, cada uno de esos cuatro dignatarios me han estado mandando por correo una serie de ultimátums vagos, pero perceptiblemente ominosos, acerca de lo que me ocurrirá si no *hago* algo, *pronto*, con los poemas de Seymour. Habría que tomar nota, quizá en seguida, de que, aparte de ser escritor, trabajo a tiempo parcial en el Departamento de Inglés de un colegio de señoritas del Estado de Nueva York, no lejos de la frontera con Canadá. Vivo solo (pero sin gatos, me gustaría que lo supieran todos) en una casita por completo modesta, por no decir servil, situada en lo hondo del bosque, del lado más inaccesible de la montaña. Sin contar los estudiantes, los profesores y las camareras de edad mediana, veo a muy poca gente durante la semana o el año de trabajo. En una palabra, soy como un monje de clausura literario a quien es fácil forzar o intimidar por carta. Pero todo el mundo tiene su punto de saturación, y ya no puedo abrir mi casilla de correos sin sentir un enorme temor ante la perspectiva de encontrar, instalada entre los folletos sobre maquinaria agrícola y el estado de cuentas del banco, una larga, gárrula, amenazadora tarjeta postal de uno de mis hermanos o hermanas, dos de los cuales, es

especialmente digno de señalar, usan bolígrafo. La segunda razón principal para decidirme a soltar los poemas, a hacerlos publicar, es en cierto modo mucho menos sentimental que física (y me siento orgulloso como un pavo real de decir que conduce en línea recta a las ciénagas de la retórica). Los efectos de las partículas radiactivas en el cuerpo humano, tema tan corriente en 1959, no son nada nuevo para los viejos amantes de la poesía. Usado con moderación, un poema de primera calidad resulta un método excelente y en general rápido de termoterapia. En una ocasión en que, estando en el ejército, padecí durante más de tres meses lo que podría llamarse pleuresía ambulatoria, sólo sentí el primer alivio al meterme en el bolsillo de la camisa un poema lírico de Blake de aspecto absolutamente inocente, y llevarlo como una cataplasma durante un día o dos. Pero los extremos son siempre un riesgo y en general resueltamente perniciosos, y el peligro del contacto prolongado con cualquier tipo de poesía que no pertenezca a la que consideramos de primera categoría es enorme. De todos modos me aliviará ver que los poemas de mi hermano salen de ese reducido sector por lo menos durante un tiempo. Siento que mi quemadura es leve, pero extendida. Y lo que considero la base más sólida: durante la mayor parte de su adolescencia y toda su vida de adulto, Seymour se sintió primero atraído por la poesía china y después, con igual profundidad, por la japonesa, y a partir de entonces por ambas más que por ninguna otra poesía en el mundo (1). Desde luego, no tengo manera rápida de saber cuan familiarizado o no está mi querido, pero sacrificado lector común con la poesía china o japonesa. Pero considerando que incluso un breve análisis del tema podría quizá arrojar no poca luz sobre el carácter de mi hermano, no creo que éste sea el momento de ejercer mi reticencia y mi indulgencia. Pienso que los versos clásicos chinos o japoneses son, en su forma más alta, expresiones inteligibles que agradan, iluminan o ensanchan al invitado figón, casi hasta matarlo. Pueden ser, y con frecuencia lo son, especialmente gratos al oído, pero debo decir que por lo general, si el verdadero fuerte de un poeta chino o japonés no reside en reconocer, cuando los ve, un buen níspero, un buen cangrejo o una buena picadura de mosquito en un buen brazo, por largas, insólitas fascinadoras que sean su semántica o sus tripas intelectuales, o por encantadoras que suenen al tañerlas, nadie en el misterioso Oriente lo tomará en serio como poeta, si es que lo considera poeta. Me doy cuenta de que el incesante júbilo interior que siento y que espero haber llamado correctamente aunque con tanta reiteración, felicidad, amenaza con convertir toda esta obra en el soliloquio de un idiota. Pero creo que ni siquiera yo tengo el valor de tratar de explicar qué es lo que hace del poeta chino o japonés la maravilla y el deleite que es. Sin embargo (como si no lo supieras) se me

(1) Como ésta es una suerte de crónica, yo debería farfullar aquí abajo que Seymour leía casi toda la poesía china y japonesa en su idioma original. En otro momento y probablemente —al menos para mí— con una longitud fastidiosa, tendré que hacer hincapié en una curiosa facultad innata, común en cierto grado a los siete hijos de nuestros padres, y tan notoria en tres de nosotros como una cojera, que nos permitía aprender las lenguas extranjeras con suma facilidad. Pero esta nota al pie se dirige sobre todo a los lectores jóvenes. Si en el cumplimiento de mi tarea consigo estimular de paso el interés de algunos jóvenes por la poesía china y japonesa, la recibiré como una muy buena noticia. De todos modos, han de saber los jóvenes, si todavía no lo saben, que una buena cantidad de la mejor poesía china ha sido traducida al inglés con mucha inspiración y fidelidad por varias personas muy distinguidas: Witter Bynner y Lionel Giles son los primeros que recuerdo. Los mejores poemas japoneses cortos —sobre todo los haikú, pero también los senryu— se pueden leer con especial placer cuando los ha vertido R. H. Blyth. Blyth es a veces peligroso, claro, porque él mismo es un viejo poema altanero, pero también es sublime y, de todos modos, ¿quién se acerca a la poesía en busca de seguridad? (Este último ejemplo de pedantería, repito, es para los jóvenes que escriben a los autores y nunca reciben contestación de esas bestias. Además, reacciono en parte en nombre de mi personaje principal, pobre diablo, que también era profesor.)

ocurre algo. (No creo que sea precisamente lo que busco, pero es sencillo, no puedo desecharlo.) Una vez, hace muchísimo tiempo —Seymour y yo teníamos ocho y seis años—, nuestros padres organizaron una reunión para unas sesenta personas en las tres habitaciones y media que ocupábamos en el viejo hotel Alamac, de Nueva York. Se retiraban oficialmente del vaudeville, y la ocasión era conmovedora y solemne a la vez. A nosotros dos se nos permitió levantarnos de la cama a eso de las once de la noche para echar un vistazo. Fue algo más que un vistazo. A petición de los invitados, y sin objeción alguna de nuestra parte, bailamos, cantamos primero por separado y después juntos, como suelen hacerlo los niños en esa situación. Hacia las dos de la madrugada, cuando la gente empezaba a despedirse, Seymour rogó a Bessie, nuestra madre, que le permitiese traer los abrigos de los que se iban. Estaban colgados, doblados, tirados y apilados por todo el pequeño apartamento, incluso al pie de la cama de nuestra hermana menor, que dormía. El y yo conocíamos bien a una docena de invitados, a otros diez de vista o de oídas y el resto eran apenas conocidos o desconocidos del todo. Quiero agregar que cuando todos ellos llegaron, nosotros estábamos acostados. Pero después de haber mirado a los invitados durante unas tres horas, después de sonreírles y, creo, de amarlos, Seymour —sin preguntar nada a nadie— les devolvió a casi todos, de a uno o de a dos y sin cometer ningún error, los respectivos abrigos y a todos los hombres los sombreros. (Con los sombreros de las señoras tuvo algunos problemas.) Con esto no quiero insinuar, necesariamente, que este tipo de hazaña sea típico del poeta chino o japonés, y desde luego no trato de decir que es eso lo que le hace ser lo que es. Pero sí creo que si un poeta chino o japonés no sabe, a simple vista, de quién es cada abrigo, las posibilidades de que su poesía madure son bastante magras. Y creo que los ocho años es la edad límite para ser capaz de esta pequeña hazaña.

(No, no puedo detenerme ahora. Me parece que, en mi situación, no sólo defiendo la posición de mi hermano como poeta; siento que desconecto, al menos por un minuto o dos, los detonadores de todas las bombas de este mundo cruel, una mínima cortesía con el público, puramente circunstancial, sin duda, pero del todo mía.) En general se conviene en que lo que más les gusta a los poetas chinos y japoneses son los temas simples, y me sentiría más tonto que de costumbre si tratara de negar este hecho, pero resulta que yo personalmente odio la palabra «simple» como si fuera veneno, puesto que —por lo menos allí de donde vengo— se aplica por lo general a lo breve sin razón, a lo que en general ahorra tiempo, a lo insignificante, lo desabrido, lo resumido. Dejando de lado mis fobias personales, no creo que exista —a Dios gracias— una palabra, en cualquier idioma, que describa la elección material que opera un poeta chino o japonés. Me pregunto quién es capaz de encontrar la palabra para este tipo de cosa: un miembro del Gabinete, orgulloso, solemne, caminando por el patio de su casa evoca un discurso especialmente devastador que ha pronunciado esa mañana en presencia del emperador, y pisa, *con pesar*, un dibujo a la tinta que alguien ha perdido o tirado. (Ay de mí, tenemos un prosista en el medio; tengo que usar cursivas allí donde el poeta oriental no lo haría.) El gran Issa nos comunicará gozosamente que en el jardín hay una peonía de cara mofletuda. (Ni más ni menos. Si vamos o no a ver la peonía de cara mofletuda, es otra cosa; a diferencia de algunos prosistas y poetastros occidentales, a quienes no puedo permitirme nombrar, Issa no nos vigila.) La sola mención del nombre de Issa basta para convencerme de que, el verdadero poeta no elige su material. Es evidente que el material lo elige a él, no él al material. Una peonía de cara regordeta no se mostrará a nadie más que a Issa —ni a Buson, ni a Shiki, ni siquiera a Basho—. Con ciertas modificaciones prosaicas, la misma regla se aplica al orgulloso y solemne miembro del Gabinete. No se atreverá a pisar, con dolor divinamente humano, un

pedazo de papel de dibujo hasta que llegue a la escena el gran plebeyo, bastardo y poeta, Lao Ti-kao. El milagro del verso chino y japonés es que una pura voz de poeta es absolutamente igual a la de otro y al mismo tiempo completamente distinta. A los noventa años, Tang-li revela, cuando se elogia en su presencia su sabiduría y su caridad, que las hemorroides lo están matando. Un último ejemplo: Ko-huang observa, mientras le ruedan las lágrimas por las mejillas, que su difunto patrón tenía muy malas maneras en la mesa. (Siempre existe el riesgo de ser quizá demasiado brutal con Occidente. Hay una frase en el Diario de Kafka —una de las muchas— que podría servir para presentar el Año Nuevo chino: «La joven que sólo porque caminaba del brazo con su novio miraba con calma a su alrededor.») En cuanto a mi hermano Seymour... ah, sí, mi hermano Seymour. Para este oriental semita celta necesito un párrafo aparte.

En forma extraoficial, Seymour escribió y dijo poesía china y japonesa durante los treinta y un años que pasó con nosotros, pero debo decir que empezó a componerla formalmente una mañana, a los once años, en la sala de lectura del primer piso de una biblioteca pública de Broadway, cerca de nuestra casa. Era un sábado, no había clase, no teníamos por delante nada más urgente que el almuerzo, y nos divertíamos mucho nadando perezosamente o chapoteando sin orden entre las pilas de libros, dedicándonos de vez en cuando y en serio a la pesca de nuevos autores, cuando de repente me indicó que me acercara para ver lo que había encontrado. Había pescado todo un montón de versos de P'iang, esa maravilla del siglo once. Pero, como sabemos, la pesca en bibliotecas o en cualquier otro lugar es muy arriesgada, y no se sabe nunca quién pescará a quién. (Los azares de la pesca en general eran, en sí, un tema favorito de Seymour. Nuestro hermano menor, Walt, de chico, era un gran pescador de alfiler torcido, y para su noveno o décimo cumpleaños recibió un poema de Seymour —creo que fue uno de los placeres más grandes de su vida— acerca de un chico rico que pesca una corvina en el río Hudson, siente un agudo dolor en el labio inferior al recoger el hilo y se olvida del asunto para descubrir al llegar a su casa, cuando el pescado aún sigue vivo en la bañera, que él, el pescado, lleva una gorra de sarga azul con la misma insignia del colegio en la visera que la del muchacho. El chico encuentra una cinta con su propio nombre en el interior de la gorrita mojada.) Desde esa mañana, siempre fue Seymour el pescado. Al llegar a los catorce años, uno o dos miembros de nuestra familia solían revisarle los bolsillos de las chaquetas y los jerseys con cierta regularidad en busca de cualquier cosa buena que hubiese anotado durante una aburrida clase de gimnasia o una larga espera en el consultorio del dentista. (Ha pasado un día desde esta última frase y entretanto he hecho una llamada de larga distancia a mi hermana Boo Boo, en Tuckahoe, para preguntarle si hay algún poema de la primera juventud de Seymour que le gustaría ver incluido en *este* cuento. Ha dicho que me volvería a llamar. Su elección no ha resultado tan conforme a mis propósitos como yo hubiera querido, y por lo tanto es un poco irritante, pero creo que superaré la cosa. El poema que ha elegido, lo sé, fue escrito cuando el poeta tenía ocho años: «John Keats/John Keats/John/Por favor, ponte la bufanda.») A los veintidós años tenía una pila especial, bastante gruesa, de poemas que me parecían muy, pero muy buenos y yo, que nunca en la vida he escrito una frase sin visualizarla en seguida en caracteres de imprenta, lo apremié con cierta agresividad para que tratara de publicarlos en alguna parte. No, él no creía que pudiera. Todavía no; quizá nunca. Eran demasiado poco occidentales, demasiado llenos de lotos. Le parecían levemente insultantes. No sabía con certeza dónde estaban los insultos, pero a veces sentía que los poemas parecían escritos por una suerte de desagradecido, por alguien que daba la espalda a su propio medio y a la gente a quien quería. Decía que se alimentaba de la comida sacada de nuestros grandes refrigeradores, que conducía nuestros coches de ocho cilindros,

que cuando estaba enfermo tomaba sin vacilar nuestros medicamentos y confiaba en que el ejército de Estados Unidos protegería a sus padres y hermanos contra la Alemania de Hitler, y que nada, ni una sola cosa en todos sus poemas, reflejaba eso. Había algo terriblemente equivocado. Dijo que, al terminar un poema, solía pensar en la señorita Overman. Hay que decir que la señorita Overman era la bibliotecaria de la primera biblioteca pública de Nueva York que frecuentamos de niños. Dijo que le debía a la señorita Overman la búsqueda larga y cuidadosa de un tipo de poesía acorde con sus propios criterios no poco curiosos y sin embargo no del todo incompatibles, a primera vista, con los gustos de la señorita Overman. Cuando terminó de decir todo eso, le expliqué con calma y paciencia —quiero decir, a voz en cuello— lo que yo consideraba las limitaciones de la señorita Overman para juzgar o aun para leer poesía. Me recordó entonces que el primer día que fue a la biblioteca pública (solo, y tenía seis años), la señorita Overman, buen o mal juez de poesía, abrió un libro con una lámina de la catapulta de Leonardo y se lo puso por delante, y que para él no era una alegría terminar de escribir un poema y saber que a la señorita Overman le costaría leerlo con gusto o con interés, saliendo, como era probable, de su amado Browning o de su igualmente querido y no menos explícito Wordsworth. La controversia —mi controversia, su discusión— terminó ahí. No se puede discutir con alguien que cree o sospecha con igual pasión que la función del poeta no consiste en escribir lo que debe escribir, sino en escribir lo que escribiría si su vida dependiera de asumir la responsabilidad de escribir lo que debería, j en un estilo que excluyese la menor cantidad humanamente posible de viejas bibliotecarias.

Para los fieles, los pacientes, los herméticamente puros, todas las cosas importantes de este mundo —no la vida y la muerte, quizá, que sólo son palabras, sino las cosas importantes— llegan a realizarse hermosamente. Antes de su fin, Seymour conoció durante más de tres años la satisfacción más profunda que puede sentir un artífice veterano. Encontró una forma de versificación que era la apropiada para él, que respondía a sus exigencias más constantes en materia de poesía en general y que, creo, si la señorita Overman aún estuviera en vida, ella misma encontraría notable, incluso agradable para la vista y con seguridad «interesante», con tal de prestarle una atención tan voraz como la que había otorgado a sus viejos adorados, Browning y Wordsworth. Lo que encontró, lo que elaboró para sí, es muy difícil de describir (1). Para empezar, quizá sea útil decir que Seymour amaba probablemente el clásico haikú japonés de tres líneas y diecisiete sílabas como no amó ninguna otra forma de poesía y que él mismo escribió —sangró— haikú (casi siempre en inglés, pero a veces, espero mencionarlo con la debida reticencia, en japonés, alemán o italiano). Se puede decir, y tal vez se dirá, que los poemas de Seymour del último período se parecen a la versión inglesa de cierto tipo de haikú doble, si es que existe tal cosa, y no creo que me ponga a ergotizar sobre el tema, pero me enferma la alta probabilidad de que algún miembro cansado, pero infatigablemente chistoso del Departamento de Inglés, en 1970 —quizá yo mismo, Dios me ayude--escriba algo divertido, como que un poema de Seymour es al haikú lo que un whisky doble a un whisky sencillo. Y el hecho de que no sea cierto no bastará para detener a un pedante, si piensa que sus alumnos estarán bastante excitados y preparados para oírlo. De todos modos, mientras pueda, lo voy a decir despacio y con cuidado: uno de los últimos poemas de Seymour es de seis líneas, sin ningún acento

1.- La única cosa razonable y normal a esta altura sería plantar delante del lector uno, dos o los ciento ochenta y cuatro poemas, para que los vea. No puedo hacerlo. Ni siquiera estoy seguro de tener el derecho de discutir este asunto. Me está permitido instalarme en los poemas, revisarlos, ocuparme de ellos y al fin elegir un editor de libros bien encuadernados, pero por razones sumamente personales, la viuda del poeta, dueña legal de los poemas, me tea prohibido citar cualquiera de ellos.

especial, pero en general más bien yámbico y, en parte por cariño hacia los maestros Japoneses muertos y en parte por su inclinación natural de poeta de trabajar dentro de ámbitos atrayentes y restringidos, se limita deliberadamente a treinta y cuatro sílabas, o sea, el doble del haikú clásico. Aparte de eso, de los ciento ochenta poemas que están bajo mi techo, ninguno se parece en nada a otra cosa que no sea Seymour. Por decir lo peor, su sonido es tan peculiar como Seymour. Quiero decir que cada poema es tan poco sonoro, tan sereno como él creía que debe serlo, pero hay ráfagas cortas, intermitentes de eufonía (a falta de palabra menos atroz) que me hace el efecto de alguien —con seguridad no del todo sobrio— que abriera la puerta de mi cuarto, soplara en un cornetín tres o cuatro notas de indiscutible dulzura y justeza, y luego desapareciera. (Nunca he conocido a un poeta que diera la impresión de tocar el cornetín en medio de un poema, y menos todavía de tocarlo bellamente, y prefiero ni hablar casi de eso. No hablar nada.) Dentro de esa estructura de seis líneas y de esos extraños armónicos, creo que Seymour hace con un poema exactamente lo que debe hacer. La gran mayoría de los ciento ochenta y cuatro poemas son no sólo livianos sino alegres con desmesura y pueden ser leídos por cualquiera, en cualquier lugar, incluso en voz alta en los orfanatos modernos, durante las noches de tormenta, pero no recomendaría sin reservas los últimos treinta o treinta y cinco poemas a ningún ser humano que no haya muerto por lo menos dos veces en su vida de preferencia lentamente. Mis favoritos, si los tengo, y claro que los tengo, son los dos poemas finales del conjunto. No creo que le dé la lata a nadie si me limito a contar los temas. El penúltimo poema se refiere a una muchacha casada y madre que evidentemente tiene lo que mi viejo manual matrimonial llama relaciones amorosas extraconyugales. Seymour no la describe, pero la mujer entra en el poema justo cuando el cornetín toca algo muy eficaz y la veo muy bonita, bastante inteligente, muy desdichada, viviendo quizá a una o dos calles del Museo Metropolitano de Arte. Una noche vuelve a su casa muy tarde de una cita —me la imagino, los ojos velados, el lápiz labial corrido— y encuentra sobre el cubrecama un globo. Alguien lo ha dejado allí, simplemente. El poema no lo dice, pero no puede ser sino un gran globo de juguete inflado, tal vez verde como el Central Park en primavera. El otro poema, el último de la colección, se refiere a un joven viudo que vive en un suburbio, y se sienta una noche en el cantero de césped con pijama y bata, para mirar la luna. Un gato blanco, aburrido, sin duda miembro de la casa, que casi seguro ha sido un personaje clave en la familia, se le acerca, se hace un ovillo y él le deja que le muerda la mano izquierda mientras mira la luna. Este último poema podría tener un interés especial para mi lector común por dos razones particulares. Me interesaría mucho analizarlas.

Como es propio de la mayor parte de la poesía y encuadra decididamente en toda aquella que tiene una marcada «influencia» china o japonesa, todos los versos de Seymour son todo lo despojado que quepa imaginar y siempre sin adornos. Sin embargo, hace unos seis meses, mi hermana menor, Franny, vino a visitarme un fin de semana y mientras hurgaba como por casualidad en los cajones de mi escritorio, encontró ese poema del viudo que (criminalmente) acabo de contar; estaba separado del resto de la colección porque debía ser mecanografiado de nuevo. Por razones que no vienen estrictamente al caso en este momento, Franny nunca había visto ese poema y, claro, lo leyó en seguida. Más tarde, hablándome de él, se preguntó por qué Seymour había escrito que fue la mano izquierda la que el joven viudo se dejó morder por el gato. Eso la molestaba. Dijo que ese asunto de la «izquierda» le parecía más propio de mí que de Seymour. Aparte, por supuesto, de la calumniosa crítica a mi pasión profesional cada vez mayor por el detalle, creo que quiso

decir que el adjetivo la impresionaba por importuno, demasiado explícito y poco poético. Se lo discutí y, con franqueza, estoy dispuesto a discutirlo a *ti* también, si es necesario. Estoy convencido de que Seymour consideró esencial sugerir que fue la izquierda, la mano de menor importancia, la que el joven viudo se dejó morder por los agudos dientes del gato, reservando así la mano derecha para golpearse el pecho o la frente, análisis que quizá muchos lectores consideren muy, pero muy tedioso. Y es posible que lo sea. Pero yo sé lo que pensaba mi hermano acerca de las manos. Además, la cosa tiene otro aspecto muy importante. Tal vez parezca de mal gusto entrar en detalles —sería como insistir en leerle a un extraño, por teléfono, el libreto entero de *La rosa irlandesa de Abie*—, pero Seymour era medio judío, y si bien no puedo hablar del tema con la absoluta autoridad del gran Kafka, conjeturo con sobriedad, a los cuarenta años que tengo, que cualquier hombre inteligente con mucha sangre semita en las venas, vive o ha vivido en términos de curiosa intimidad, casi de conocimiento mutuo, con sus manos, y aunque pueda pasarse años enteros con las manos —metafórica o literalmente hablando— en los bolsillos (a veces como si fueran dos amigos o parientes peleadores que prefiere no llevar a la fiesta), las usará, creo, las sacará con gusto en una crisis, hará con ellas algo drástico en una crisis, como lo es mencionar, sin poesía, en medio de un poema, que fue la mano izquierda la que el gato mordió, y la poesía es con seguridad una crisis, posiblemente la única punible que podemos considerar propia. (Pido perdón por esta verborragia. Por desgracia es probable que haya más.) La segunda razón para pensar que ese poema en especial podría tener un interés más, espero que real, para mi lector común, es la curiosa fuerza personal que se había metido en él. Nunca he visto impreso nada parecido, y podría mencionar con imprudencia que desde mi primera infancia hasta después de los treinta años rara vez leí menos de doscientas mil palabras por día y a menudo casi cuatrocientas mil. A los cuarenta, lo admito, es raro que sienta siquiera ganas de picar algo, y cuando no tengo que revisar composiciones de inglés, sean de mis alumnos o mías, por lo común leo muy poco, salvo ásperas tarjetas postales de mi familia, catálogos de semillas, boletines de ornitólogos (de uno u otro tipo) y punzantes notas tipo «Que te mejores pronto», de mis viejos lectores, que han sacado de algún lado la falsa información de que me paso seis meses del año en un monasterio budista y los otros seis en un sanatorio para enfermos mentales. Pero el orgullo del que no es lector, bien me doy cuenta —o para el caso, el orgullo de un menguado consumidor de libros— es aún más ofensivo que el orgullo de ciertos lectores voraces, y por *lo tanto* he tratado (creo que lo digo en serio) de mantener algunas de mis vanidades literarias más viejas. Una de las más crasas es que por lo general puedo decir si un poeta o prosista se basa en una experiencia de primera, segunda o décima mano, o si nos impone lo que él quisiera considerar pura invención. Sin embargo, cuando leí por primera vez en 1948 el poema sobre el joven viudo y el gato blanco —o mejor dicho, cuando lo escuché, sentado— me fue muy difícil creer que Seymour no hubiese enterrado por lo menos una esposa que nadie en la familia había conocido. Claro, no era así. Por lo menos (y los primeros rubores, si los hay, serán del lector y no míos), en esta encarnación no. Tampoco, a juzgar por mi conocimiento bastante amplio y un tanto serpentino de este hombre, tuvo trato íntimo alguno con un viudo joven. Para hacer un último y no bien considerado comentario sobre el tema: él mismo estaba tan lejos de ser un viudo como puede estarlo un joven varón norteamericano. Y si bien es posible que en raros momentos de tormento o regocijo, todo hombre casado —sin excluir a Seymour, claro está, aunque sea sólo por razones de argumentación— piense cómo sería la vida sin su mujercita (queda implícito que un buen poeta es capaz de escribir una bonita elegía a partir de este tipo de fantaseo), esa posibilidad me parece agua para el molino de los psicólogos y en definitiva se sale de mi tema. Lo que sostengo, e intentaré, contra las posibilidades habituales, no

insistir en ello, es que cuanto más personales parecen ser o *son* los poemas de Seymour, tanto menos revelador es su contenido de todos los detalles conocidos de su vida diaria en este mundo occidental. Mi hermano Waker asegura (y esperemos que no llegue nunca a oídos de su abad) que Seymour, en muchos de sus mejores poemas, parece arrancar de los altibajos de existencias anteriores singularmente memorables en las afueras de Benarés, en el Japón feudal y en la Atlántida metropolitana. Me detengo, por supuesto, para que el lector tenga oportunidad de alzar los brazos o, lo que es más probable, de lavarse las manos para quedar limpio de todos nosotros. Sin embargo, me imagino que todos los miembros vivientes de nuestra familia, con bastante volubilidad, estarán de acuerdo con Waker en esto, aunque uno o dos, es posible, con ligeras reservas. Por ejemplo, la tarde del día de su suicidio, Seymour escribió un haikú redondo, de estilo clásico, en el papel secante que cubría el escritorio, en su habitación del hotel. No estoy demasiado satisfecho de mi traducción literal de ese poema —lo escribió en japonés—, pero se refiere brevemente a una niñita que viaja en avión con su muñeca, y le hace volver la cabeza para que mire al poeta. Más o menos una semana antes de escribir el poema, Seymour había viajado en avión y mi hermana Boo Boo sugirió, con cierta perfidia, que quizá hubiese habido una niñita con su muñeca en el avión. Yo lo dudo. No del todo, pero lo dudo. Y si así fuera —y no lo creo ni por un momento—, apostarí a que nunca se le hubiera ocurrido a la niña torcer la cabeza de la muñeca hacia Seymour.

¿Estaré hablando demasiado de la poesía de mi hermano? ¿Soy demasiado charlatán? Sí. Sí. Hablo demasiado de la poesía de mi hermano. Soy demasiado charlatán. Y me preocupa. Pero mis razones para no dejar de hacerlo se multiplican en el camino como conejos. Además, aunque soy, como ya lo he dicho a los cuatro vientos, un escritor feliz, juro que ni ahora ni nunca he sido un autor alegre; me ha sido concedida, misericordiosamente, la habitual cuota profesional de pensamientos tristes. Por ejemplo, no se me ha ocurrido en este preciso momento que, cuando haya llegado a contar lo que sé del mismo Seymour, no me quedará ni el espacio ni el pulso necesario para mencionar su poesía, ni, en un sentido general, pero real, inclinación por ello. En este mismo instante, alarmado, mientras me sujeto la muñeca y me sermoneo sobre la verbosidad, estoy quizá perdiendo la oportunidad de mi vida —la última, creo— de hacer una última declaración pública, bronca, inadmisiblemente, arrasadora, acerca de la posición de mi hermano como poeta norteamericano. No puedo dejarlo pasar. Aquí está: cuando recuerdo, cuando escucho a la media docena, o pocos más, de poetas originales que hemos tenido en Norteamérica, así como a los numerosos poetas excéntricos de talento y, sobre todo en los tiempos modernos, los muchos estilistas extraviados y dotados, siento a veces la casi convicción de que hemos tenido sólo tres o cuatro poetas casi no precedidos, y creo que Seymour quedará eventualmente incluido entre ellos. *Verstandlich*, no de un día para otro. *Zut*, ¿qué le vas a hacer? Conjeturo, y quizá sea una conjetura notoria y excesivamente ponderada, que las primeras olas de críticos condenarán en forma indirecta sus versos calificándolos de Interesantes o Muy interesantes, con la tácita o simplemente poco coherente declaración, aún más condenatoria, de que son unas cositas sub-acústicas que no han logrado llegar a la escena occidental contemporánea subidas a su propio podio trasatlántico que incluye atril, vaso y jarro de agua de mar helada. Sin embargo, lo he notado, un verdadero artista puede sobrevivir a todo (aun a los elogios, sospecho con felicidad). Y recuerdo también que hace tiempo, cuando éramos niños, Seymour me despertó de un sueño profundo, muy excitado, con su pijama amarillo centelleando en la oscuridad. Tenía lo que mi hermano Walt llamaba su mirada de Eureka, y quería decirme que creía saber al fin por qué Cristo dijo que no se

debe tratar a nadie de Tonto. (Este problema lo había tenido perplejo toda la semana, porque le parecía un consejo más típico de un manual de urbanidad que de alguien industriosamente ocupado en los Negocios de su Padre.) Cristo lo había dicho, Seymour pensó que me interesaría saberlo, porque no hay tontos. Bobos sí, tontos no. Le pareció que valía la pena despertarme para decírmelo, pero si yo lo reconocía (y lo hago sin reservas), tendría que conceder que, si se les da tiempo suficiente, aun los críticos de poesía demostrarán que no son tontos. Para decir verdad, es una idea que me resulta difícil de aceptar, y agradezco poder seguir adelante. He llegado por fin al verdadero núcleo de esta disertación compulsiva y a veces, me temo, algo pustulosa, sobre la poesía de mi hermano. Desearía, por el amor de Dios, que el lector tuviese algo terrible que decirme primero. (Ah, tú, ahí afuera, con tu envidiable silencio dorado.)

Tengo una premonición recurrente y desde 1959 casi crónica de que, cuando los poemas de Seymour sean reconocidos amplia y oficialmente como de Primera Categoría (y estén apilados en las bibliotecas universitarias y sean temas de cursos sobre Poesía Contemporánea), los alumnos y alumnas llamarán a mi crujiente puerta, solos o de a dos, con los cuadernos preparados. (Es lamentable que haya que referirse a este asunto, pero es demasiado para fingir un candor, por no decir una gracia, que no tengo, y debo revelar que merced a mi prosa cordial, estoy consagrado como el erudito a la violeta más querido después de Ferris L. Monahan, y muchos otros jóvenes del Departamento de Inglés ya saben dónde vivo, dónde me escondo; puedo comprobarlo por las huellas de los neumáticos en mis canteros de rosas.) En conjunto puedo decir, sin sombra de vacilación, que existen tres tipos de estudiantes provistos no sólo del deseo sino del coraje de ir a mirar sin intermediarios cualquier obra literaria. Pertenecen al primer tipo el muchacho o la muchacha que aman y respetan con frenesí toda clase de literatura más o menos responsable y que, si no son capaces de entender claramente a Shelley, se las arreglarán para buscar fabricantes de productos estimables, pero de inferior calidad. Conozco bien a estas chicas y muchachos, o creo conocerlos bien. Son candorosos, llenos de vida, entusiastas, en general nunca aciertan y constituyen siempre la esperanza de la sociedad literaria —*blasée* o con intereses creados— de todo el mundo. (Por una buena suerte que no creo merecer, he tenido durante los doce últimos años en que he enseñado a algunos de esos muchachos o muchachas con frecuencia encantadores, efervescentes, arrogantes, exasperantes, instructivos.) El segundo tipo de joven que de hecho va de puerta en puerta buscando información literaria, sufre, con un dejo de orgullo, de academicitis contraída con cualquiera de la media docena de profesores o ayudantes de inglés moderno a quien ha estado expuesto desde el primer año de estudios. A menudo, si él mismo ya enseña o está a punto de empezar a enseñar, la enfermedad ha avanzado tanto que es dudoso que pueda detenerla incluso alguien con perfecta competencia. Apenas el año pasado, por ejemplo, un joven vino a verme por algo que escribí hace varios años referente en gran parte a Sherwood Anderson. Llegó en momentos en que yo cortaba parte de mi provisión de leña para el invierno con una sierra mecánica accionada con gasolina, instrumento que me aterra a pesar de haberlo usado durante ocho años. Era la culminación del deshielo primaveral, un lindo día soleado y francamente me sentía un poco Thoreau (un verdadero placer para mí que, aunque hace trece años que vivo en el campo, todavía calculo las bucólicas distancias en manzanas neoyorquinas.) En pocas palabras, se anunciaba una tarde prometedor, aunque literaria, y recuerdo que tenía grandes esperanzas de-convencer al joven, tipo Tom Sawyer con su bote de pintura, de que le diera un empujoncito a mi sierra mecánica. Parecía saludable por no decir fornido. Pero su aire engañoso casi me costó el pie izquierdo, pues entre los zumbidos y explosiones de la sierra, justo cuando terminaba de pronunciar un corto elogio, para mí bastante divertido, del estilo

suave y eficaz de Sherwood Anderson, el joven me preguntó —después de una pensativa pausa cruelmente promisorio— si yo creía en la existencia de un *Zeitgeist* norteamericano endémico. (Pobre muchacho. Aunque se cuide muchísimo, no tiene por delante más de cincuenta años de actividad venturosa en la universidad.) El tercer tipo de persona que aparecerá con bastante frecuencia por aquí una vez que todos los poemas de Seymour estén desembalados y rotulados exige un párrafo aparte.

Sería absurdo decir que la atracción que la mayoría de los jóvenes sienten por la poesía queda superada de lejos por la atracción que ejercen aquellos pocos o muchos detalles de la vida de un poeta que podríamos definir aquí, en general, con fines prácticos, como funestos. Es ese tipo de noción absurda, sin embargo, que alguna vez no me molestaría sacar a dar una buena vuelta académica por la universidad. Estoy convencido, de todos modos, de que si llegara a pedirles a las sesenta chicas de mis dos clases de Composición Literaria — casi todas ellas alumnas del último curso y todas especializadas en literatura inglesa— que citen un verso, un verso cualquiera de *Ozymandias*, o que me digan más o menos de qué trata el poema, es dudoso que diez de ellas sean capaces de hacer lo uno o lo otro, pero apostaría mis tulipanes aún sin brotar que unas cincuenta podrían decirme que Shelley era partidario del amor libre, y que una de sus mujeres escribió *Frankenstein* y la otra se ahogó (1). Aclaro que la idea no me choca ni me ofende. Ni siquiera me quejo. Porque si nadie es tonto, yo tampoco lo soy, y tengo el derecho a la suerte de conocimiento dominical del que no es tonto y que, quienesquiera que seamos y a pesar del calor como de horno de las velas de nuestra torta de cumpleaños, y de las presuntas alturas intelectuales, morales y espirituales que hayamos alcanzado, hace que nuestro afán por lo espeluznante o en parte espeluznante (lo que, por supuesto, incluye los chismes grandes y pequeños) sea probablemente el último de nuestros apetitos carnales en quedar saciado o contenido. (Pero, Dios mío, ¿por qué sigo desvariando? ¿Por qué no voy directamente al poeta para ilustrar el caso? Uno de los ciento ochenta y cuatro poemas de Seymour —la primera vez un folletín que sacude; la segunda el himno triunfal de lo viviente más alentador que jamás haya leído— se refiere a un distinguido y viejo asceta que, tendido en su lecho de muerte, rodeado de sacerdotes que cantan y de discípulos, se esfuerza por oír lo que dice en el patio la lavandera con respecto al lavado de la vecina. Seymour muestra al anciano con claridad, siente el vago deseo de que los sacerdotes bajen un poco la voz.) Veo, sin embargo, que tengo quizá la misma dificultad de siempre cuando trato de que una generalización muy oportuna se quede quieta y dócil el tiempo suficiente para servir de apoyo a un supuesto concreto y descabellado. No es que me encante ser razonable en esto, pero supongo que debo serlo. Me parece indiscutible que en todo el mundo una buena cantidad de personas de distintas edades, culturas y dones naturales responden con un ímpetu muy especial, en

1.- Es posible que esté poniendo en aprietos, sin necesidad, a mis alumnos, con el solo fin de llegar a lo que quiero. Los profesores ya lo han hecho. O posiblemente he elegido mal el poema. Si fuera cierto, como he planteado con perversidad, que *Ozymandias* ha dejado a mis alumnos resueltamente indiferentes, quizá la culpa sea del propio *Ozymandias*. Quizá el Loco de Shelley no fuese bastante loco. De todos modos, sin duda su locura no era una locura del corazón. Mis alumnas saben, por cierto, que Robert Burns se emborrachaba y andaba demasiado de juerga, y lo más probable es que eso les encante, pero estoy igualmente seguro de que lo saben todo acerca del fabuloso ratón campesino que sacó de la tierra con su arado. (¿Es posible, me pregunto, que esas "dos enormes piernas de piedra, sin tronco", que están en el desierto, sean las del mismo Percy? ¿Es imaginable que su vida sobreviviera a muchos de sus poemas? Y en ese caso, es porque... Bueno, desisto. Pero cuidado, jóvenes poetas. Si queréis que recordemos vuestros mejores poemas con tanto cariño por lo menos como vuestros chispeantes y pintorescas vidas, sería bueno que nos presentarais un buen ratón campesino, iluminado por el sentimiento, en cada estrofa.)

algunos casos casi con fruición, a los artistas y poetas que, aparte de ser famosos por haber producido gran arte o arte de buena calidad, tienen una personalidad ostentadamente equivocada, una falla espectacular del carácter o de la ciudadanía, una aflicción o adición de un romanticismo explicable: extremo egocentrismo, infidelidad matrimonial, sordera total, ceguera completa, una sed terrible, una tos peligrosa, flaqueza por las prostitutas, parcialidad con el adulterio o el incesto en gran escala, debilidad garantizada o no por el opio o la sodomía, etcétera. Dios perdone a los pobres diablos solitarios. Si el suicidio no figura a la cabeza de la lista de dolencias de los creadores, no se puede dejar de observar que el poeta o el artista suicida es siempre objeto de ávida atención, no pocas veces por razones casi exclusivamente sentimentales, como si fuera (por decirlo de una manera mucho más horrible de lo que realmente deseo) el perrito enano orejas caídas de la camada. De todos modos es pensamiento *al fin expresado*, que me ha hecho perder muchas veces el sueño y es posible que me lo haga perder de nuevo.

(¿Cómo puedo decir lo que acabo de decir y seguir siendo feliz? Pero lo soy. No tengo la menor jovialidad, la menor alegría, pero mi inspiración *parece* a prueba de pinchazos. Recuerda a sólo una persona de las que he conocido en mi vida.) No te puedes imaginar los grandes planes, como para frotarse las manos, que tenía para el espacio que sigue. Sin embargo parecen destinados a causar una exquisita impresión en el fondo del cubo de la basura, pretendía aquí aligerar los dos últimos párrafos nocturnos con algunos chistes soleados, un par de esas bromas desopilantes que tan a menudo ponen verdes de envidia o de náusea a mis colegas *raconteurs*. Era mi propósito, justo aquí, decirle al lector que cuando vinieran, o si vinieran a verme algunos jóvenes para saber de la vida o de la muerte de Seymour, una curiosa aflicción personal de mi parte haría, ay de mí, que ese público fuese totalmente imposible. Mi plan era mencionar —de paso, porque el tema, espero, será desarrollado algún día en forma interminable— que Seymour y yo, de niños, nos pasamos casi siete años participando en un concurso de la radio y que, desde que dejamos oficialmente el programa, las personas que me preguntan la hora me provocan exactamente los mismos sentimientos que tiene Betsey Trotwood hacia los burros. Después tenía intención de contar que, al cabo de casi doce años de enseñar en la facultad, sufro ahora, en 1959, frecuentes ataques de lo que mis colegas profesores tienen la halagadora gentileza de llamar la enfermedad de Glass —dicho con palabras profanas, un espasmo patológico de la región lumbar y el bajo vientre que lleva al catedrático, en sus momentos libres, a encogerse y eructar de prisa la calle, o a esconderse detrás de los muebles grandes cuando ve acercarse a cualquier persona de menos de cuarenta años—. Pero ninguna de las salidas me será útil aquí. Hay una buena dosis de maligna verdad, pero no bastante. Porque el hecho terrible e indudable que se me ha aparecido entre líneas es que *estoy ansioso* por hablar, por contestar preguntas, por ser interrogado acerca de ese muerto. Acabo de comprender que, aparte de otros muchos motivos —quiera Dios, menos viles—, estoy clavado por la vanidad, común en el sobreviviente, de ser la única persona que conocía de modo íntimo al difunto. *Oh, déjalos venir*. deja venir a los inexpertos y los entusiastas, a los académicos, a los curiosos, a los altos y los bajos a los sabelotodo! Deja que vengan en autobuses atestados, déjalos caer en paracaídas con sus Leicas Mi cerebro bulle de benévolos discursos de acogida. Una mano ya se tiende hacia el paquete de detergente y la otra hacia las tazas de té sucias. El ojo inyectado en sangre despeja el ambiente. *La vieja alfombra roja está puesta*.

Un asunto muy delicado, ahora. Algo *vulgar*, es cierto, pero delicado, muy delicado. Considerando que este asunto no puede aparecer más adelante con todos los detalles que serían de desear, creo que el lector debe saber ahora mismo y de preferencia tener en cuenta hasta el final que todos los miembros de nuestra familia fueron, son, descendientes de una doble fila asombrosamente larga y abigarrada de artistas de variedades. Casi todos — genéticamente hablando o rezongando— cantamos, bailamos y (¿lo dudas?), contamos Chistes Divertidos. Pero creo que es muy importante tener presente —como lo hacía Seymour, aun en su infancia— que también hay entre nosotros una gran mezcla de gente de circo y de otra que, por así decirlo, le anda cerca. Uno de mis bisabuelos (y también de Seymour), por dar un ejemplo bien jugoso, era un payaso judío polaco bastante célebre, llamado Zozo, aficionado —hasta el fin, es fatal deducirlo— a zambullirse desde enormes alturas en pequeños recipientes con agua. Otro de los bisabuelos, mío y de Seymour, un irlandés llamado MacMahon (a quien mi madre, dicho sea en su eterna alabanza, nunca incurrió en la tentación de llamar «el muy querido»), era un trabajador independiente que solía obtener en un prado un par de octavas con botellas de whisky vacías y entonces, cuando se había juntado un grupo dispuesto a pagar, bailaba con bastante ritmo, nos cuentan, sobre los flancos de las botellas. (Así que seguramente me creerás si te digo que tenemos, entre otras cosas, más de una flor de chiflado en el árbol de la familia.) Nuestros padres, Les y Bessie Glass, hacían un número de canto, baile y palabrerío bastante convencional, pero (creemos *nosotros*) buenísimo, en teatros de vaudeville y de variedades, y llegaron casi a ser cabeza de cartelera en Australia (donde Seymour y yo pasamos, siempre encerrados, dos años de nuestra primera infancia) pero después llegaron a tener una fama más que mediana en los viejos círculos de Pantages y Orpheum, aquí en Norteamérica. A juicio de no poca gente, hubiesen podido seguir siendo un equipo de vaudeville durante mucho más tiempo. Pero Bessie tenía sus propias ideas. No sólo había tenido siempre un don para prever el futuro —en 1925, el vaudeville con dos funciones diarias estaba a punto de terminar, y Bessie, como madre y bailarina, se oponía con firmeza a los cuatro espectáculos cotidianos que ya se daban en los grandes, nuevos y proliferantes palacios de cine y vaudeville combinados—; pero lo más importante es que siendo todavía niña, en Dublín, murió su hermana melliza, entre bastidores, de desnutrición galopante, y desde entonces la Seguridad, de cualquier tipo que fuese, ya ejercía sobre ella una atracción fatal. De todos modos, en la primavera de 1925, al final de un discreto ciclo de representaciones en el Albee de Brooklyn, con cinco niños enfermos de sarampión en las tres habitaciones y media no precisamente suntuosas del viejo hotel de Manhattan y la idea de estar otra vez embarazada (resultó un error; los menores de la familia, Zooey y Franny, no nacieron hasta 1930 y 1935, respectivamente), Bessie recurrió de pronto a un admirador desinteresado e «influyente», y mi padre consiguió un empleo que durante años y años, sin variar, llamó, sin temor alguno de que alguien de la casa lo contradijera, jefe administrativo de la radio comercial, y la prolongada gira de Gallagher y Glass quedó oficialmente terminada. Lo que sobre todo estoy tratando de hacer es encontrar el modo más seguro de explicar que este curioso patrimonio de candilejas teatrales y circenses fue una realidad casi ubicua y llena de sentido en la vida de los siete hijos de nuestros padres. Los dos menores, como dije, son actores profesionales. Pero no se puede trazar aquí una línea *gruesa*. La mayor de mis dos hermanas, según todas las apariencias, está instalada en su casa de las afueras, es madre de tres niños y copropietaria de un garaje para dos coches, pero en momentos de suprema alegría baila, casi literalmente, como si en ello le fuese la vida; la he visto, con horror, hacer un número de zapateo bastante aceptable con una sobrina mía de cinco días de edad en los brazos. Mi hermano menor, Walt, que murió en un accidente, en Japón, después de la guerra (y de quien

me propongo decir aquí lo menos posible, si he de terminar estas páginas), también era bailarín en un sentido quizá menos espontáneo, pero mucho más profesional que mi hermana Boo Boo. Su mellizo —nuestro hermano Waker, nuestro monje, nuestro cartujo de clausura— canonizó de chico, en privado, a W. C. Fields y solía hacer juegos de prestidigitación delante del retrato de aquel inspirado y turbulento pero más bien santo varón, utilizando, entre otras muchas cosas, cajas de cigarros; y lo hizo horas enteras, hasta llegar a adquirir una destreza fantástica. (Según el rumor familiar, quedó en un principio excluido del claustro —quiero decir, relevado de sus tareas de hermano seglar en Astoria— para liberarlo de la persistente tentación de administrar la oblea sacramental dando dos o tres pasos atrás para dispararla, trazando un hermoso arco, por encima de su hombro izquierdo, hasta la boca del feligrés.) En cuanto a mí —prefiero hablar de Seymour al final—, cae de su peso, estoy seguro, que yo también sé bailar un poco. A pedido, por supuesto. Aparte de eso, siento a menudo que mi bisabuelo Zozo vela por mí, aunque en forma algo errática; siento que se encarga misteriosamente de que yo no tropiece con mis bolsudos pantalones de payaso cuando camino por el bosque o entro en clase, y tal vez también se ocupa de que mi nariz de masilla apunte al este cuando me siento delante de la máquina de escribir.

Nuestro Seymour, al fin no vivió ni murió afectado por sus «antecedentes» menos que el resto de nosotros. Como ya he dicho, si bien creo que sus poemas no podrían ser más personales o revelarlo de un modo más completo, escribe cada uno de ellos sin perder ni un solo hecho de verdad autobiográfico, aunque tenga a la Musa de la Alegría Absoluta encaramada sobre sus hombros. Lo cual, diría yo, aunque tal vez no sea del gusto de todos, es vaudeville altamente literario, el primer número tradicional, el hombre que hace equilibrios con las palabras, con las emociones en lo alto de un cornetín dorado que apoya en el mentón en vez de usar el bastón habitual, la mesa cromada y la copa de champán llena de agua. Pero debo decirte algo mucho más explícito y esencial. Lo he estado esperando: en Brisbane, en 1922, cuando Seymour y yo teníamos cinco y tres años, Les y Bessie aparecieron durante dos semanas en el mismo espectáculo de Joe Jackson, el formidable Joe Jackson de la niquelada bicicleta circense cuyo resplandor, mayor que el del platino, llegaba hasta la última fila del teatro. Unos cuantos años después, a poco de comenzar la Segunda Guerra Mundial, cuando Seymour y yo acabábamos de mudarnos a nuestro pequeño apartamento neoyorquino, nuestro padre —Les, como le llamaremos en adelante— vino a vernos una noche, al regresar a su casa después de jugar a las cartas. Era evidente que había estado de malas toda la tarde. Llegó, en fin, con la implacable decisión de quedarse con el abrigo puesto. Se sentó. Miró los muebles, ceñudo. Me hizo volver la mano para ver si tenía huellas de nicotina en los dedos; después le preguntó a Seymour cuántos cigarrillos fumaba por día. Creyó encontrar una mosca en el vaso de whisky. Por fin cuando, por lo menos a mi juicio, la conversación se iba derecho al diablo, se levantó bruscamente y fue a mirar una foto de él y de Bessie recién clavada en la pared. La miró sombrío durante un minuto entero por lo menos, se volvió con una brusquedad que nadie en la familia hubiera considerado extraordinaria y le preguntó a Seymour si se acordaba de cuando Joe Jackson le hizo dar varias vueltas por el escenario montado en el manillar de la bicicleta. Seymour, sentado en el otro extremo del cuarto en un viejo sillón de pana, fumando un cigarrillo, con camisa celeste, pantalón gris, mocasines con los talones rotos y un tajo hecho al afeitarse del lado de la cara que yo veía, contestó inmediata y gravemente, con ese modo especial que tenía para contestar siempre las preguntas de Les como si fueran, por encima de todas, las que prefería contestar. Dijo que no estaba seguro de haberse bajado jamás de la hermosa bicicleta de Joe Jackson. Y además del enorme valor sentimental que tuvo para mi padre, esta respuesta fue, en muchos sentidos, la verdad, la verdad, la verdad.

Entre este párrafo y el anterior han pasado, han transcurrido, poco más de dos meses y medio. Un pequeño boletín que transmito gesticulando un poco, porque lo veo como si insinuara que siempre uso una silla para trabajar, bebo más de treinta tazas de café negro en las Horas de Composición y me hago todos los muebles en el tiempo libre; en una palabra, tiene el tono del hombre de letras que no se opone a analizar con el entrevistador del Suplemento Bibliográfico Dominical sus hábitos de trabajo, sus *hobbies* y sus debilidades humanas más publicables. No estoy tratando de contar nada *intime* aquí. (No me quito el ojo de encima. Me parece que este escrito nunca ha corrido tanto peligro de adquirir la informalidad de la ropa interior.) He marcado una gran separación entre los párrafos para informar al lector que acabo de levantarme de la cama después de nueve semanas de hepatitis aguda. (Ya ves lo que quiero decir con la alusión a la ropa interior. Este último comentario está copiado literalmente, casi textual, de un *burlesque de* Minsky. Cómico Segundo: «He estado en cama nueve semanas con una hermosa hepatitis.» Cómico Primero: «Qué suerte, ¿con cuál de ellas? Las dos chicas Hepatitis son guapas.» Si éste es el certificado de buena salud que me han prometido, déjame buscar un rápido camino de vuelta al Valle de los Enfermos.) Cuando confieso ahora, como seguramente debo hacerlo, que estoy levantado y activo desde hace casi una semana, las mejillas otra vez de color de rosa, me pregunto si el lector interpretará mal mi confianza —sobre todo, creo, en dos sentidos—. Primero: ¿creerá que es un leve reproche por haberse olvidado de llenar de camelias mi cuarto de enfermo? (Todos se sentirán aliviados al enterarse, es una suposición segura, de que se me está acabando el humor de minuto a minuto.) Segundo: ¿pensará él, el lector, basándose en esta Constancia de Enfermedad, que mi felicidad personal —alabada con tanta minucia al comienzo de esta obra— tal vez no era felicidad sino simplemente un trastorno hepático? Esta segunda posibilidad me preocupa muy en serio. Cierto que me hacía feliz escribir esta Introducción. A mi manera indolente, fui milagrosamente feliz durante la hepatitis. Y me hace feliz decir que, en este momento, estoy en éxtasis de felicidad. Con lo cual no quiero negar (y creo que voy llegando a la verdadera razón por la cual he construido esta vitrina para mi pobre y viejo hígado), con lo cual no quiero negar, repito, que mi enfermedad me haya dejado una sola deficiencia terrible. Odio los cortes dramáticos de todo corazón, pero supongo que en este caso necesito un nuevo párrafo.

La primera noche, justo la última semana, que me sentí sano y fuerte como para seguir escribiendo esta Introducción, me di cuenta de que había perdido no la inspiración sino los recursos necesarios para seguir escribiendo acerca de Seymour. *El había crecido demasiado durante mi ausencia*. Casi increíble. El gigante manejable que era antes de mi enfermedad había pegado un estirón en esas nueve cortas semanas para convertirse en el ser humano más familiar de mi vida, la única persona siempre demasiado grande para acomodarla en el formato del papel común de máquina, en todo caso, del mío. Para decirlo con franqueza, sentí pánico, y lo sentí durante las cinco noches siguientes. Pero creo que no debo pintarlo más negro de lo que es. Porque ocurre que hay una pasmosa luz de esperanza. Déjame contarte, sin más, qué fue lo que hice esta noche por lo cual siento que mañana podré seguir trabajando de modo quizá más grande, más descarado y más objetable que nunca. Hace unas dos horas leí simplemente una vieja carta personal —para ser más exacto, unas notas bastante largas— que había encontrado en el plato del desayuno una mañana de 1940. Debajo de un medio pomelo, para ser más preciso. Dentro de unos instantes voy a tener el

inefable («placer» no es la palabra que busco), el inefable Blanco para copiar aquí esas largas notas palabra por palabra. (¡Oh dichosa hepatitis! Nunca he conocido una enfermedad —o pena, o desastre— que en su momento no se haya desplegado como una flor o una buena nota. Lo único que se nos pide es que sigamos mirando. A los once años, Seymour dijo una vez en la radio que lo que más le gustaba de la Biblia era la palabra ¡MIRA!) Pero antes de llegar al punto principal me corresponde atender a algunos detalles circunstanciales. Esta oportunidad puede no volver a presentarse.

Parece una omisión importante, pero no creo haber dicho que fuera en mí una costumbre, una compulsión, ensayar, toda vez que fuese factible, y a menudo no lo era, mis nuevos cuentos con Seymour. Quiero decir, leérselos en voz alta. Es lo que hice, *molto agitato*, con un Período de Descanso para todos evidentemente necesario, obligatorio, al final. Lo que quiero decir es que Seymour siempre se abstenía de hacer comentarios cuando se dejaba de escuchar mi voz. En cambio solía mirar el techo durante cinco o diez minutos —siempre se tendía en el suelo cuando se trataba de una Lectura—, después se levantaba (a veces), golpeaba suavemente el piso con un pie que se le había quedado dormido, y salía de la habitación. Más tarde —por lo general unas horas después, días en una o dos ocasiones— escribía algunas notas en un pedazo de papel o en el embalaje de una camisa y las dejaba sobre mi cama o en mi lugar en la mesa del comedor (muy rara vez me las mandaba por correo). Las que siguen son algunas de sus breves críticas. (Esta es una preparación, para decirlo con franqueza. No veo la razón para negarlo, aunque tal vez debería hacerlo.)

«Horrible, pero justo. Una honesta Cabeza de Medusa.»

«Ojalá lo supiera. La mujer está muy bien, pero el pintor parece obsesionado por tu amigo, el hombre que pintó el retrato de Ana Karenina en Italia. Es una obsesión maravillosa, la mejor, pero tú tienes tus propios pintores irascibles.»

«Creo que habría que rehacerlo, Buddy. El médico está tan bien, pero me parece que empieza a gustarte demasiado tarde. Durante toda la primera mitad espera en el frío de afuera que llegue el momento de gustarle, y sin embargo, es tu personaje principal. Consideras su agradable diálogo con la enfermera como una conversación. Debería ser un cuento religioso, pero es puritano. Siento que desapruebas todas sus maldiciones. Me parece equivocado. ¿Qué es, si no, una manera algo vulgar de rezar cuando él o Les o cualquiera lo maldice todo? No puedo creer que Dios admita forma alguna de blasfemia. Es una palabra remilgada, que inventó el clero.»

«Lo siento muchísimo. No estaba escuchando bien. Lo siento tanto. La primera frase me sacó de la cosa. "Henshaw se despertó aquella mañana con un terrible dolor de cabeza." Cuento tanto contigo para que acabes con todos los falsos Henshaws de la ficción. Los Henshaws sencillamente no existen. ¿Quieres leérmelo de nuevo?»

«Por favor, haz las paces con tu ingenio. No va a desaparecer, Buddy. Desecharlo de lo que haces por propia cuenta sería tan equivocado y antinatural como desechar los adjetivos y adverbios porque el profesor B lo desea. ¿Qué sabe él? ¿Qué sabes tú, en realidad, de tu ingenio?»

«He estado aquí sentado rompiendo las notas que te escribí. Empiezo a decir cosas como "Este está maravillosamente construido" y "La mujer en el fondo del camión es muy

divertida" y "La conversación entre los dos agentes de policía es formidable". Bueno, esquivo la cuestión. No sé seguro por qué. Empecé a ponerme un poco nervioso cuando comenzaste a leer. Parecía el principio de lo que tu archienemigo Bob B. llamaría un cuento estupendo. ¿No crees que él lo consideraría como un paso hacia el buen camino? ¿No te preocupa? Incluso lo que es divertido en la mujer en el fondo del camión no suena como algo que *tú* consideras divertido. Suena mucho más como algo que es para ti universalmente considerado divertido. Estoy defraudado. ¿Te enfurece? Puedes decir que el parentesco invalida mi juicio. Eso me preocupa bastante. Pero soy también un lector. ¿Eres un escritor, o simplemente un autor de cuentos estupendos? A mí me inquieta cuando escribes un cuento estupendo. Lo que yo quiero es tu *tesoro*.»

«No puedo quitarme de la cabeza el nuevo cuento. No sé qué decirte. Sé cuáles habrán sido los peligros de caer en el sentimentalismo. Los has evitado bien. Tal vez demasiado bien. Me pregunto si no deseo que hubieras metido la *¡pata*. ¿Puedo escribir un cuentito para *ti*? Había una vez un gran crítico musical, una distinguida autoridad en Wolfgang Amadeus Mozart. Su hijita concurría a la Escuela número 9 donde era miembro del Club de Canto, y el gran amante de la música se enfadó mucho un día en que la niña llegó con una amiga para ensayar una mezcla de canciones de Irving Berlín, Harold Arlen, Jerome Kern y otros por el estilo. ¿Por qué no les hacen cantar a los niños los sencillos *Lieder* de Schubert en lugar de esa "basura"? Se fue a ver a la directora de la escuela y armó un gran alboroto. La directora quedó muy impresionada por los argumentos de tan distinguida persona y consintió en llamar la atención a la maestra de *Apreciación Musical*, una señora muy vieja. El gran amante de la música salió de la oficina de muy buen humor. Mientras volvía a su casa, recordaba los brillantes argumentos que había desarrollado en el despacho de la directora y su júbilo crecía y crecía. Aceleró el paso. Empezó a silbar una melodía. La melodía era: "K-K-K-Katy."»

Y ahora el memorándum. Presentado con orgullo y resignación. Orgullo porque... bueno, sigamos. Resignación porque algunos de mis camaradas de la facultad —payasos veteranos de circulación interna, todos— pueden estar escuchando y tengo la impresión de que este texto en especial llevará, tarde o temprano, el título: *Una Receta de Hacer Diecinueve Años para Escritores, Hermanos y Convalecientes de Hepatitis que han Perdido el Camino y No pueden Seguir*. (Bueno. Hace falta un payaso para reconocer a otro. Además siento que tengo las uñas bien afiladas para la ocasión.)

En primer lugar, éste fue el comentario crítico más largo que hizo Sey'mour de un Esfuerzo Literario mío, y para el caso tal vez el comunicado escrito más largo que haya recibido de él en vida. (Rara vez nos escribimos cartas personales, aun durante la guerra.) Estaba escrito en lápiz, en varias hojas de un bloc de notas que nuestra madre se había llevado del hotel Bismarck de Chicago unos años antes. Contestaba a lo que fue seguramente el *bloc* más ambicioso que yo hubiera escrito hasta entonces. Era en 1940 y los dos vivíamos todavía en el densamente poblado apartamento de nuestros padres, en los East Seventies. Yo tenía veintiún años y era tan independiente como sólo puede serlo un escritor joven, inédito, novato. Seymour tenía veintitrés y era el quinto año que enseñaba inglés en la Universidad de Nueva York. Con esto, entonces, queda completo. (Preveo que el lector perspicaz «« sentirá algo turbado, pero lo Peor, pienso, quedará terminado con el saludo.

Considero que si el saludo no me turba especialmente a mí, no tiene porqué turbar a ninguna otra alma viviente.)

«Querido y Viejo Tigre que Duerme:

«Quisiera saber si hay muchos lectores que hayan recorrido las páginas de un manuscrito mientras el autor ronca en la misma habitación. Este quería verlo por mi cuenta. Tu voz era casi demasiado esta vez. Creo que tu prosa se está volviendo todo lo teatral que tus personajes pueden aguantar. Tengo tanto que decirte que no sé por dónde empezar.

»Esta tarde le escribí al jefe del Departamento de Inglés, nada menos, toda una carta que sonaba como algo muy tuyo. Sentí tanto placer que consideré que debía decírtelo. Era una carta muy hermosa. Fue como aquel sábado por la tarde, la primavera pasada, en que fui con Carl y Amy y aquella chica tan extraña que trajeron para mí, a ver *Die Zauberflöte*, y me puse tu verde embriagador. No te había dicho que me lo puse. (*Se refería aquí a una de las cuatro corbatas caras que yo había comprado la temporada anterior. Les había prohibido a todos mis hermanos —pero en especial a Seymour, a quien más fácil le era llegar hasta ellas— que se acercaran siquiera al cajón donde las tenía guardadas. Las tenía envueltas —no era pura broma— en celofán.*) No me sentía culpable de llevarla, pero tenía un miedo mortal de que de repente te aparecieras en la escena y me vieras sentado ahí en la oscuridad con tu corbata. La carta fue algo un poco distinto. Se me ocurrió que si las cosas se invirtieran y tú estuvieses escribiendo una carta que sonara a mía, te fastidiaría. Pude casi quitármelo de la cabeza. Una de las pocas cosas que quedan en el mundo, aparte del mundo mismo, que me entristece cada día es saber que tú te molestas si Boo Boo o Walt te dicen que estás diciendo algo que suena a mío. Lo tomas como una especie de acusación de plagio, un pequeño atentado contra tu personalidad. ¿Es tan terrible que a veces parezcamos la misma persona? La membrana entre nosotros es tan delgada. ¿Es tan importante que tengamos en cuenta qué es lo que pertenece a cada uno? Aquella vez, hace dos veranos, que estuve ausente tanto tiempo, descubrí que tú, Z. y yo hemos sido hermanos por lo menos en cuatro encarnaciones, quizá más. ¿No hay una belleza en eso? Para nosotros, ¿no es cierto que cada una de nuestras personalidades comienza justo en el instante en que reconocemos nuestras tan estrechas relaciones y aceptamos que es inevitable el mutuo préstamo de chistes, talentos, tonterías? Observarás que no incluyo las corbatas. Creo que las corbatas de Buddy son las corbatas de Buddy, pero es un placer tomárselas prestadas sin permiso.

»Debe de ser terrible para ti imaginarte que, aparte de tu cuento, estoy pensando en corbatas y otras cosas. No es cierto. Es que ando buscando mis pensamientos por todas partes. Pienso que esas trivialidades me ayudarán a concentrarme. Ya es de día y estoy sentado aquí desde que te fuiste a la cama. Qué beatitud ser tu primer lector. Sería total si no pensara que valoras mi opinión más que la tuya. No me parece bien que confíes tanto en mi juicio acerca de tus cuentos. Quiero decir, *tú*. Puedes discutir conmigo en otra ocasión, pero estoy convencido de que algo muy grave habré hecho para que exista esta situación. No es que me revuelque ahora en un sentimiento de culpa, pero la culpa es la culpa. No se va. No se puede anular. Ni siquiera es posible entender la claramente, de eso estoy seguro, sus raíces se hunden demasiado en un karma antiguo y personal. La sola cosa que me salva de perder la cabeza cuando empiezo a sentirme

así es el hecho de que el sentimiento de culpa es una forma imperfecta del conocimiento. Pero no porque no sea perfecto no se lo puede usar. Lo difícil es darle una aplicación útil antes de que llegue a paralizarte. Así que voy a escribir lo que piense de este cuento, lo más rápido que pueda. Tengo la fuerte impresión de que, si me doy prisa, mi sentimiento de culpa servirá aquí a mis propósitos mejores y más verdaderos. Lo creo de veras. Creo que si me precipitara a hacerlo, sería, capaz de decirte todo lo que probablemente quiero decir desde hace años.

»Tú mismo has de saber que este cuento está lleno de grandes saltos. De brincos. Al principio, cuando te acostaste, pensé por un rato que debía despertar a todos los de la casa y hacer una fiesta en homenaje a nuestro maravilloso hermano brincador. ¿Qué es lo que *soy* que no los desperté a todos? Ojalá lo supiera. En el mejor de los casos, un aprensivo. Me dan aprensión los grandes saltos que puedo medir con los ojos. Creo que sueño que te atreves a saltar cuando no te veo. Perdóname. Estoy escribiendo muy rápido ahora. Pienso que este nuevo cuento es el que estabas esperando. Y yo también, en cierto modo. Ya sabes que es sobre todo el *orgullo* lo que me mantiene despierto. Creo que es mi aprensión principal. Por tu propio bien, no me hagas sentir orgulloso de ti. Creo que es eso, exactamente, lo que estoy tratando de decir. Si nunca más me mantuvieras despierto por orgullo. Dame un cuento que me vuelva vigilante de un modo irracional. *Tenme despierto hasta las cinco sólo porque todas tus estrellas han aparecido y no por ninguna otra razón.* Perdona el subrayado, pero es la primera cosa que he dicho de tus cuentos que me hace mover la cabeza de arriba abajo. Por favor, no me dejes decir nada más. Creo esta noche que todo lo que le digas a un escritor después de haberle pedido que deje aparecer sus estrellas son sólo consejos literarios. Esta noche estoy convencido de que todo "buen" consejo literario es como Louis Bouilhet y Max Du Camp imponiéndole a Flaubert Madame Bovary. Muy bien, así que entre los dos, con su gusto exquisito, le hicieron escribir una obra maestra. Acabaron con la posibilidad de que alguna vez escribiera todo lo que tenía en el corazón. Murió como una celebridad, la única cosa que no era. Es intolerable leer sus cartas. Son tanto mejor de lo que deberían. Dicen: desperdicio, desperdicio... Me destrozan el corazón. Esta noche me aterra decirte, Buddy viejo y querido, cualquier cosa que no sea trivial. Por favor, sigue lo que te dice el corazón, para bien o para mal. Te enfadaste tanto conmigo cuando nos enrolamos. *(La semana anterior, él, yo y varios millones más de muchachos norteamericanos fuimos a la escuela pública más cercana a enrolarnos en el ejército. Lo pesqué sonriendo por algo que yo había escrito en mi libreta. Se negó, durante todo el camino de vuelta a casa, a decirme qué era lo que le había parecido tan divertido. Como puede atestiguarlo cualquiera de la familia, era capaz de negarse, inflexible, cuando la oportunidad le parecía auspiciosa.)* ¿Sabes de qué me sonreía? Habías escrito que eras escritor de *profesión*. Me pareció el eufemismo más gracioso que jamás haya oído. ¿Desde cuándo el escribir es tu profesión? Nunca fue otra cosa que tu religión. Nunca. Estoy un poco sobreexcitado. Puesto que es *tu* religión, ¿sabes qué te preguntarán cuando te mueras? Pero permíteme decirte primero lo que no te van a preguntar. No te van a preguntar si estabas trabajando en algo maravilloso y conmovedor. No te van a preguntar si era corto o largo, triste o divertido, publicado o inédito. No te van a preguntar si estabas en buena forma o no cuando lo escribías. Ni siquiera te preguntarán si hubiera sido eso lo que escribirías de haber sabido que tenías las horas contadas; creo que eso sólo se lo preguntarán al pobre Sóren K. Estoy seguro de que te harán dos preguntas, *¿Habían aparecido la*

mayoría de tus estrellas? ¿Estabas ocupado en escribir todo lo que tenías en el corazón? Si supieras lo fácil que sería para ti decir que "sí" a las dos preguntas. Si te acordaras, antes de sentarte a escribir, que fuiste un lector mucho antes de ser un escritor. Basta con que te metas esta idea en la cabeza, te sientes muy tranquilo y te preguntas, como lector, qué tipo de obra, entre todas, le gustaría leer a Buddy Glass, si pudiera elegirla con el corazón. El próximo paso es terrible, pero tan sencillo que casi no puedo creerlo mientras lo escribo. Te sientas sin ninguna inhibición y lo escribes tú mismo. Ni siquiera voy a subrayarlo. Es demasiado importante para subrayarlo. ¡Ah, Buddy, ámate! Confía en tu corazón. Eres un artesano digno de crédito. Nunca serás traicionado. Buenas noches. Estoy demasiado sobreexcitado y un poco dramático, pero daría cualquier cosa en el mundo por verte escribir algo, cualquier cosa, un cuento, un poema, un árbol que real y verdaderamente te saliera del corazón. El Sereno del Banco está en el Thalia. Llémonos todo el botín mañana por la noche. Cariños, S.»

Aquí está Buddy Glass de vuelta en la página. (Buddy Glass, claro, es sólo mi seudónimo. Mi verdadero nombre es Mayor George Fielding Anticlímax.) Yo mismo estoy algo sobreexcitado y un poco dramático, y en este momento mis ardientes impulsos me mueven a hacer promesas literalmente estrelladas al lector para nuestro *rendez-vous* de mañana por la noche. Pero si fuera astuto, me lavaría los dientes y me iría corriendo a la cama. Si el largo Memorándum de mi hermano era bastante fatigoso de leer, resultó absolutamente agotador, no puedo menos de añadir, mecanografiarlo para mis amigos. En este instante tengo puesto alrededor de las rodillas el elegante firmamento que me ofreció de regalo para que-te-mejores-pronto-de-la-hepatitis-y-de-tu-pusilanidad.

¿Pero sería demasiado temerario de mi parte contarle al lector lo que me propongo hacer a partir de mañana por la noche? Hace más de diez años sueño que alguien que no tiene preferencia especial por las respuestas breves y tajantes a las preguntas muy directas, me dice: «¿Cómo era tu hermano?» Para abreviar, la obra literaria con la cual, según mi recomendado órgano de autoridad, más me relamería en el mundo, ese «algo, cualquier cosa», es la descripción física completa de Seymour escrita por alguien que no tiene una prisa loca en hacerlo: dicho sea con desvergüenza, yo mismo.

Su pelo saltando en la peluquería. Ya es Mañana por la Noche y estoy aquí sentado de smoking, está demás decirlo. *Su pelo saltando en la peluquería.* Por el amor de Dios, ¿ésa es mi frase inicial? ¿Se irá llenando esta habitación despacio, despacito, de bollitos de maíz y pastel de manzana? Tal vez. No quiero creerlo, pero tal vez. Si insisto en una descripción Selectiva, abandonaré otra vez, de entrada, antes de empezar. No puedo clasificar a este hombre, no puedo trabajar con él. Me queda la esperanza de que algo tiene que salir con cierta sensibilidad, pero no me dejes, por una vez en la vida, pasar por el tamiz cada maldita frase, o abandono de nuevo. Su pelo saltando en la peluquería es la primera cosa apremiante que se me ocurre. Por lo común íbamos a cortarnos el pelo al día siguiente de cada dos emisiones, o sea cada dos semanas, al salir del colegio. La peluquería estaba en la esquina de las calles Ciento Ocho y Broadway, cándidamente anidada (basta, ahora) entre un restaurante chino y un almacén kosher. Si nos olvidábamos el almuerzo o, lo más probable, si lo *perdíamos* en alguna parte, comprábamos a veces quince céntimos de salame en tajadas y un par de pepinos frescos salados, y los comíamos en los sillones, por lo menos hasta que

el pelo empezaba a caer. Mario y Víctor eran los peluqueros. Tal vez han muerto hace muchos años, por exceso de ajo, como todos los peluqueros de Nueva York. (Bueno, *acaba*. Arréglate para matar en el huevo este tipo de cosa, por favor.) Los sillones estaban uno al lado del otro, y cuando Mario había terminado conmigo y estaba por sacarme la toalla y sacudirla, nunca, nunca dejé de tener encima más pelos de Seymour que míos. Pocas cosas en la vida, antes o después, me han puesto más furioso. Sólo una vez me quejé y fue un error colosal. Dije algo, con tono de bronca, acerca de ese «maldito pelo» suyo siempre saltando encima de mi persona. Apenas lo dije me arrepentí, pero ya estaba hecho. Seymour no contestó nada, pero en seguida empezó a *preocuparse*. La cosa empeoró mientras volvíamos a casa, cruzando las calles en silencio: era evidente que él trataba de adivinar alguna manera de impedir que su pelo saltara encima de su hermano en la peluquería. El último tramo de la calle Ciento Diez, la larga manzana desde Broadway hasta nuestra casa, en la esquina de Riverside, fue la peor. Nadie en toda la familia era capaz de preocuparse a lo largo de esa manzana tanto como Seymour cuando tenía Buen Material.

Lo cual es suficiente para una noche. Estoy exhausto.

Sólo una cosa más. ¿Qué es lo que *quiero* (las bastardillas son todas mías) al hacer una descripción física de Seymour? Más aún, ¿qué es lo que quiero de ella? Quiero que vaya a parar a una revista. Sí, quiero publicarla. Pero no es eso, yo *siempre* quiero publicar. Tiene que ver más con la forma en que quiero presentarla a la revista. En realidad sólo tiene que ver con eso. Creo que lo sé. Sé muy bien que lo sé. Quiero que llegue sin que yo tenga que usar sellos o un sobre de Manila. Si es una descripción exacta, deberá bastar con que le dé el dinero para el billete del ferrocarril y tal vez le envuelva un *sandwich* y le ponga algo caliente en un termo, eso es todo. Los otros pasajeros del vagón se apartarán un poco, como si estuviera un poco borracho. ¡Oh, pensamiento maravilloso! *Déjenlo salir de esto un poco borracho*. ¿Pero qué tipo de borracho? Borracho, creo, como alguien a quien amas y que se acerca a la galería sonriendo, sonriendo después de tres partidas de tenis, partidas *victoriosas*, para preguntarte si has visto su última jugada. Sí. *Oui*.

Otra noche. Esto es para ser leído, recuerda. Dile al lector dónde estás. Sé amable, *nunca se sabe*. Pero claro. Estoy en él invernáculo, acabo de pedir el oporto que me traerá en seguida la vieja criada de la familia, una rata gorda, untuosa, excepcionalmente inteligente que se come todo lo que hay en la casa salvo los exámenes escolares.

Vuelvo de nuevo al pelo de S., puesto que ya figura en la página. Hasta que comenzó a caérsele a puñados, a los diecinueve años, tenía el pelo negro muy ondulado. La palabra sería: casi motoso, pero no del todo; creo que me decidiría a utilizarla si lo hubiese sido. Era un pelo que daba unas ganas enormes de tironearlo y con toda seguridad se lo tironeaban; los niños de la familia siempre trataban de agarrárselo, aun antes que la nariz, y sabe Dios que también era Sobresaliente. Pero cada cosa a su tiempo. Un hombre, un muchacho, un adolescente muy peludo. Los otros niños de la familia, no exclusivamente pero en especial los varones, los muchos niños que parecía haber siempre en la casa, estaban fascinados por las muñecas y las manos de Seymour. Mi hermano Walt, a los once años, tenía la costumbre de mirarle las muñecas y de invitarlo a quitarse el jersey. «Eh, Seymour, quítate el jersey. Anda, vamos. Hace *calor* aquí.» S. le sonreía, luminoso, resplandeciente. Le encantaba este tipo de bromas de cualquiera de los chicos. A mí también, pero sólo a veces. A él siempre. Florecía, también, se robustecía con todas las observaciones indiscretas o desconsideradas que le hacían los menores de la familia. En 1959, cuando me llegan de vez en cuando

noticias más bien irritantes de las andanzas

de mi hermano y mi hermana menores, recuerdo la felicidad que le dieron a S. Recuerdo a Franny, a los cuatro años más o menos, sentada en las rodillas de Seymour, mirándolo y diciendo con inmensa admiración: «¡Seymour, tienes unos dientes tan bonitos y *amarillos!*!» El se tambaleó, literalmente, hacia mí, para preguntarme si había oído.

Hay algo en este último párrafo que me hace detener en seco. ¿Por qué a mí las bromas pesadas de los chicos me gustaban sólo a veces? Sin duda porque a veces tenían no poca malicia las que me estaban destinadas. No es que no me lo mereciera, probablemente. ¿Qué sabe el lector, me pregunto, de las familias numerosas? Y algo que viene más al caso, ¿cuánto puede soportar que le cuente de esto? Debo decir por lo menos lo siguiente: si eres hermano mayor de una familia numerosa (en especial cuando hay una diferencia de edad de unos dieciocho años, como entre Seymour y Franny) y adoptas o, sin darte mayor cuenta, te atribuyen el papel de mentor o tutor local, es casi imposible no convertirte también en monitor. Pero aun entre los monitores los hay de distintos tamaños, formas y colores. Por ejemplo, cuando Seymour le decía a uno de los mellizos, o a Zooey o a Franny o tal vez a madame Boo Boo (que sólo tenía dos años menos que yo y ya solía ser una verdadera Dama), que se quitaran los zapatos de goma al entrar en el apartamento, todos sabían que lo que quería decir es que, si no lo hacían, ensuciarían el piso y Bessie tendría que ponerse a fregarlo. Cuando yo les decía que se quitaran los zapatos de goma, sabían que lo que quería decir era que los que no lo hacían eran unos puercos. Es forzoso, pues, que hubiera una gran diferencia en el modo en que nos fastidiaban o nos tomaban el pelo a los dos. Confesión que, gimo al escucharla, no puede dejar de parecer sospechosamente Honesta y Congraciante. ¿Qué puedo hacerle? ¿Debo pararlo todo, cada vez que mi voz suena como la del «hombre de bien»? ¿No puedo contar con que el lector sepa que yo no me rebajaría —en este caso, no haría hincapié en mis deficiencias en materia de autoridad— si no creyera de seguro que se me toleraba en la casa con algo más que tibieza? ¿Sería útil decirte de nuevo mi edad? Al escribir estas líneas soy un cuarentón canoso, flácido, bastante barrigón y con probabilidades relativamente grandes de no tirar al suelo mi insignia plateada porque no entraré en el equipo de basket este año o porque no saludo con energía suficiente para ingresar en la escuela de oficiales. Además, nunca se ha escrito un párrafo confesional en que no apeste un poco el orgullo del escritor que ha dejado de lado su orgullo. Lo que hay que tratar de oír siempre en el que se confiesa en público es lo que *no* confiesa. En algún período de su vida (por desgracia, en general, un período de *éxito*), un hombre puede de pronto Sentirse Capaz de confesar que hizo trampa en los exámenes finales de la universidad, incluso puede optar por revelar que entre los veintidós y los veinticuatro años de edad fue sexualmente impotente, pero estas intrépidas confesiones no son garantía de que lleguemos a saber si alguna vez se puso furioso con su hámster favorito y le aplastó la cabeza. Lamento seguir hablando de esto, pero creo que es una preocupación legítima. Estoy escribiendo acerca de la única persona conocida que, a mi juicio, era realmente grande, la única de dimensiones considerables que jamás haya conocido, de quien ni por un instante llegué a sospechar que tuviera el armario lleno de pequeñas vanidades picaras, molestas. Me parece horrible —siniestro, en realidad— tener que preguntarme incluso si a veces no le voy ganando por poco en popularidad en la página escrita. Me perdonarás, tal vez, que lo diga, pero no todos los lectores son expertos. (A los veintiún años, cuando Seymour era casi profesor de inglés y hacía ya dos años que enseñaba, le pregunté qué era, si algo había, lo que lo deprimía en la enseñanza. Me dijo que no había nada, precisamente, que le deprimiera, pero que había una cosa que le atemorizaba: leer las notas escritas con lápiz en los márgenes de los libros de la biblioteca de la facultad.) Terminaré con esto. No todos los lectores, repito, son expertos, y

me han dicho —los críticos nos lo dicen *todo*, y lo peor primero— que tengo muchos encantos superficiales como escritor. Mucho me temo que exista un tipo de lector para quien sea simpático de mi parte el haber vivido hasta los cuarenta, es decir, que a diferencia de Otra Persona que también escribía, no haya sido tan «egoísta» como para suicidarme y abandonar sola e inerme a Toda Mi Cariñosa Familia. (He dicho que terminaré esto, pero después de todo no voy a hacerlo. No porque no sea un hombre inflexible, sino porque para terminar como es debido tendría que rozar —Dios mío, *rozar*— los detalles de su suicidio y al paso que voy, no creo que esté preparado para hacerlo hasta dentro de unos cuantos años.)

Pero antes de irme a la cama te diré una cosa que me parece muy pertinente. Y estaría agradecido si todos hicierais un gran esfuerzo para no considerarla una reflexión categóricamente tardía. Quiero decir, que puedo darte una razón perfectamente analizable en virtud de la cual el hecho de tener cuarenta años al escribir esto constituye para mí una tremenda ventaja-desventaja. Seymour estaba muerto a los treinta y un años. Sólo el hacerlo llegar hasta esta edad tan poco venerable me llevará muchos, muchos meses, y considerando mi manera de funcionar, tal vez años. Por el momento, lo verás casi exclusivamente cuando niño y muchacho (nunca, espero, en la edad del pavo). Mientras esté con él en la página impresa, yo también seré niño y muchacho. Pero siempre tendré conciencia, como la tendrá el lector, aunque con menos parcialidad, de que un hombre un poco panzón, casi de edad mediana, dirige el espectáculo. A mi juicio esta idea no es más triste que la mayoría de las realidades de la vida y la muerte, pero tampoco lo es menos. Hasta ahora sólo tienes mi palabra, pero debo decirte que sé, como sé todo lo demás, que si nuestras posiciones se invirtieran y Seymour estuviera en mi lugar, le afectaría tanto —le heriría, en realidad, tanto— su gran veteranía como narrador y director del espectáculo, que abandonaría el proyecto. Claro, no diré nada más sobre el tema, pero me alegro de que se haya planteado. Es la verdad. Por favor, no te limites a verlo; siéntelo.

No me voy a acostar, después de todo. Alguien por aquí ha asesinado el sueño. Se lo tiene merecido.

Una voz chillona, desagradable (no pertenece a ninguno de *mis* lectores): has dicho que nos ibas a contar *Cómo Era tu Hermano*. No queremos nada de análisis del demonio ni de cosas pegajosas.

Pero yo sí. Quiero cada una de esas cosas pegajosas. Claro, podría recurrir un poco menos al *análisis*, pero quiero cada una de esas cosas pegajosas. Si me queda alguna esperanza de salir bien parado de esto, será gracias a las cosas pegajosas.

Creo que puedo describir su cara, su forma, su manera de ser —su mecanismo— a cualquier edad (salvo los años en el extranjero) y conseguir una buena semblanza. Nada de eufemismos, por favor. Una imagen perfecta. (¿Dónde y cuándo, si sigo con esto, tendré que decirle al lector qué tipo de recuerdos, de capacidad para evocar, tenemos algunos de la familia? Seymour, Zooey, yo. No puedo aplazarlo indefinidamente, pero ¿quedará muy feo impreso?) Sería de enorme ayuda que alguna alma buena me mandara un telegrama diciendo exactamente cuál de los Seymour prefiere que describa. Si se me pide sólo que describa a *Seymour*, a cualquier Seymour, la impresión que consigo es muy viva, por supuesto, pero en ella aparece delante de mis ojos al mismo tiempo a los, más o menos, ocho, dieciocho, veintiocho años, con la cabeza llena de pelo y quedándose calvo, con pantalones cortos a rayas rojas y con camisa marrón y galones de sargento, sentado en posición padmasana y sentado en un palco del cine R.K.O. en la calle Ochenta y Seis. Sé el peligro de presentar este tipo de imagen y no me gusta. Pienso que a Seymour le preocuparía. Las cosas se ponen difíciles cuando el Tema de uno resulta ser también su *cher maitre*. No le preocuparía mucho, creo, si después de la debida consulta con mi instinto, yo decidiera utilizar alguna

especie de cubismo literario para describir su cara. Para el caso, tampoco le preocuparía que yo escribiera el resto exclusivamente con minúsculas, *si* mi instinto me lo hubiera aconsejado. No me *importaría* utilizar aquí alguna forma de cubismo, pero hasta el último de mis instintos me aconseja una buena pelea, peso medio mediano. De todos modos quiero pensarlo mientras duermo. Buenas noches. Buenas noches, señora Calabaza. Buenas noches, Descripción Maldita.

Como me resulta algo difícil explicarme, esta mañana en clase decidí (mientras clavaba la vista en los pantalones increíblemente ajustados de la señorita Valdemar) que lo más cortés sería dejar primero la palabra a uno de mis progenitores, ¿y quién mejor que la Madre Primordial? Pero el riesgo que eso acarrea es abrumador. Si el sentimiento, en última instancia, no vuelve mentirosa a alguna gente, los abominables recuerdos seguro que sí. Para Bessie, por ejemplo, una de las cosas principales referentes a Seymour era la altura. Mentalmente lo ve como un longuilíneo poco común, tipo tejano, siempre agachando la cabeza al entrar en una habitación. En realidad medía un metro ochenta, un hombre alto más bien bajo con arreglo a las modernas normas multivitamínicas. Para él estaba muy bien. No le gustaba nada la altura. Cuando los mellizos pasaron del metro ochenta y tres, me pregunté si no les enviaría tarjetas de pésame. Creo que, si viviera, el hecho de que Zooey, siendo actor, no sea alto, le haría sonreír. El, S., creía con firmeza que los verdaderos actores deben tener bajo el centro de gravedad.

Eso de que le haría sonreír fue un error. Ahora no puedo conseguir que deje de sonreír. Me encantaría que algún otro escritor serio pudiera sustituirme. Una de mis primeras promesas, cuando empecé a ejercer esta profesión, fue la de que pondría en sordina a aquellos personajes míos que sonrieran o mostraran los dientes en la página impresa. Jacqueline mostró los dientes. El grande, el perezoso Bruce Browning sonrió torcido. Una sonrisa juvenil iluminó las facciones ásperas del capitán Mittagessen. Sin embargo, la cosa me apremia de un modo infernal. Para sacarme lo peor de encima: su sonrisa estaba muy, pero muy bien, para alguien cuyos dientes eran entre mediocres y feos. Lo que no resulta nada laborioso es escribir acerca de la mecánica de la cosa. Su sonrisa solía entrar o salir mientras en la habitación el resto del tráfico facial no se movía o iba en dirección opuesta. El sistema de distribución no era el corriente, ni siquiera en la familia. Era capaz de estar serio, por no decir fúnebre, cuando alguien soplabla las velas del pastel de cumpleaños de un niño pequeño, por el contrario, quizá se mostrara encantado cuando uno de los chicos le señalaba cómo se había raspado el hombro al nadar debajo de una balsa. En términos técnicos, creo que no tenía quizá ningún tipo de sonrisa social y sin embargo es cierto (aunque quizá una *pizca* extravagante) decir que en su cara nunca faltaba nada esencialmente necesario. Su sonrisa en caso de hombro raspado, por ejemplo, era irritante si el hombro raspado era el *tuyo*, pero también distraía cuando era necesario distraer. Su gravedad en las fiestas de cumpleaños, en las reuniones improvisadas, no era de aguafiestas —o casi nunca lo era— como tampoco la mueca con que respondía cuando lo invitaban a una Primera Comunión o a un Bar Mizvah. Y no creo que sea sólo la opinión bien predispuesta de un hermano. Gente que no lo conocía, o que lo conocía apenas, o sólo como Estrella Infantil de la Radio en actividad o retirada, quedaba a veces *desconcertada* por alguna expresión —o ninguna— de su cara, pero sólo un instante, creo. Y aun en esos casos, las víctimas sentían algo

agradablemente próximo a la curiosidad, nunca, que yo recuerde, rencor personal o encrespamiento. Por alguna razón —la menos compleja, seguramente— su expresión era de ingenuidad. Cuando llegó a hombre (y aquí sí, supongo habla el hermano bien predisuesto), la suya era quizá la única cara de adulto absolutamente franca en toda la zona del Gran Nueva York. Las únicas ocasiones en que recuerdo haberle visto algo simulado, artificial en la cara, era cuando divertía deliberadamente a algún familiar de la casa. Pero eso no ocurría todos los días. En general, diría yo, compartía el sentido del humor con una moderación negada al resto de la familia. Lo cual, hay que subrayarlo, no quiere decir que el humor no formara parte de su dieta cotidiana, sino que en general recibía o tomaba la parte más pequeña. En ausencia de nuestro padre asumía la carga del Chiste Permanente en la Familia y por lo general la abandonaba de buen grado. Un ejemplo bastante claro de lo que quiero decir es que era su costumbre invariable, cuando yo le leía mis nuevos cuentos, interrumpirme en mitad de un diálogo para preguntarme si sabía que yo tenía un Buen Oído para los Ritmos y Cadencias del Lenguaje Coloquial. Le encantaba adoptar un aire sabio cuando me lo decía. Lo que recuerdo después son las Orejas. En realidad, veo toda una corta película, un rayado carrete en que mi hermana Boo Boo, a los once años más o menos, se levanta de la mesa movida por un impulso incontenible e irrumpe de vuelta en la habitación un instante después para probar en las orejas de Seymour un par de pendientes despegados de un cartón. Boo Boo estaba muy contenta del resultado y Seymour se los dejó puestos toda la tarde. Probablemente hasta sangrar. Pero no eran para él. No creo que tuviera las orejas de un bucanero, sino más bien las de un viejo cabalista o un antiguo Buda. De lóbulos muy largos, carnosos. Recuerdo que el padre Waker, al pasar por aquí hace unos años con un grueso traje negro, me pregunto, mientras resolvía un crucigrama del *Times*, si yo consideraba que las orejas de S. eran de la dinastía de Tang. Creo que eran anteriores.

Me voy a la cama. Quizá un último trago con el coronel Anstruther, en la biblioteca, y a la cama. ¿Por qué me cansa tanto esto? Las manos me transpiran, se me revuelven las tripas. El Hombre Integrado simplemente ha salido.

Aparte de los ojos y tal vez (digo *tal vez*) la nariz, estoy tentado de dejar pasar el resto de la cara, y al diablo con la Totalidad. No aguantaría que me acusaran de no dejar *nada* librado a la imaginación del lector.

Para describirlos de una o dos maneras cómodas, sus ojos se parecían a los míos, a los de Les y a los de Boo Boo, puesto que: a) los ojos de este grupito podrían ser tímidamente descritos como de color cola de buey extraoscuro o Marrón Judío Patético, y b) todos teníamos ojeras y, en uno o dos casos, verdaderas bolsas. Sin embargo, ahí se detiene toda comparación familiar. Parece poco galante con las damas del conjunto, pero mi voto para los dos «mejores» pares de ojos de la familia iría a Seymour y Zooey. Y sin embargo cada uno de esos pares era absolutamente distinto del otro y el color era lo de menos. Hace algunos años publiqué un cuento excepcionalmente Obsesionante, Memorable, desagradablemente polémico y de una total falta de éxito, acerca de un chico «dotado» que viaja en un trasatlántico, y en alguna parte del cuento se hace una descripción detallada de los ojos del chico. Por una feliz coincidencia, tengo sobre mí en este momento una copia del cuento

prendida con gran gusto en la solapa de mi albornoz. Cito; «Sus ojos, de un color castaño claro y no muy grandes, eran ligeramente bizcos, el izquierdo más que el derecho. No eran lo bastante bizcos como para desfigurarlo o notarse a primera vista. Eran justo lo bastante bizcos como para mencionarlo y sólo en relación con el hecho de que quizá habría que pensarlo larga y seriamente antes de desear que fueran derechos, o más profundos, o más castaños o más separados.» (Tal vez nos convenga detenernos un poco para recobrar el *aliento*.) En realidad (de veras, no para decir Ja Ja) éstos no eran para nada los ojos de Seymour. Los de él eran oscuros, muy grandes, bien separados y cualquier cosa menos bizcos. Sin embargo, dos personas de la familia advirtieron y comentaron que yo apuntaba a sus ojos en esa descripción y consideraron que, de una manera *especial*, no me había salido mal del todo. En realidad algo aparecía y desaparecía, había un sutilísimo defecto en sus ojos, salvo que no era para nada un defecto y *ahí* es donde empezaron los líos. Otro escritor a quien también le gusta divertirse, Schopenhauer, intenta en alguna parte de su obra describir un par de ojos análogos y, me complazco en decirlo, el estropicio es parecido.

Muy bien. La Nariz. Me digo que apenas dolerá un instante.

Si en algún momento, entre 1919 y 1948, hubieras entrado en una habitación atestada de gente j donde estuviéramos Seymour y yo, habría habido-tal vez una manera absolutamente segura de saber que él y yo éramos hermanos. Sería la prueba de la nariz y el mentón. El mentón, claro, puedo descartarlo con desenvoltura diciendo que casi no teníamos. Narices, decididamente sí, y casi idénticas: dos cosas grandes, carnosas, caídas, tipo *trompa*, distintas de cualquier otra nariz de la familia salvo, y demasiado, la del viejo y querido bisabuelo Zozo, que, sobresaliendo de un viejo daguerrotipo, solía alarmarme bastante de niño. (Ahora que lo pienso, Seymour, que nunca hacía, por así decir, bromas anatómicas, una vez me sorprendió preguntándose si nuestras narices —la suya, la mía y la del bisabuelo Zozo— plantearían el mismo problema en la cama que algunas barbas, o sea si las dejábamos dentro o fuera de las cobijas al dormir.) Pero hay el riesgo de parecer en esto demasiado desenvuelto. Quisiera dejar bien en claro —aunque resulte ofensivo, si es necesario— que en definitiva no eran protuberancias románticas tipo Cyrano (tema peligroso, creo, en este valiente nuevo mundo psicoanalítico en el que todos creen saber qué fue primero, si la nariz de Cyrano o sus pullas, y en que cunde un vasto silencio clínico internacional con respecto a todos los tipos narigones que indiscutiblemente se han comido la lengua). Creo que la única diferencia que vale la pena mencionar en cuanto al largo, ancho y contornos de nuestras narices en general es que la nariz de Seymour, debo decirlo, tenía una desviación muy marcada hacia la derecha, una desviación extra en el puente. Seymour siempre sospechó que por eso, en comparación, la mía parecía patricia. La desviación apareció un día que alguien de la familia practicaba tiros con el palo de béisbol, de una manera soñadora, en el vestíbulo de nuestro viejo apartamento de Riverside Drive. La nariz nunca se arregló después de ese contratiempo. Hurra. La nariz está terminada. Me voy a la cama.

No me atrevo a mirar todavía lo que he escrito hasta ahora; el viejo temor profesional de verme transformado en una cinta usada de máquina Royal es *muy* grande esta noche. Sin embargo esta noche tengo la buena idea de que el que acabo de presentar no es el retrato del Jeque de Arabia. Lo cual, espero, es justo y correcto. Al mismo tiempo nadie debe sacar la conclusión, derivada de mi maldita incompetencia y mi entusiasmo, de que S. fue, con arreglo a la fatigosa y común expresión, un Feo Atrayente. (Es un clisé muy sospechoso, en *todos* los casos, utilizado las más de las veces por ciertas mujeres reales o imaginarias para justificar la atracción tal vez demasiado singular que ejercen sobre ellas algunos demonios con sus dulces quejas o, de un modo menos categórico, algunos cisnes mal educados.)

Aunque tenga que machacar —y me doy cuenta de que ya lo he hecho— debo dejar en claro que fuimos, aunque en distinto grado, dos niños lo que se dice «feúchos». Dios mío, si lo éramos. Y aunque creo que «mejoramos mucho» con la edad cuando se nos rellenó la cara, debo afirmar y reafirmar que en la infancia y en la adolescencia provocábamos a primera vista una angustia evidente en mucha gente auténticamente reflexiva. Por supuesto, me refiero aquí a los adultos, no a otros niños. La mayoría de los niños no se angustian con facilidad, por lo menos de esta manera. Por lo demás, la mayoría de los niños tampoco son demasiado generosos. A menudo, en las fiestas infantiles, alguna madre, con una tolerancia ostentosa, sugería juegos como el de Hacer Girar la Botella o la Oficina de Correos, y doy fe con total libertad de que durante toda la infancia de los dos niños mayores de la familia Glass fueron destinatarios veteranos de sucesivos paquetes de cartas no enviadas (dicho de manera ilógica, pero satisfactoria, creo), salvo, claro, cuando el cartero era una mu-chachita llamada Charlotte la Zorra, que de todos modos estaba un poco loca. ¿Nos molestaba la cosa? ¿Nos apenaba? *Piénsalo bien, escritor*. Respuesta lenta, bien pensada, de mi parte: casi nunca. En mi caso, por tres razones que recuerdo fácilmente. Primero, salvo uno o dos períodos de incertidumbre, creí con firmeza durante toda mi infancia —en gran parte, aunque no del todo, gracias a la insistencia de Seymour— que yo era un tipo egregiamente capaz y seductor, con lo cual condenaba de un modo definido, y a la vez curiosamente sin importancia, el criterio de cualquiera que pensase lo contrario. Segundo (si puedes aguantarlo, y no veo cómo podrás), antes de los cinco años yo tenía la plena, rosada convicción de que llegaría a ser un escritor eximio. Y tercero, salvo muy pocos desvíos y ninguno en el fondo del corazón, siempre estuve, en secreto, encantado y orgulloso de tener algún parecido físico con Seymour. El caso de Seymour, como siempre, era distinto. Su apariencia algo curiosa le preocupaba mucho o nada, por turnos. Cuando le importaba mucho era por los otros, y me descubro pensando en este instante en nuestra hermana Boo Boo sobre todo. Seymour tenía locura por ella. Lo que no es mucho decir, porque tenía locura por casi todos los de la familia, y la gran mayoría de los otros. Pero Boo Boo, como todas las chicas que he conocido, pasó por una etapa —en su caso admirablemente corta, debo decirlo— durante la cual se «moría» por lo menos dos veces al día a causa de las *gaffes*, los *faux pas* de los adultos en general. En la culminación de este período, un profesor de historia predilecto que entraba en el aula después del almuerzo con un pedacito de *Charlotte russe* en la mejilla, era causa suficiente para que Boo Boo se marchitara y muriera en su pupitre. Pero muchas veces volvía a casa muerta por razones un poco menos triviales, y éstos eran los momentos que preocupaban y molestaban a Seymour. Se preocupaba en particular por ella cuando se nos acercaban algunas personas mayores (a él y a mí) en fiestas o cosas por el estilo, para decirnos qué guapos estábamos esa noche. Aunque no fuera exactamente así, era el tipo de cosas que ocurrían con frecuencia, y Boo Boo estaba siempre cerca y realmente deseaba morir.

Quizá me preocupa menos de lo que debiera la posibilidad de excederme en el tema de su cara *física*. Admito, desde luego, cierta falta de absoluta perfección en mis métodos. Tal vez me extralimito en toda esta descripción. Por lo pronto veo que he hablado de casi todas sus facciones y ni siquiera he tocado el tema de la *vida* que había en su cara. Esta idea en sí —no la esperaba— es un factor asombrosamente deprimente. Sin embargo, si bien lo siento así, si bien la idea me hunde, queda intacta —seca y al abrigo— cierta convicción que he tenido desde el principio. «Convicción» no es la palabra justa. Es más bien como un premio al más grande devorador de castigos o como un certificado de resistencia. Siento que tengo un *conocimiento*, una suerte de perspicacia de editor adquirida a través de todos mis fracasos de los últimos años en la tarea de describirlo por escrito, y ese conocimiento me dice que no

se puede conseguirlo con sobreentendidos. Por el contrario. Desde 1948 he escrito y quemado histriónicamente por lo menos una docena de cuentos o bosquejos, algunos de ellos, y lo digo yo que no debería, bastante buenos y legibles. Pero no eran Seymour. Fabrica sobreentendidos sobre Seymour y se convertirán, madurarán en una mentira. Una mentira artística, quizá, y a veces una mentira deliciosa, pero mentira al fin.

Me parece que debería quedarme despierto una hora más. ¡Carcelero! *Vigile que este hombre no se acueste.*

Había tantas cosas que no eran para nada de gárgolas. Sus manos, por ejemplo, estaban bien. Vacilo en decir que eran bellas, porque no quiero caer en la maldita expresión «bellas manos». Las palmas era anchas, el músculo entre el pulgar y el índice inesperadamente desarrollado, «fuerte» (las comillas *son innecesarias*, cálmate, por el amor de Dios), y sin embargo, los dedos eran más largos y delgados que los de la misma Bessie; los del medio parecían como para ser medidos con la cinta métrica del sastre.

Estoy pensando en este último párrafo. Quiero decir, en la dosis de admiración personal que he puesto en él. ¿Hasta qué punto, me pregunto, se pueden admirar las manos del hermano de uno sin provocar un moderno gesto de sorpresa desdeñosa? En mi juventud, padre William, mi heterosexualidad (descontando algunos períodos más calmos no siempre voluntarios) era objeto bastante corriente de chismografía en algunos de mis antiguos Grupos de Estudio. Sin embargo, me descubro recordando con una pizca de excesiva vivacidad que Sofia Tolstoy, durante una de sus rencillas matrimoniales, sin duda provocada, acusó al padre de sus trece hijos, al anciano que seguía molestándola todas las noches de su vida de casada, de inclinaciones homosexuales. Creo en general que Sofia Tolstoy fue una mujer no muy brillante y además mis átomos están dispuestos de tal manera que por temperamento estoy dispuesto a creer que donde hay humo, hay por lo general jalea de fresas, rara vez fuego, pero creo firmemente que hay muchísimo de andrógino en cualquier prosista absoluto o en potencia. Pienso que si lanza risitas al ver a escritores masculinos que llevan faldas invisibles, lo hace a costa de su eterno peligro. No diré nada más sobre el particular. Este es precisamente el tipo de confidencia del que es fácil sacar jugo y abusar. Es un milagro que no seamos más cobardes por escrito de lo que somos.

De la voz de Seymour, de su increíble caja bucal no puedo hablar en este momento. No tengo espacio para tomar bastante distancia. Sólo diré por el momento, con mi Voz Misteriosa tan poco atractiva, que su voz era el mejor instrumento musical que en su absoluta imperfección yo haya escuchado jamás hora tras hora. Repito, sin embargo, que quisiera aplazar el momento de seguir con su descripción completa.

Tenía la piel muy oscura, pero nada cetrina y extraordinariamente limpia. Se pasó toda la adolescencia sin un grano, cosa que me sorprendía e irritaba porque comía la misma cantidad de porquerías —o lo que nuestra madre llamaba Comida Malsana preparada por Gente Sucia que Nunca se Lava las Manos— que yo, bebía por lo menos tantas gaseosas como yo y sin duda no se lavaba más que yo. Al contrario, se lavaba bastante menos. Estaba tan ocupado en vigilar que todos —los mellizos en especial— nos bañáramos con regularidad, que solía olvidarse de su turno. Lo cual me lleva, no muy oportunamente, otra vez al tema de las peluquerías. Una tarde que íbamos a cortarnos el pelo, se detuvo de repente en mitad de Amsterdam Avenue! entre coches y camiones que pasaban rozándonos en todas direcciones, y me preguntó, en tono muy sobrio, si me importaría hacerme cortar el pelo sin él. Lo arrastré hasta el borde de la acera (quisiera tener una moneda por cada vez que lo arrastré, de grande o de chico, hasta el borde de la acera) y le dije que sí, decididamente. A él le parecía que no tenía el cuello limpio. Pensaba ahorrarle a Mario, el peluquero, el espectáculo ofensivo de su cuello sucio. A decir verdad, estaba sucio. No fue

ni la primera ni la última vez que se metió un dedo en la parte posterior del cuello de la camisa para que yo me fijara. En general esa zona estaba tan cuidada como correspondía, pero cuando no lo estaba, decididamente no lo estaba.

Ahora tengo que acostarme. La jefa de las limpiadoras —una persona encantadora— viene al despuntar el alba a pasar la aspiradora.

El horrible tema de la ropa debería figurar en algún lado. Qué oportunidad maravillosa si los escritores pudieran permitirse describir las ropas de sus personajes, prenda por prenda, pliegue por pliegue. ¿Qué es lo que nos detiene? En parte la tendencia a negar o a conceder al lector, a quien nunca hemos conocido, el beneficio de la duda, lo primero cuando no confiamos en que se sepa tanto sobre gentes y maneras como nosotros; lo segundo, cuando preferimos creer que no dispone del mismo tipo de información minúscula y sofisticada que nosotros. Por ejemplo, cuando voy al pedicuro y veo en la revista *Peekaboo* una foto de cierto personaje público norteamericano, de tipo emprendedor —un astro de cine, un político, un rector de universidad recién nombrado—, y el hombre aparece en su casa con un sabueso a los pies, un Picasso en la pared y él mismo con una chaqueta Norfolk, en general seré muy gentil con el perro y bastante amable con Picasso, pero puedo ser insufrible para sacar conclusiones sobre chaquetas Norfolk usadas por personajes públicos norteamericanos. Quiero decir que si el personaje no me cae bien, la chaqueta le asestará el golpe final. Supondré que sus horizontes se amplían demasiado rápido para mi gusto.

Sigamos. Ya grandes, S. y yo vestíamos con un mal gusto horrible, cada uno a su manera. Es un poco raro (no mucho, en realidad) que nos vistiéramos tan mal, porque le pequeños andábamos bastante bien arreglados, creo. En el primer período de nuestra carrera radiofónica Bessie nos compraba la ropa en De Pinna, en la Quinta Avenida. Cómo descubrió de entrada tan compuesto y digno establecimiento, es lo que todos se preguntan. Mi hermano Walt, que en vida fue un joven muy elegante, creía que Bessie simplemente se lo había preguntado a un agente de policía. Una suposición no muy descabellada puesto que cuando éramos chicos Bessie solía plantear sus problemas más intrincados a lo que en Nueva York más se acercaba a un oráculo druida: el agente de tráfico irlandés. En cierto sentido supongo que la reputada suerte de los irlandeses algo tenía que ver con el descubrimiento de De Pinna por Bessie. Pero seguramente no todo, ni de lejos. Por ejemplo (esto está fuera de la cuestión, pero es bonito), mi madre no fue nunca, en ningún sentido conocido de la palabra, una lectora de libros. Sin embargo la he visto entrar en uno de esos fastuosos palacios del libro en la Quinta Avenida a comprar un regalo de cumpleaños para uno de mis sobrinos y salir, emerger con la edición ilustrada de *Al este del sol y al oeste de la luna*, de Kay Nielsen, y si la conocieras sabrías que había tratado como una dama, pero distante, al amable vendedor. Pero volvamos a la apariencia que teníamos de jóvenes. Comenzamos a comprarnos la ropa, con independencia de Bessie y el uno del otro, al principio de la adolescencia. Por ser el mayor, Seymour fue el primero en bifurcar, por así decirlo, pero yo recobré el tiempo perdido cuando me llegó la hora. Recuerdo que al cumplir los catorce años dejé caer la Quinta Avenida como si fuera una patata caliente y me fui derecho a Broadway, en especial a una tienda, allá por el cincuenta, donde los vendedores eran no poco hostiles, pero por lo menos reconocían al elegante nato cuando lo veían venir. Durante el último año de nuestra actuación conjunta en la radio —1933— yo acudía a cada emisión nocturna con un traje cruzado gris claro de abultadas hombreras, camisa azul marino de cuello alto tipo Hollywood y la más limpia de

las dos corbatas idénticas de algodón amarillo azafrán que tenía para las ocasiones formales en general. Francamente, nunca me sentí tan bien con ninguna otra ropa. (Supongo que ningún escritor jamás se deshace de sus viejas corbatas amarillo azafrán. Tarde o temprano aparecen en su prosa y maldito lo que puede hacer al respecto.) Por el contrario, Seymour elegía ropa maravillosamente adecuada. El problema especial era que nada de lo que comprara —trajes y abrigos en particular— era de su medida. Supongo que se escapaba, tal vez vestido a medias y con marcas de tiza, cada vez que se le acercaba alguien del departamento de retoques. Las chaquetas le quedaban cortas o le colgaban. Las mangas en general o le llegaban al segundo nudillo del pulgar o se detenían en los huesos de la muñeca. Los fundillos de los pantalones eran casi siempre lo peor. A veces eran pasmosos, como si un trasero de talla 36 hubiera caído, cual un guisante en un cesto, en un par de pantalones talla 42. Pero hay que considerar aquí otros aspectos más formidables. Una vez que tenía sobre el cuerpo una prenda de vestir, se olvidaba por completo de ella, salvo tal vez una vaga conciencia terrenal de que técnicamente ya no estaba del todo desnudo. Y esto no era la sencilla señal de una antipatía instintiva, o bien fundada, hacia lo que en nuestros círculos se conocía por un tipo Bien Vestido. Lo acompañé una o dos veces a hacer compras y, al recordarlo, pienso que adquiriría la ropa con un leve, pero para mí compensador grado de orgullo —como un joven *brahmacharya* o novicio de la religión hindú eligiendo su primer taparrabos—. Ah, era una cosa muy curiosa. Algo salía siempre mal con la ropa de Seymour justo en el momento en que se la ponía. Podía estar de pie delante de un armario unos buenos tres o cuatro minutos, inspeccionando el lado que le correspondía del corbatero, pero uno *sabía* (si era lo bastante estúpido como para estar sentado mirándolo) que una vez hecha la elección la corbata elegida estaba condenada. O bien el futuro nudo estaba destinado a atravesarse en la V del cuello de la camisa —las más de las veces solía quedar un centímetro por debajo del primer botón—, o bien si el nudo potencial se deslizaba con justeza al lugar debido entonces era seguro que se asomaba fatalmente por debajo de la parte de atrás del cuello de la camisa un pedacito de seda, como la correa de los prismáticos de un turista. Pero preferiría dejar este terri¹ amplio y difícil. Para abreviar, su ropa solía llevar a la familia al borde de la desesperación. En realidad he trazado una descripción *muy vaga*. La cosa podía tener toda clase de variantes. Sólo quisiera añadir, para abandonar en seguida el tema, que puede ser una experiencia profundamente perturbadora el estar, por ejemplo, de pie junto a una de las palmeras del Biltmore, a la hora del cocktail, un día de verano, y ver a tu soberano que sube brincando la escalera, alegre como unas pascuas dé verte, pero no del todo arreglado ni abrochado.

Me gustaría seguir con esto de subir brincando las escaleras, quiero decir, seguir a ciegas, sin importarme un bledo dónde llegue. El subía saltando todas las escaleras. Se abalanzaba por ellas. Rara vez lo vi subir una escalera de otro modo. Lo cual me lleva —en forma oportuna, vamos a suponer —al tema del brío, el vigor y la vitalidad. No puedo imaginar a nadie en estos tiempos (no me es *fácil* imaginar a nadie en estos tiempos) —con la posible excepción de algunos estibadores sumamente inseguros, unos pocos oficiales retirados del Ejército y la Marina y muchos chicos preocupados por el tamaño de sus bíceps—, que todavía crea en las antiguas y populares calumnias acerca de la Falta de Robustez de los poetas. Sin embargo estoy dispuesto a insinuar (sobre todo desde que tantos militares y machos cabales, amantes de la vida al aire libre, me consideran uno de sus narradores favoritos) que se necesita una cantidad considerable de auténtico vigor físico y no sólo de energía nerviosa y de férreo ego para llegar al último borrador de un buen poema. Por desgracia es hartó frecuente que un buen poeta llegue a ser un mal guardián de su cuerpo, pero creo que en principio suele estar provisto de uno muy servicial. Mi hermano era uno de

los seres más infatigables que yo haya conocido. (De repente tengo conciencia del tiempo. Todavía no es medianoche y ya estoy jugando con la idea de deslizarme hasta el suelo y escribir esto en posición supina.) Acabo de darme cuenta de que nunca vi bostezar a Seymour. Seguro que lo haría, pero yo nunca lo vi. Desde luego, no por buena educación; en nuestra casa nadie se molestaba en contener los bostezos. Sé que yo bostezaba con regularidad y dormía más que él. Pero decididamente los dos fuimos poco dormilones de pequeños. Durante los años intermedios de nuestra actuación en la radio sobre todo —quiero decir, los años en que cada uno de nosotros llevaba por lo menos tres tarjetas de lector en el bolsillo del pantalón, como viejos pasaportes maltrechos— había muy pocas noches, noches *escolares*, en que las luces de nuestro dormitorio se apagaran antes de las dos o tres de la madrugada, salvo durante el breve y crucial intervalo posterior al toque de queda, en que el Primer Sargento Bessie hacía su gira de inspección. Cuando Seymour estaba entusiasmado con algo, investigando algo, era capaz, desde los doce años más o menos, de pasarse dos o tres noches sin acostarse, y lo hacía sin que surgieran huellas visibles o audibles de ello. La gran falta de sueño al parecer le afectaba sólo la circulación: se le enfriaban las manos y los pies. A la tercera noche seguida en vela, levantaba la vista por lo menos una vez de lo que estuviera haciendo para preguntarme si no sentía una corriente de aire terrible. (Nadie en la familia, ni siquiera Seymour, sentía una simple corriente de aire. Todas las corrientes de aire eran terribles.) O se levantaba de la silla o del suelo —dondequiera que estuviese leyendo, escribiendo o meditando— e iba a ver si alguien había dejado abierta la ventana del cuarto de baño. Aparte de mí, Bessie era la única persona de la casa que sabía cuándo Seymour prescindía de dormir. Lo sabía por el número de pares de calcetines contra las corrientes de aire que llevaba puestos. Cuando pasó de los pantalones cortos a los largos, Bessie le levantaba siempre las botamangas para ver si tenía dos pares de calcetines a prueba de corrientes.

¡Hoy soy mi propio Vendedor de Arena! ¡Buenas noches! ¡Buenas noches a todos, exasperantes introvertidos!

Muchos, muchos hombres de mi edad y con las mismas entradas que yo que escriben sobre sus hermanos muertos en una encantadora forma de semidiario nunca se molestan siquiera en darnos fechas o en decirnos dónde *están*. Ningún sentido de colaboración. He jurado no permitir que a mí me pase eso. Hoy es jueves y estoy de vuelta en mi horrible silla.

Es la una menos cuarto de la madrugada y aquí estoy sentado desde las diez, tratando, mientras me ocupo del físico de Seymour, de encontrar una manera de presentarlo como Atleta y como Jugador, sin irritar demasiado a todos los que odian los deportes y los juegos. Me siento desalentado y disgustado, de veras, porque veo que no puedo entrar en el tema sin comenzar con una disculpa. En primer lugar, pertenezco a un Departamento de Inglés, dos de cuyos miembros por lo menos están en vías de consagrarse como poetas modernos y el tercero es un crítico literario considerado muy *chic* aquí en la académica Costa del Este, una figura descollante entre los especialistas en Melville. Estos tres hombres (como te puedes imaginar, tienen por mí, también, una gran debilidad) se abalanzan de una manera a mi juicio demasiado pública, en la cumbre de la temporada de béisbol, sobre el aparato de televisión y la botella de cerveza fría. Por desgracia esta piedrita cubierta de hiedra es algo menos devastadora por el hecho de que la arrojé desde un invernáculo. Toda mi vida he sido un fanático del béisbol y no me cabe la menor duda de que hay dentro de mi cabeza un

sector que debe parecerse a una jaula de pájaros llena de pedacitos de viejas Páginas de Deportes. En realidad (y considero que es la última palabra en materia de relaciones íntimas entre lector y escritor) tal vez una de las razones por las cuales, de niño, trabajé más de seis años consecutivos en la radio, fue porque sabía informar a la Gente de Radiolandia sobre lo que habían hecho los muchachos Waner en el curso de la semana o, lo que es más impresionante, era capaz de decirles cuántas jugadas maestras había hecho Cobb en 1921, cuando yo tenía dos años. ¿Soy todavía algo sensible en eso? ¿No habré hecho todavía las paces con las tardes de mi juventud en que me escapaba de la Realidad por vía del elevado de la Tercera Avenida para ir a refugiarme en el pequeño útero del Campo de Polo? No puedo creerlo. Quizá sea en parte porque tengo cuarenta años y pienso que ha llegado la hora de pedir a todos los jóvenes escritores envejecidos que se vayan de las canchas de pelota y de las plazas de toros. No. Yo sé —Dios mío, yo sé— por qué vacilo tanto en presentar al Esteta como Atleta. No lo he pensado durante años y años, pero ésta es la respuesta: Había además de S. y de mí en la radio un muchacho excepcionalmente inteligente y agradable, un tal Curtis Caulfield, que murió después durante uno de los desembarcos del Pacífico. Una tarde fue conmigo y con Seymour al Central Park, donde descubrí que arrojaba la pelota como si tuviera dos manos izquierdas —como lo hace la mayoría de las chicas, en una palabra— y todavía veo la mirada de Seymour cuando oyó mi risotada crítica de macho. (¿Cómo puedo explicar este tipo de análisis profundo? ¿Habré pasado del Otro Lado? ¿Debo colgar el cartel?)

Fuera con eso. S. *amaba* los deportes y los juegos, al aire libre o adentro, y era en general espectacularmente bueno o espectacularmente malo, rara vez mediano. Hace algunos años mi hermana Franny me informó que uno de sus Primeros Recuerdos era el de haber estado en una cuna (como una infanta, deduzco), viendo a Seymour jugar al ping-pong con alguien, en la sala de estar. Creo que la cuna a que se refiere era una vieja, estropeada, con ruedas, en que su hermana Boo Boo la llevaba tropezando en los umbrales de las puertas hasta llegar al centro de las actividades. Sin embargo es más que posible que hubiera visto jugar a Seymour al ping-pong y que su olvidado y al parecer incoloro contrincante fuese yo mismo. Por lo general yo me aturdía hasta volverme totalmente incoloro cuando jugaba al ping-pong con Seymour. Era exactamente como si la propia Madre Kali estuviera del otro lado de la red, con sus muchos brazos y mostrando los dientes en una sonrisa, sin interesarse especialmente en los resultados. Disparaba, desviaba la pelota hacia arriba cada dos por tres, y de cada cuatro tiros de Seymour, tres paraban en la red o se iban al diablo, fuera de la mesa, de modo que el juego con él era de hecho sin devolución de la pelota. Pero esto no parecía desviar su atención indivisa y se quedaba sorprendido y disculpándose en forma abyecta cuando su contrincante se quejaba al fin, amargo y a gritos, de tener que correr tras la pelota por toda la maldita habitación, buscándola debajo de las sillas, el sillón, el piano y en aquellos rincones asquerosos detrás de los anaqueles de libros.

Era igualmente aplastante e igualmente atroz en el tenis. Jugábamos *a menudo*. Sobre todo mientras yo cursaba el último año en la facultad de Nueva York. El ya enseñaba en la misma institución y, en especial durante la primavera yo temía sin disimulo que el tiempo fuera demasiado bueno porque sabía que algún joven iba a caer a mis pies, como un trovador, con una nota de Seymour diciendo: «¿No te parece un día maravilloso?, ¿y qué dirías de jugar un rato al tenis más tarde?» Me negaba a jugar con él en las canchas de la universidad donde temía que algunos de mis amigos o de los suyos —en especial algunos de sus más sospechosos *Kollegen*— pudieran descubrirlo en acción, así que por lo general íbamos a las Canchas de Rip, en la calle Noventa y Seis, uno de los lugares más viejos donde solíamos reunimos. La más inútil de las estrategias que yo había inventado consistía

en dejar a propósito las zapatillas y la raqueta de tenis en casa, en lugar de dejarlas en mi armario de la facultad. Tenía, sin embargo, una pequeña virtud. Por lo general recibía una módica dosis de simpatía mientras me vestía para encontrarme con él en la cancha y con bastante frecuencia uno de mis hermanos o hermanas me acompañaba, compasivo, hasta la puerta para ayudarme a esperar el ascensor. En todos los juegos de cartas, sin excepción —la pesca, el póquer, el casino, los corazones, la solterona, el bridge, el slapjack, el veintiuno—, era absolutamente intolerable. Sin embargo las partidas de pesca eran dignas de ser observadas. Solía jugarlas con los mellizos cuando eran pequeños, y constantemente les insinuaba que le preguntaran si tenía algunos cuatros o valets, o tosía entre remilgos mostrando las cartas. En el póquer también era un astro. Hacia el fin de mi adolescencia pasé por un corto período en que jugué a ese juego de perdedor semiprivado, difícil de llevarse bien con los demás, de convertirse en un buen tipo, y entonces solía invitar a casa a jugar al póquer. Seymour participaba a menudo en esas sesiones. Había que hacer un esfuerzo para no saber cuándo estaba lleno de ases porque, como dijo mi hermana, se quedaba allí sentado con una sonrisa de oreja a oreja como un Conejo de Pascua con un cesto lleno de huevos. Lo que es peor, cuando tenía una escalera o un full o algo todavía mejor, era su costumbre no levantar la apuesta, ni siquiera pedir que le mostrara las cartas a un compañero de mesa que le caía simpático y que estaba allí sentado jugando con un par de dieces.

Era un fiasco en cuatro de cada cinco deportes al aire libre. Cuando estábamos todavía en la escuela primaria y vivíamos en la calle Ciento Diez y Riverside Drive, había, en general por la tarde, algún tipo de juego para el cual cada bando elegía a sus integrantes y se jugaba en los callejones (béisbol, hockey sobre patines) o más a menudo en una extensión de césped, un terreno bastante grande que estaba cerca de la estatua de Kossuth sobre Riverside Drive (fútbol o rugby). En el fútbol o en el hockey, Seymour tenía la costumbre, poco agradable para sus compañeros de equipo, de correr campo abajo —con frecuencia brillantemente— y pararse de golpe en seco para darle al guardameta del bando enemigo el tiempo de adoptar una posición invencible. Jugaba muy poco al rugby, casi nunca, salvo cuando a uno u otro de los equipos le faltaba un hombre. Yo jugaba constantemente. No me disgustaba la violencia; lo que pasa es que le tenía un terror pánico, y entonces no me quedaba más remedio que jugar; incluso organizaba esos malditos partidos. En las pocas ocasiones en que Seymour participaba, era imposible adivinar de antemano si iba a ser un valor real o un riesgo para sus compañeros de bando. Las más de las veces era el primero en ser elegido por un equipo, porque era un excelente esquivador y había nacido para correr con la pelota. Si en medio de la cancha no se decidía de pronto a entregar su corazón al del equipo contrario que lo atajaba, entonces era un valor real para su bando. Pero, como he dicho, nunca se podía estar seguro de si iba a ayudar o a perjudicar la causa. Una vez, en uno de los muy raros y sabrosos momentos en que mis compañeros de equipo me permitieron, a regañadientes, que corriera con la pelota alrededor de uno de los punteros, Seymour, que jugaba para el otro bando, me desconcertó mostrándose extasiado de verme cargar en su dirección, como si aquél fuera un encuentro inesperado, realmente providencial. Yo me paré casi en seco y, claro, alguien me derribó como si fuera, por usar el idioma del barrio, una pila de ladrillos. Soy demasiado largo en esta parte, lo sé, pero no puedo detenerme ahora. Como dije, Seymour podía ser espectacularmente bueno en algunos juegos. Imperdonablemente bueno. Con eso quiero decir que hay un grado de excelencia en los juegos o deportes que nos provoca un resentimiento especial cuando lo logra un adversario poco ortodoxo, un pobre tipo de cualquier especie: el pobre tipo informe, el pobre tipo fanfarrón, o simplemente el pobre tipo cien por cien norteamericano, lo cual incluye, desde luego, toda la gama, desde el que usa equipo barato o inferior contra nosotros con gran éxito,

hasta el adversario ganador con una cara innecesariamente feliz y buena. La Falta de Forma era sólo uno de los crímenes de Seymour cuando destacaba en los juegos, pero era un crimen importante. Estoy pensando sobre todo en tres juegos: el stoopball, las canicas y el billar de bolsillo. (Tendré que hablar del billar en alguna ocasión. Para nosotros no era un simple juego; era casi una reforma protestante. Hemos jugado al billar antes o después de casi todas las crisis importantes de nuestra juventud.) El stoopball es, para información del lector rural, un juego de pelota que se juega con ayuda de los escalones de una casa o delante de un edificio de apartamentos. Nosotros lo jugábamos arrojando una pelota de goma contra alguna fantasía arquitectónica de granito —la mezcla favorita en Manhattan de molduras estilo jónico griego y corintio romano— de la fachada de la casa en que vivíamos, más o menos a la altura de la cintura. Si la pelota rebotaba en la calle o en la acera de enfrente sin que la atrapara al vuelo alguien del equipo opuesto, era un punto a favor, como en el béisbol- si era atrapada —y es lo que por lo general ocurría—, el jugador que había arrojado la pelota quedaba expulsado. Se anotaba un tanto sólo cuando la pelota había volado lo bastante alto y con fuerza suficiente como para golpear en la pared del edificio de la acera de enfrente sin ser atrapada al vuelo. En nuestro tiempo algunas pelotas llegaban volando a la pared de enfrente, pero pocas tan rápidas, bajas y bien disparadas como para que no pudieran ser atajadas al vuelo. Seymour se anotaba un tanto casi cada vez que tiraba. Cuando le ocurría a otro chico de la manzana, pasante en general por ser una casualidad, agradable o desagradable, según el equipo a que perteneciera, pero en el caso de Seymour lo que se consideraba una casualidad eran sus fracasos. Lo más característico y que viene más al caso es que Seymour arrojaba la pelota como nadie en el vecindario. El resto de nosotros, si usábamos la mano derecha, como él, nos colocábamos un poco a la izquierda de la accidentada superficie de choque y disparábamos la pelota con un fuerte movimiento de costado. Seymour *se situaba* frente al sector decisivo y apuntaba directamente hacia *abajo* —movimiento muy parecido a su desagradable e ineficaz tiro alto en el ping-pong o en el tenis— y la pelota subía rápido y zumbaba por encima de su cabeza con qué sólo apenas la agachara, derecho a la tribuna, por así decirlo. Si intentabas imitarlo (ya fuese en privado, ya siguiendo sus instrucciones decididamente entusiastas), o bien eras expulsado o la maldita pelota volvía para darte en la cara. Hubo un momento en que nadie de la manzana quería jugar al stoopball con él, ni siquiera yo. Entonces, se pasaba muchas veces un buen rato explicándole las sutilezas del juego a una de nuestras hermanas o hacía perfectas partidas solitarias en que la pelota rebotaba en el edificio de enfrente y le volvía de tal modo que no necesitaba cambiar de posición para atraparla. (Sí, ya sé, estoy haciendo una montaña de todo esto, pero lo encuentro irresistible al cabo de casi treinta años.) Era el mismo tipo infernal jugando a lo que llamábamos canicas «de bordillo». En este juego, el primer jugador hace rodar o tira su canica cinco o seis metros a lo largo del bordillo de la acera de un callejón donde no haya coches estacionados, manteniéndola muy arrimada. El segundo jugador trata de golpearla tirando desde el punto de partida. Conseguirlo era muy raro porque bastaba cualquier cosa para no dar directamente en el blanco: las irregularidades de la acera misma, un choque errado contra el bordillo, un pedazo de chicle, cualquiera de las incontables porquerías que suele haber en las calles de Nueva York, por no mencionar la común y silvestre mala puntería. Si el segundo jugador erraba el primer tiro, su canica quedaba por lo general en una posición muy vulnerable, cerca de la primera, para el segundo tiro del primer jugador. El ochenta o noventa por ciento de las veces Seymour era imbatible en este juego, fuese primero o segundo tirador. En los tiros largos torcía la canica hacia la tuya en un arco bastante amplio. Aquí también su posición, su forma, eran para volverse loco por lo irregulares. Cuando todos los de la manzana hacían los tiros largos por lo bajo,

Seymour despachaba la canica haciendo un pase de costado con el brazo, un poco como el que arroja una piedra chata al agua. Y también aquí toda imitación era desastrosa. Jugar a su manera era correr el riesgo de perder todo control eficaz de la canica.

Creo que una parte de mi cerebro ha estado esperando vulgarmente lo que sigue. Hacía años y años que no lo pensaba.

Un día, hacia el final de la tarde, durante ese cuarto de hora un poco espeso en Nueva York en que acaban de encenderse los faroles de las calles y se encienden las luces de posición de los coches —unas sí y otras no—, yo estaba jugando a las canicas con un chico llamado Ira Yankauer, en la acera más alejada de la calle lateral, justo frente a la marquesina de nuestra casa de apartamentos. Yo tenía ocho años. Aplicaba la técnica de Seymour, o trataba de aplicarla —el mismo pase de costado, el mismo modo de torcer la canica en un amplio arco hacia la del otro— y perdía constantemente. Constantemente, pero sin sufrir. Porque era ese momento del día en que los chicos de Nueva York se parecen a los de Tiffin, Ohio, que oyen silbar un tren a la distancia en el momento mismo en que la última vaca regresa al establo. En ese mágico cuarto de hora, si pierdes canicas, simplemente las pierdes. Creo que Ira también estaba suspendido en el tiempo, y si fue así, todo lo que ganaba eran canicas. En ese silencio, en total armonía con él, me llamó Seymour. Fue un choque agradable darse cuenta de que había un tercero en el universo, y a este sentimiento se agregó la justeza de que fuera Seymour. Di una vuelta completa y sospecho que Ira también. Las brillantes bombillas de la marquesina de nuestra casa acababan de encenderse, Seymour estaba de pie en el borde de la acera, mirándonos, balanceándose sobre los arcos de los pies, las manos en los bolsillos del abrigo forrado con piel de cordero. Con las luces de la marquesina detrás, su cara se veía oscura, indistinta. Tenía diez años. Por la forma de balancearse en el borde de la acera, por la posición de las manos, por, bueno, por razones *x*, supe entonces, como lo sé ahora, que él también tenía una inmensa conciencia de la hora. «¿No podrías tratar de no apuntar tanto? —me preguntó, siempre dé pie, allí—. Si le das cuando apuntas, será pura casualidad.» Hablaba, se comunicaba, pero sin romper el hechizo. Lo rompí yo. Deliberadamente. «¿Cómo puede ser *casualidad* si *apunto*?», le respondí en voz no muy alta (a pesar de las bastardillas), pero con algo más de irritación en la voz de la que realmente sentía. No dijo nada por un momento, siguió balanceándose sobre el bordillo, mirándome, lo supe de un modo imperfecto, con cariño. «Porque es así —dijo—. Te *alegrarás* si llegas a darle a la canica —la de Ira—, ¿no es cierto? ¿No es cierto que te *alegrarás*? Y si te alegras al acertar con la canica de alguien, quiere decir que en el fondo no tenías mayores esperanzas de conseguirlo. Así que tiene que haber algo de casualidad, tiene que ser bastante accidental.» Bajó de la acera, las manos siempre en los bolsillos del abrigo, y se nos acercó. Pero un Seymour pensativo no cruzaba una calle crepuscular con rapidez, o no parecía hacerlo. En aquella luz vino hacia nosotros como un barco de vela. Por lo contrario, el orgullo es una de las cosas que más rápido se mueven en este mundo y antes de llegar a dos metros de nosotros, le dije a Ira rápidamente: «De todos modos está oscureciendo», y di por terminado el juego.

Este último pequeño *pentimento*, o lo que sea, me hizo transpirar literalmente de pies a cabeza. Quiero un cigarrillo, pero el paquete está vacío y no me siento capaz de levantarme de la silla. Oh, Dios, qué profesión noble ésta. ¿Hasta qué punto conozco al lector? ¿Cuánto puedo decirle sin cohibirlo o sin cohibirme innecesariamente? Le puedo decir esto: había en su mente un lugar preparado para cada uno de nosotros. Hasta hace un instante yo había visto el mío cuatro veces en mi vida. Esta es la quinta. Me voy a tender en el suelo una media hora más o menos. Te ruego que me perdones.

Esto me suena sospechosamente como la nota del programa de una función, pero después del último y dramático párrafo, siento que me lo merezco. Han pasado tres horas. Me he dormido en el suelo. (*Me siento muy bien ahora, querida Baronesa. Por Dios, ¿qué habrá pensado usted de mí? Permítame, se lo ruego, que llame para que traigan una botellita de vino muy interesante. Es de mi viña, una viña pequeña, y creo que usted podría...*) Quisiera anunciar —con la mayor rapidez posible— que cualquier cosa que haya sido lo que causó la Molestia registrada hace tres horas, nunca he estado ni estoy ni estuve jamás embriagado por mis facultades (mis modestas facultades, querida Baronesa) de recordación total. En el instante en que me convertí o contribuí a convertirme en una ruina chorreante, no prestaba estricta atención a lo que Seymour decía ni al propio Seymour, si vamos al caso. Lo que en esencia me sorprendió, me incapacitó, fue, creo, el hecho de darme cuenta de que Seymour es mi bicicleta de Davega. La mayor parte de mi vida he estado esperando el momento de sentir el menor deseo, por no hablar de la capacidad de cumplirlo, de regalar una bicicleta de Davega. Me apresuro, por supuesto, a dar una explicación:

Cuando Seymour y yo teníamos quince y trece años, salimos una tarde de nuestra habitación para escuchar, creo, a Stoopnagle y Budd en la radio y nos encontramos en la sala de estar con una gran conmoción, ominosamente tranquila. Había sólo tres personas: papá, mamá y nuestro hermano Waker, pero tengo la impresión de que había otras gentes, pequeñas gentes, escuchando desde muchos rincones secretos. Les estaba terriblemente encendido, los labios de Bessie casi desaparecían de apretados y nuestro hermano Waker — que en ese preciso instante, de acuerdo con mis cálculos, tenía exactamente nueve años y catorce horas de edad— estaba de pie cerca del piano, con pijama, descalzo, la cara bañada en lágrimas. Mi primer impulso en las situaciones familiares de este tipo era escapar, pero como Seymour no parecía dispuesto a irse, yo también me quedé. Les, con vehemencia en parte contenida, empezó a someter a Seymour la parte actora. Aquella mañana, como ya sabíamos, Waker y Walt habían recibido como regalo de cumpleaños dos bicicletas iguales, hermosas y muy por encima de nuestro presupuesto, de doble manubrio, a rayas rojas y blancas, las mismas expuestas en el escaparate de la Tienda Davega de Artículos de Deportes situada en la calle Ochenta y Seis, entre Lexington y Tercera, que ambos habían admirado en forma abierta durante casi todo el año. Unos diez minutos antes de que Seymour y yo saliéramos del dormitorio. Les había descubierto que la bicicleta de Waker no estaba guardada en el sótano de nuestra casa, junto con la de Walt. Esa tarde, en Central Park, Waker había regalado su bicicleta. Un chico desconocido («un pobre diablo a quien nunca había visto en la *vida*-») se le acercó y le pidió la bicicleta y Waker se la dio. Claro, ni Les ni Bessie ignoraban «las excelentes, generosas intenciones de Waker», pero los dos veían también los detalles de la transacción con su propia, inexorable lógica. Lo que en sustancia creían que Waker debía haber hecho —y Les repitió su opinión con gran vehemencia para Seymour— era hacerle dar al chico una linda y larga *vuelta* en la bicicleta. Aquí Waker interrumpió, lloriqueando. El chico no había tenido *nunca* una bicicleta; siempre había *querido* tener una. Miré a Seymour. Estaba empezando a excitarse. Iba adquiriendo el aire de alguien bien intencionado, pero completamente incapaz de arbitrar en una disputa tan difícil como aquella, y yo sabía, por experiencia, que la paz volvería a reinar de modo milagroso en nuestra sala de estar. («El sabio se siente lleno de ansiedad e indecisión cuando emprende algo, por eso tiene siempre buen éxito.» Libro XXVI de los

Textos de Chuang-tsé.) No voy a describir (por una vez) en detalle cómo Seymour —y debe de haber alguna manera mejor de explicarlo, pero no la conozco— logró, con una competencia desatinada, llegar al fondo del asunto, de modo que unos instantes después, los tres guerreros se dieron un beso e hicieron las paces. Mi verdadero parecer es, aquí, obviamente personal y creo que ya lo he dicho. Lo que Seymour me dijo —o mejor dicho, las instrucciones que me dio— aquella tarde de las canicas, en 1927, me parece oportuno e importante y creo que estoy obligado a comentarlo un poco. Por chocante que parezca, creo que es más útil e importante a sus ojos, en este intervalo, que el hecho de que el melancólico hermano de Seymour, edad: cuarenta años, reciba al fin de regalo una bicicleta Davega para poder darla de preferencia al primero que se la pida. Me descubro reflexionando, *meditando*, si será tan *correcto* pasar de un sutil punto pseudometafísico, por minúsculo y personal que sea, a otro, por vital e impersonal que sea. Quiero decir, sin demorarse primero, sin apoyarse un poco en el estilo verboso al que estoy acostumbrado. De todos modos, ahí va: cuando me estaba dando instrucciones desde el bordillo de la acera de enfrente para que dejara de apuntar con mi canica a la de Ira Yankauer —y por favor, recuerden que tenía diez años— creo que instintivamente iba acercándose a algo muy próximo en espíritu al tipo de instrucciones que daría en Japón un maestro de arco cuando prohíbe al empeñoso y joven alumno que apunte al blanco antes de disparar la flecha, quiero decir, cuando el maestro le permite, por así decirlo, Apuntar, pero sin apuntar. Sin embargo, preferiría dejar el tiro al arco Zen y el Zen mismo fuera de esta nimia disertación, en parte porque sin duda el Zen va convirtiéndose rápidamente, para el oído perspicaz, y con bastante razón, aunque sea superficial, en una palabra casi indecente, sectaria. (Digo superficial, porque el Zen puro sin duda sobrevivirá a sus defensores occidentales que, en principio, parecen confundir su casi doctrina del Desapego con una invitación a la indiferencia espiritual, y aun a la insensibilidad, y que, es evidente, no vacilan en derribar a Buda sin adquirir primero un puño de oro. El Zen puro, ¿es necesario añadirlo? —y creo que sí, al paso que voy— seguirá existiendo cuando los esnobs como yo hayan desaparecido.) Pero sobre todo preferiría no comparar el consejo de Seymour acerca de las canicas con el tiro al arco Zen, tan sólo porque no soy ni un arquero Zen ni un budista Zen, ni siquiera un adepto del Zen. (¿Estaría fuera de lugar decir que las raíces de Seymour y las mías en la filosofía oriental —si, vacilando, miedo hablar de «raíces»— estaban, están plantadas en el Nuevo y Viejo Testamento, en el Advaita Vedanta y el Taoísmo clásico? Tiendo a considerarme, si puedo usar algo tan dulce como un nombre oriental, un Karma Yogin de cuarta categoría, tal vez condimentado con un poco de Jnana Yoga. La literatura clásica Zen me atrae profundamente, tengo el tupé de dar una clase sobre ella y sobre los escritos del Budismo Mahayana una noche por semana en la facultad, pero mi vida no podría ser menos Zen de lo que es, y por lo poco que he podido aprehender —elijo este verbo con cuidado— de la experiencia Zen, ha sido la consecuencia de seguir mi propio camino, bastante normal, de falta de Zen. En general, porque Seymour me había rogado literalmente que lo hiciera, y nunca lo vi equivocarse en esos asuntos.) Felizmente para mí, y es probable que para todos, no creo que sea necesario traer aquí el Zen. El método para jugar a las canicas que Seymour me había recomendado por pura intuición puede relacionarse de una manera legítima y nada oriental, diría yo, con el refinado arte de lanzar una colilla de cigarrillo a un cesto situado en el otro extremo de la habitación. Un arte, creo, en el que la mayoría de los fumadores masculinos son verdaderos maestros sólo cuando no les importa un bledo si la colilla llega o no al cesto, o cuando no hay testigos en la sala incluyendo, por así decirlo, al mismo disparador de colillas. Me esforzaré en no rumiar este ejemplo, por delicioso que me parezca, pero creo oportuno añadir —para volver momentáneamente a las canicas— que

después de lanzar una canica, Seymour era pura sonrisa al oír el chasquido del cristal en el cristal, pero nunca veía claro *quién* era el ganador anunciado por el chasquido. Y también es un hecho que casi siempre alguien tenía que levantar la canica que él había ganado para *dársela*.

Gracias a Dios esto está terminado. Puedo asegurarte que yo no lo había pedido.

Creo —*sé*— que ésta va a ser mi última anotación «física». Quisiera que fuese razonablemente divertida. Me encantaría despejar el ambiente antes de irme a dormir.

Es una anécdota, lo creas o no, pero sigo adelante con ella: a los nueve años, más o menos, yo tenía la agradable convicción de ser el Corredor Más Rápido del Mundo. Es un tipo de vanidad curiosa, básicamente fuera de programa, quiero añadir, de la que es difícil deshacerse y aun hoy, que soy un cuarentón supersedentario, me imagino a mí mismo, en ropa de *calle*, pasando rápidamente a varios distinguidos, pero sofocados corredores olímpicos y saludándolos con la mano, amistoso, sin un dejo de condescendencia. De todos modos, una hermosa noche de primavera, cuando vivíamos aún en Riverside Drive, Bessie me mandó a la tienda a comprar un kilo de helado. Salí del edificio justo en el mismo cuarto de hora mágico que acabo de describir unos párrafos más atrás. Igualmente fatal para el relato de esta anécdota, llevaba puestas las zapatillas —que son, para cualquiera que sea el Corredor Más Rápido del Mundo, casi lo que las zapatillas rojas para la niña del cuento de Hans Christian Andersen—. Una vez fuera del edificio, me convertí en el mismo Mercurio, y emprendí una «fabulosa» carrera por la larga manzana hasta Broadway. Di la vuelta en la esquina de Broadway sobre una rueda y seguí corriendo, haciendo lo imposible: *aumentando* la velocidad. La tienda que vendía los helados elegidos por Bessie quedaba tres manzanas al norte, en la calle Ciento Trece. A medio llegar, pasé volando por la librería donde siempre comprábamos diarios y revistas, pero a ciegas, sin ver a ningún conocido ni familiar en las cercanías. De repente, más o menos una manzana después, oí atrás ruido de pasos que me seguían. Mi primer pensamiento, tal vez típico de un neoyorquino, fue que me perseguía la policía acusándome, posiblemente, de Batir Récords de Velocidad en una Zona no Escolar. Hice un esfuerzo para obtener un poco más de velocidad de mi cuerpo, pero fue inútil. Sentí que una mano me atrapaba y me sujetaba del jersey justo en el lugar donde debían estar los números del equipo ganador y, bastante asustado, aflojé el paso con torpeza y me detuve. Mi perseguidor era, por supuesto, Seymour, que también parecía bastante asustado. «¿Qué pasa? ¿Qué ha sucedido?», me preguntó con frenesí. Todavía me tenía sujeto del jersey. Me solté de un tirón y le informé, en el lenguaje bastante escatológico del barrio, que me guardaré de repetir aquí textualmente, que no había pasado *nada*, qué caray, simplemente iba *corriendo*. Su alivio fue prodigioso. «Viejo, qué susto me diste! —dijo—. ¡Uf, cómo te movías! ¡Casi no podía alcanzarte!» Y así fuimos juntos, caminando, a la tienda. Tal vez sea extraño, tal vez no, que el estado de ánimo del que ahora era el Segundo Corredor Más Rápido del Mundo no fuese muy bajo. En primer lugar, *él* me había pasado. Además yo estaba muy ocupado en observar que Seymour jadeaba mucho. Era curioso y divertido verlo jadear.

He terminado con esto. O mejor dicho, esto ha terminado conmigo. En esencia, mi mente siempre se ha negado a cualquier tipo de final. ¿Cuántos cuentos habré roto desde chico sólo porque tenían lo que el viejo acusador de Chejov, Somerset Maugham, llama un Comienzo, un Medio y un Fin? ¿Treinta y cinco? ¿Cincuenta? Una de las mil razones por las que dejé de ir al teatro a los veinte años es que me reventaba la idea de tener que salir de la sala simplemente porque al autor se le antojara bajar el estúpido telón. (¿Qué habrá pasado con el recio y pesado Fortinbras? ¿Quién pudo por fin acabar con *él*?) Sin embargo, aquí he terminado. Hay una o dos observaciones fragmentarias de tipo físico que me hubiera gustado

hacer, pero siento que *ha llegado* mi hora. Además, son las siete menos cuarto y tengo una clase a las nueve. Justo el tiempo para echar un sueñecito de media hora, afeitarme y tal vez tomar un frío y vivificante baño. Siento un impulso —más bien un viejo reflejo urbano que un impulso, Dios sea loado— que me mueve a decir algo levemente cáustico acerca de las veinticuatro muchachas que acaban de volver de un formidable fin de semana en Cambridge, o en Hannover, o en New Haven, y que estarán esperándome en el aula 307, pero no puedo terminar una descripción de Seymour —aunque sea una mala descripción, aunque sea una descripción en la que mi ego, mi codicia constante por compartir con él la cabeza de la cartelera, aparezca en todo lo que digo—, sin tener conciencia de lo bueno, de lo verdadero. Esto es demasiado importante para decirlo (así que soy el único hombre que puede decirlo), pero no soy el hermano de mi hermano porque sí y sé —no siempre, pero *sé*— que nada de lo que haga es más importante que ir a esa horrible aula 307. Ninguna de las chicas que allí me esperan, incluyendo la Terrible Señorita Zabel, es menos mi hermana que Boo Boo o Franny. Quizá brillen con toda la información errónea de los tiempos, pero brillan. Este pensamiento me aniquila: no hay lugar donde quisiera ir ahora mismo más que al aula 307. Seymour dijo en una oportunidad que todo lo que nacemos en la vida es ir de un pedazo de Tierra Santa a otro. ¿No se equivoca *nunca*? Ahora vete a la cama. Rápido. Rápido y lentamente. ■

